

COLECCIÓN CONTINENTES

Callejones sin salida

Esmeralda Torres

Callejones sin salida



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2019.

© Esmeralda Torres, 2019

DIAGRAMACIÓN:

Reinaldo Acosta

IMAGEN DE PORTADA

Tejedora de nubes, 1956

Manuel Quintana Castillo

Óleo sobre tela, 1,44 x 99 cm.

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2019.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2019001559

ISBN: 978-980-01-2098-9

Presentación

Esmeralda Torres ha entrado con paso firme en el cuadro de escritores venezolanos importantes del siglo XXI con obra consolidada, reconocida y exitosa. Ya tiene en su haber cuatro libros de cuentos publicados: *Historias para Manuela* (2009), *Cuentos de última noche* (2010), *Un hombre difícil* (2011) y *El canto de la salamandra* (2013). Los dos últimos premiados en certámenes de reconocida relevancia: los concursos Stefania Mosca y Ramón Palomares, respectivamente. Pero también una novela, *La equivocación de Cortázar*, con la que ganó la bienal Julián Padrón en 2013 y, fuera del ámbito de la narrativa, el libro de poemas *Diario para una tormenta* obtuvo mención especial en la Gustavo Pereira.

El presente volumen ofrece una selección de los textos más representativos de las mencionadas colecciones de relatos, lo que nos brinda una visión de conjunto de las grandes líneas temáticas que van trazando el recorrido de las historias de los personajes, enmarcadas en una geografía de contornos más o menos claramente delineables. Estas líneas introductorias tienen la

única pretensión de sugerir algunas coordenadas para tal lectura del conjunto.

Una aproximación a la obra narrativa de la autora publicada en libros hasta la fecha, y parcialmente a nuestra disposición en esta antología, tiene necesariamente que observar el hecho de su proximidad en el tiempo: 2010-2013. Dato referencial que dice por sí solo acerca de una etapa creativa de alta intensidad y fertilidad. Y que obvia la existencia de una inevitable larga etapa anterior de aprendizaje, iniciación y primeros escauceos, así como la obtención de varios premios en concursos y las consabidas apariciones ocasionales en publicaciones periódicas regionales, sobre todo en el oriente del país. De manera que ya desde su primer libro publicado, quien escribe lo hace no como principiante sino como escritora hecha y derecha. Lo cual se ratifica con creces en *Cuentos de última noche*. Y es reafirmado en los dos volúmenes subsiguientes. A riesgo de pecar de Perogrullo: estamos ante la antología de una etapa actual que engrana en un futuro desarrollo de horizonte abierto, de extensas posibilidades.

Una lectura inicial a vuelo de pájaro del conjunto de relatos de esta primera etapa detectará la presencia de un primer gran elemento unificador: la manera de escribir. Eso que por razones de comodidad solemos llamar «estilo». Escritura de madurez, con rasgos bien marcados: con pluma firme, caligráfica, sin vacilaciones, sin altibajos. Y sobre todo sin estridencias. Es obvio que la autora apuesta a las viejas y nobles elegancia y sobriedad, a la *sindéresis*. Al *escribir bien*. Ojo: no hay que tenerle miedo a esos conceptos, no es cierto que huelan a formol. Viven y coleean todavía. Son remozados cada cierto tiempo, modernizados en la escritura de los grandes nuevos maestros. Se puede decir lo mismo, con propiedad, de la escritura de Borges. O de Julio Cortázar, por supuesto. La referencia no es casual. Como tantos otros aprendices de

cuentistas de las décadas finales del siglo pasado, la joven Torres fue adoradora convicta y confesa de Cortázar. Creo que todavía lo es (uno no titula una novela *La equivocación de Cortázar* en vano). Pero lo que sí resulta seguro y hasta comprobable es que mucho aprendió leyéndolo. No nos referimos a imitación, a pretender escribir relatos como Cortázar escribía los suyos pero firmándolos como propios. Tampoco es que su prosa se parezca a la del maestro. Lo que hay de aprendizaje de Cortázar en ella es el manejo, la voluntad de lograr una alta calidad, una elevada pureza, un nivel de lenguaje en última instancia poético... y ponerlo *al servicio* de la narración. Jamás permitir que el lenguaje la invisibilice bajo un estallido de fuegos artificiales, ni que el aparataje de los experimentos formales termine por sofocarla. Como esta antología lo demuestra, ser plenamente moderno no significa necesariamente experimentar por la experimentación misma.

Un elemento unificador del conjunto es la geografía en la que están ubicadas las historias. Salvo excepciones («Moreliana en Nueva York, llorando» es un cuento excepcional en todos los sentidos), las acciones narradas transcurren explícita o tácitamente en Venezuela. Varias veces en una ciudad grande, innominada, probablemente Caracas. Pero el peso de la ambientación gravita entre Cumaná (y algunos lugares puntuales del estado Sucre) y Ciudad Bolívar, la sabana guayanesa (y una pequeña localidad minera y fronteriza bautizada como Santa María). Obvio sustrato autobiográfico: Torres nació y creció en Ciudad Bolívar y se formó como escritora en Cumaná.

En *Cuentos de última noche* predomina *cuantitativamente* la ambientación guayanesa. Igual sucede con *El canto de la salamandra*. Pero *Un hombre difícil* es, en más de un sentido, un libro eminentemente cumanés. De hecho está dividido en dos partes, y en la primera no solo todas las historias ocurren

en Cumaná, sino que la ciudad misma está integrada física e íntimamente al relato. En la segunda, la mitad de ellas la ve convertirse de nuevo en arte y parte de este.

Es esa la geografía en la que habita, y a veces recorre, el cuadro de personajes de la autora. Donde viven y mueren, y actúan y esperan, y por lo general fracasan. Seres humanos casi siempre comunes y corrientes... y dolientes. Derrotados por la vida. De vez en cuando vemos transitar también figuras que nos son históricamente familiares. María Magdalena, («Tócame»), en su paraje bíblico, por ejemplo. Piar y Bolívar, trágicos («La pared del fusilao»). El lector habitual de Torres irá aprendiendo a conocer de trato y vista también a determinadas personas, a reconocerlas en sus apariciones y reapariciones, bien como protagonistas, bien como personajes secundarios de varios cuentos.

Un hombre difícil constituye la piedra angular de la sólida y dinámica cohesión estructural del conjunto de relatos. Como ya observó Laura Antillano en su debido momento, la primera parte, que le da nombre al libro, bien puede leerse como una novela corta. Cada cuento es autónomo, con una trama autosuficiente, pero a la vez engrana con el resto y conforma un argumento que los engloba a todos, de manera que el efecto total es mayor que la suma de las partes. Leído así, asistimos al caso lamentable que es la vida de Ernesto, el desdichado y solitario empleado de una biblioteca en Cumaná. El último cuento (o capítulo, según se mire) lleva un título que no tiene desperdicio. «Fin de juego» es la jugada final y el final sorprendente, el desenlace trágico de los desenlaces precedentes. Pero también resulta paradójico. Se abre el juego para un nuevo personaje, el comisario Ramírez, a quien veremos reaparecer más adelante, en un cuento de la segunda parte del libro, para dar inicio a su vez a una nueva secuencia de cuentos autónomos, autosuficientes, que al mismo tiempo

funcionan a manera de capítulos de un macroargumento (¿Una «novela para armar»?), diría Cortázar).

De manera que en «Juegos de la memoria» el lector se encuentra otra vez con el comisario Ramírez, ahora en rol protagónico (un nuevo «hombre difícil»), y conoce a Valeria, su sempiterno amor frustrado. Volverá a saber de ellos muy pronto. Sergio Ramírez y Valeria reaparecerán, protagonizándolos alternativamente, en relatos subsiguientes. El último cuento de *Un hombre difícil* marca el fin del libro. Pero no de la historia: Valeria resurgirá en el cuento que le da nombre al volumen siguiente, «El canto de la salamandra», acosada por los recuerdos. Asistiremos a la derrota final del comisario Ramírez, siempre derrotado: ni uno solo de los recuerdos de Valeria es para él. Juegos de la memoria.

Asistir a la derrota del personaje es ley que parece regir la lectura de los cuentos de la actual etapa de producción de Torres. El fracaso, el acto fallido, la disfuncionalidad de las relaciones de pareja y de familia, la ausencia o frustración del amor en todas sus variantes, el final trágico, se constituyen en las líneas directrices de la acción. La felicidad es la gran carencia universal. La soledad, el flagelo endémico. La inmensa mayoría de los personajes la padecen. Son profundamente tristes y dolorosamente solitarios. Huyen de la tristeza y de la soledad por callejones siempre sin salida. Son atraídos por ellas como por un agujero negro. Ernesto, quizá el más emblemático de los personajes de Torres hasta el momento, asistía habitualmente al bar La Galería porque «No quería estar solo. Prefería la soledad del bar, él la llamaba la soledad acompañada». Y al llamarla así produce la metáfora que describe la esencia de buena parte de las relaciones de afecto en todos los relatos, incluidas las de las parejas de amantes. Comienzan o terminan por morir (literalmente) de esa forma: como soledades acompañadas. Nadie quiere

estar solo, pero por encima o por debajo de la voluntad hay una fuerza de imán a la inversa que termina convirtiéndolos en solitarios. El gran drama de la soledad. Un círculo vicioso del que no parece haber escapatoria ni salvación.

De manera que la suma de las partes, los cuentos autónomos, arroja un total mayor, el gran cuento que *dice* de un mundo alienado. Regido por la alienación en el sentido más terrible del término, el kafkiano: ninguna de las personas es dueña de su propia vida. Y solo el oscuro y difícil Ernesto es dueño de su propia muerte. Un mundo de enfermos de soledad que es enfermo él mismo. Enfermo y hostil. Un mundo de tierra baldía. Una estampa del río Manzanares en la Cumaná del hombre difícil: «Avanza hacia la zona del parque Ayacucho y baja hasta la acera que bordea el malecón pestilente a desechos que la ciudad produce, multiplicados en carnes corrompidas, amarillas, como vísceras eliminadas hacia la cloaca que es el río». Otra: «El río que divide en dos la ciudad se convierte durante el mes de mayo en tan solo un charco de agua lodosa que corre lento hacia el mar. De cerca se percibe un olor de agua podrida, de fango espeso, de muerte». Ahora, de la playa de San Luis, emblemática de la ciudad: «un mar plomizo, turbio y oscuro, que se fue retirando lentamente, descubriendo las piedras en su fondo, como si alguien levantara suavemente el borde de su vestido de organdí». Hermoso pero sombrío, ¿no?

Una de las muy contadas vistas de Ciudad Bolívar que nos es exhibida: «El barrio La Shell en Ciudad Bolívar era un mundo aparte. La orilla de la laguna de El Medio, en los años setenta, parecía un depósito de gente pobre. Una única calle de tierra roja, casas precarias también de tierra roja y caña, pocas de bloque, todas de frente a la laguna».

Tampoco la ciudad en general (incluida la población palestina en que vive Magdalena) es descrita con pinceladas más

halagüeñas. Siempre calles, y sobre todo edificaciones, marcadas por una pátina de decadencia, de sordidez enfermiza, enfermante.

Hasta aquí la literatura, las cuatro patas del gato literario. Pero hay una inquietante quinta. Dado que (a pesar del excelente manejo del recurso) la descripción del ambiente físico brilla por su escasa presencia en la narrativa de la autora, es obvio que está hecha con marcada intencionalidad. Con la misma intención que se pone al relatar una historia hecha de historias como las que hemos generalizado. Escenario y argumento, entorno y acción, personaje y habitación se conjugan como representación de un universo particular. Los hechos de los personajes se constituyen en modelo: desencuentros, desamores, frustraciones, derrotas, fracasos, muerte. El entorno, enfermo, perversamente dañado él mismo, varía solo en su aspecto según las acciones que alberga (cuarto, edificio, casa, ciudad, villorrio, sabana, playa, río), pero en esencia es siempre idéntico: pervertidor, enfermante, hostil, negador, letal. Visto así, no se trata en realidad de un retrato, sino de una radiografía: el ser alienado en el mundo alienante. Visto de esta manera, Torres es narradora asépticamente neutra, en el sentido más técnico y menos peyorativo posible. Presenta la radiografía y deja por cuenta del lector la lectura, la interpretación, el diagnóstico y el tratamiento. No hay una reflexión de voz autoral que dé respuestas a las interrogantes e inquietudes que inevitablemente genera esa vista (que no visión) del mundo. No existe un solo personaje narrador que se pueda tomar como vocero de lo que piensa, juzga o plantea la autora. Ello incluye los narradores/personajes de nítido corte autobiográfico. Neutra y no responsable. Ni un guiño ideológico ni una señal propagandística. Si su texto genera interrogantes e inquietudes, el lector deberá buscar las respuestas y la tranquilidad de espíritu fuera del texto. Será responsabilidad suya

dilucidar, por ejemplo, si la alienación es mal de carácter sociológico, político, histórico o pena ontológica. Quedarse con Kafka o apelar a Sartre. Aceptar que el mundo *es* así, y por lo tanto insalvable, o plantearse que no debería serlo y pretender cambiarlo.

Y sin embargo... ¿ciertamente, corazón en mano, es tan así de neutra la escritura de la autora? ¿No percibe uno, a lo mejor intuitivamente, no demostrable profesionalmente texto en mano, una cierta empatía para sus personajes «buenos», que los hay, un airecillo amoroso, a pesar de los pesares, en el tratamiento de sus desoladas vidas, algún atisbo de luz rosa en la sabana aplastada por el sol, el río de aguas podridas, el mar sucio y plomizo? ¿Un resquicio de esperanza? ¿Aunque sea solamente literaria? ¿Serán meramente ideas de uno?

Eduardo Gasca

Moreliana en Nueva York, llorando

Menos mal que Moreliana llegaría a salvarse de aquello que a los amigos nos oprimía: una pareja, el tedio, unos niños, una ciudad. Todos lo sabíamos. Nos graduamos, nos casamos y empezamos a envejecer. Elisa y yo, Manuela mi niña y un hogar que cuidar. Ella no. Cada regreso de Moreliana significaba la vuelta a la libertad que disfrutamos como estudiantes universitarios y que compartimos juntos. Fumar y fumar entre un café o una cerveza y un recuerdo.

De Moreliana supimos sus viajes a Holanda, Inglaterra, Francia y España. Moreliana en los Campos Elíseos, en la Torre Eiffel, Moreliana en Ámsterdam, en el Museo del Prado, en el Big Ben. Moreliana viajando como estudiante, un mes en Europa, de regreso una escala en Nueva York, comiendo galletas de soda y lamiendo sus deditos de pintor vanguardista, untados con aceite de atún en lata.

Moreliana sentada en un brocal de Picadilly Circus. Moreliana mirando en las vidrieras las pieles que nunca rozarían su largo cuello de *madonna* Botticelli. Moreliana en fotos con un gran ramo de tulipanes. Moreliana y Van Gogh, en la

Calle de los Museos, entre girasoles. Las fotos de Moreliana adornaban nuestras bibliotecas intocadas.

Es necesario decir que Moreliana fue mi mujer antes que Elisa mi esposa. Y Moreliana era hermosa como ninguna de las amigas llegó a serlo jamás, y también escribía cuentos y poemas. Yo no. Yo escribía cuentos. Siempre tuve cierta incapacidad para la poesía. Un amigo nuestro, escritor, decía que a los verdaderos narradores nunca les sería dado el poder escribir poesía, que había que conformarse con homenajear a los poetas escondiendo versos entre nuestros cuentos, y me consolaba pensando en esto.

Los cuentos de Moreliana eran como poemas que borraban todo lo real, lo verosímil. Personajes que como ella estaban distanciados de toda domesticidad. Princesas que en cualquier calle de Caracas se batían en duelo contra dragones. Magdalena llorando frente al mar de Ulises cuando se come al sol mientras este se come al mar. Valentina, puta en un bar con un nombre tan bien puesto y traje largo. Con caracoles y estrellas de mar que cuelgan de sus cabellos e iluminan el bar donde trabaja. Los senos de Valentina se asomaban bajo el vestido como los ojos de Maelo en la pared del bar.

Cuántas historias contamos en ese bar. Cuántas historias soñaron todas ellas soñando ser Valentina. Puta intocada, mujer cuya pureza apartaba a los hombres y los hacía sufrir.

Moreliana fue por tres días a París y se quedó tres semanas en una buhardilla alquilada y aprendiendo francés. Después dicen que el trópico es exótico. Exótico es viajar a París por tres días y quedarse tres semanas en una buhardilla, conseguirse un novio que hable español y que te enseñe francés. De todo eso supimos a través de las cartas que nos enviaba durante sus viajes.

Moreliana nos contaba que Nueva York es una ciudad de paredes altas, casi murallas, y plazas de mendigos. Que llegó

a la ciudad una noche de octubre, que llovía, que el Bronx existe y que allí, como en las películas que veíamos, todos son negros o puertorriqueños. Que a las cuatro de la mañana la ciudad hierve como Sabana Grande un viernes a las once de la noche, pero que sin nosotros Nueva York es cruel.

Moreliana llorando en Nueva York, en plaza de mendigos atormentada por las paredes altas que son los rascacielos y la soledad. Deseando un pasaje de vuelta a Caracas, con un cigarrillo entre sus deditos olorosos a atún y en Nueva York llorando.

Moreliana camina la Quinta Avenida de extremo a extremo, busca a Maelo, a Valentina, al mar de Magdalena, nos busca. En su bolso de lona pasea un libro de poemas inconcluso, su caja de cigarrillos Camel y un paquete de galletas Oreo, busca un hombre, un hijo y un tedio. Moreliana que nos extraña y nos desea, y en su más íntima razón intenta realizar su sueño de amor.

No hay más nada que decir. Aquí Manuela es dulce entre los brazos de Elisa; mientras escribo, busca sus pechos como sus dedos Moreliana, como el cigarrillo. Como yo sus deditos y sus pechos alguna vez. Entre los brazos de Elisa, Manuela llorando como Moreliana llorando en Nueva York.

Los sonidos de esta hora

Era la última noche, la más atroz.
Pero diez minutos después el sueño lo anegó
como una agua oscura.
J. L. BORGES

El sol abrasaba los pocos arbustos que se veían en la extensión de la sabana, a izquierda y derecha de la carretera. Una vaca, un puesto de venta abandonado, un balancín detenido, y todo el calor del mundo frente al parabrisas. La luz en el tablero comenzó a encenderse antes de que llegáramos a los puestos de comida de San Mateo.

Hicimos la parada como estaba previsto. Sopa de pollo, pabellón y cachapas con queso, dijo una de las muchachas que atendía. La mesa igual a todas las mesas de los puestos de carretera: mantel de hule a cuadros, picante, aceite y vinagre en botellas grasosas y mugrientas. Pedimos la sopa y las cachapas.

Detrás de la casa había una mesa donde un hombre de unos sesenta años daba cuenta de un plato de sopa. Pidió otro. Aproveché el momento para preguntarle por el taller más cercano. Anaco, dijo, es más seguro, aunque no se confíe mucho, pues hoy es domingo. Volví a la mesa y moví una bolsa de plástico transparente que colgaba desde el techo hasta el centro de la mesa.

Parecía imposible que en ese reducto rodeado de sol, pudiese haber tanta brisa. El único árbol que se veía era uno de mediano tamaño que en la zona llamaban «de aceite» y bajo el cual dejamos el carro, con las ventanas abiertas. La comida la trajeron en platos, con el dibujo del monumento a la batalla de Carabobo, tempranamente viejos por el uso diario.

Te observé mientras comías y de repente comencé a sudar. En poco tiempo terminé con mi comida y esperé, apoyando una mano en una esquina de la mesa, quebrando orillas del casabe. Dejaste a un lado la cuchara (recomendación del odontólogo) para masticar pausadamente, mientras mirabas hacia el carro. Sabía lo que pensabas de esta nueva huida. Saqué unos billetes y se los entregué a la muchacha que nos trajo la cuenta.

Encontramos el taller, algunos hombres bebían cerveza sentados en sillas de mimbre destartadas. Aceptaron hacer la reparación. Esperamos dos horas y aprovechamos para comprar una tarjeta para el teléfono. En caso de que el carro fallara otra vez, tendríamos que avisar de nuestro retraso.

Cuando tomamos el distribuidor que enlaza la ciudad con la carretera, el sol, medio oculto, perfilaba la línea perfecta de la sabana. La brisa no soplaba, pero la frescura bajaba desde la noche que empezaba a apoderarse de todo. Detrás del cinturón de seguridad te encogiste en el asiento a mi derecha. Te miré por primera vez desde que retomamos la marcha. Estabas hermosa con el sueño resbalando por tu cara.

Hubiese querido contemplar lo que nos rodeaba, recostar la cabeza en el asiento y ver cómo la noche se vaciaba por todas partes. Imaginé el pie de un árbol, la orilla de un charco, allí donde de niños sabemos que comienzan los sonidos de esta hora, y te envidié. Encendí la radio para acompañar mi desaliento, con poco volumen para que pudieras dormir.

Alcé los ojos para mirar la luna que a mi izquierda iluminaba la carretera en ese otro amanecer. Volví a verme corriendo,

durante la noche, por la sabana. Quizás fue un sueño, porque lo recuerdo como un sueño. Las formas se alejan y vuelven a hacerse borrosas, solo la luna y su resplandor permanecen exactos, colgados sobre la sabana. Cuando una nube cubrió la luna por un momento, pude oír que la noche se volvía silenciosa.

En la sabana el viento hace surcos en la arena que semejan las ondas sobre el mar. Desde el carro no las veo pero las imagino, iluminadas, completando el efecto del agua.

No vi el bulto en medio de la carretera. Cuando pisé el freno ya habíamos pasado a su lado. Era perfectamente natural que me bajara a revisar, sin embargo dudé durante algunos segundos antes de abrir la puerta del carro.

Recuerdo que antes de bajar te miré y seguías durmiendo. Debí haber retrocedido con el carro, pero en momentos así nunca hacemos lo que es mejor. Tardé otros segundos en darme cuenta de por qué no se movía. Estaba puesto allí para confundir. Supe también que no había nada extraño en aquello, que debía ser así como lo había soñado.

El miedo lo sentí en la nuca cuando me agarraron por detrás y me arrastraron más allá del hombrillo. Supe que eran varios porque luego alguien me levantó por las piernas. Sentí mi cara contra la tierra llena de piedras y de pasto duro. Las manos me las amarraron a la espalda y luego los tobillos; intenté zafar la cuerda que se enterraba en mis muñecas, pero entendí que sería inútil. El miedo dio paso al horror cuando te imaginé en el carro, dormida e indefensa ante aquel ataque que rebasaba en mucho nuestras fuerzas. Pensé en el teléfono a tu lado, inútil para pedir ayuda. Sentí el primer golpe en la cara y en seguida la humedad de la sangre que penetró mi boca y bajó por la garganta.

Todo se precipitó hacia la nada, hacia un letargo denso y largo que no me impidió ver que la luna se había ocultado tras una nube que antes no estaba. De repente dejaron de

golpearme y agradecí que me voltearan, para así desocupar de mi boca la sangre que me ahogaba. Pensé en mis padres que me esperaban hacía algunas horas. Pensé en lo que dejamos atrás cuando decidimos este viaje de vuelta.

Desde donde me encontraba no podía ver el carro en la carretera, pero sí las sombras que se movían a mi alrededor. En ese momento tuve un pensamiento ridículo: *allá en el fondo está la muerte, pero no tenga miedo*. Lo había leído en alguna parte, pero ahora no era ningún consuelo. Pensé en el recibimiento que no tendríamos, en la nueva vida que te dije nos esperaba y que no comenzaríamos. Y *allá en el fondo está la muerte*, pensé, y no corrimos, no llegamos antes. Era la última noche, la más atroz, pero diez minutos después el sueño lo anegó como una agua oscura.

Tampoco está el cuadro de Frida Kahlo

Vienes caminando hacia tu casa. La gente te saluda con cordialidad; cuando volteas, oyes los murmullos. El camión no se llevó la basura que recogiste antes de salir para la universidad. Abres la puerta, un vaho tibio te recibe y hace que te pique la nariz. Pones los libros sobre la mesa y la cartera la cuelgas del espaldar de la silla. Es entonces cuando vas hasta el cuarto y colocas al bebé dentro de la cuna. Está dormido, ladeas su cabeza y le quitas los zapatos.

Ya en la cocina te das cuenta de que los pañales no se han secado del todo. Debes, el fin de semana, ponerte al día con la limpieza de la casa, aunque tienes pendiente preparar la exposición de Diacronía y Sincronía. Metes ropa en la lavadora y pones a funcionar el ciclo de lavado suave. Abres la nevera, buscas algo para hacer de cena: cuatro papas, queso para rayar y una bolsa de fideos Capri. Un puré será la solución para la comida del bebé. Tú casi nunca cenas, él seguramente comerá en la calle. De todas formas hoy es viernes y, como siempre, llegará después de que te hayas acostado. Montas la olla para

sancochar las papas, la lavadora se ha detenido para llenar de nuevo, agregas el suavizante.

Enciendes un cigarro y te sientas en la sala. Desde allí, como la puerta del cuarto está abierta, puedes ver al bebé, que aún duerme.

De no ser por el polvo parecería que la casa hubiera sido limpiada ese mismo día. Hace tres meses el apartamento lucía mejor. Ya no hay cortinas en las ventanas y se nota que faltan algunos vidrios. Tampoco está el cuadro de Frida Kahlo.

Él llegó un viernes. El bebé dormía, como ahora. Puso un vaso con restos de hielo sobre la mesa, no dijo ni una sola palabra. Rasgó las cortinas. Fue sacando uno a uno los vidrios de las ventanas y estrellándolos contra la pared. Cerraste la puerta del cuarto del bebé con seguro. Te sentaste en el piso, frente a la habitación donde él dormía solo desde hacía unos meses. Lo observaste caminar vacilante; a ratos se detenía ante ti y te miraba sonriendo pero con ganas de llorar. Después tomó el cuadro y lo partió contra el piso. El suelo se fue llenando de vidrios que refractaban la luz, todo fue color en tus pupilas. Esa noche descubriste que el cristal suena diferente que el vidrio. Luego rompió los ceniceros, los vasos, las lámparas. Afuera se oyeron voces. Mantuviste la calma, no te pusiste de pie, fue entonces cuando empezaste a contar: uno, dos, tres, cuatro...

Volteó la mesa, el jarrón con flores manchó el sofá, pensaste en lo que te iba a costar limpiar la mancha oscura sobre la tela beige.

Él caminó hasta su cuarto y comenzó a llorar. Tú seguiste, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, cuarenta y seis...

Afuera, las voces. Oíste cuando se levantó de la cama y caminó hasta ti, lo presentiste sudoroso, se agachó, te agarró firmemente por la muñeca, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve... Te quedaste mirando tu muñeca entre sus manos.

El agua ha comenzado a derramarse en la cocina. Quitas la tapa de la olla y bajas un poco la intensidad de la llama, hasta que solo se ve de color azul.

Vuelves la cabeza y ves la hora: siete en punto. Suena la cerradura de la puerta.

Para que Chepa sepa que la queremos

Chepa era la hija mayor de Guillermo y Cundelina y vivían en el barrio La Shell, hacia el extremo norte de la única calle que moría a la orilla de la laguna de El medio. Era el año de su boda después de un corto noviazgo y Chepa estaba convencida de que era también el comienzo de su felicidad. Nadie al verla lo ponía en duda. A pesar de las estrecheces de los habitantes del sector, la boda de Chepa era un acontecimiento para todos los vecinos porque era la primera muchacha que se casaba como Dios manda: con matrimonio por la iglesia y fiesta en su casa.

En todos los hogares había un aire de alegría ante aquel acontecimiento poco común y cada familia ofreció colaborar para la ceremonia y para el festejo. Las muchachas jóvenes y sin hijos formarían parte del cortejo y cada casa aportaría algún plato especial para ofrecer en la fiesta. Llevarían mesas y sillas para ahorrar en gastos y así los padres podrían ocuparse del gasto de los músicos y las bebidas.

El novio era un muchacho de familia humilde que se había graduado de técnico medio en metalurgia y trabajaba en la

Siderúrgica en Puerto Ordaz. Con los ahorros de tres años de trabajo le prometía a Chepa alquilar una casa pequeña para comenzar una familia, comprar los anillos y la tela para que pudiera hacerse un vestido digno de ella.

Chepa estudiaba para oficinista en una academia y se graduaría pronto. No tendrían hijos hasta que ambos estuvieran consolidados en una casa propia y con trabajo fijo. Tales eran los planes de Chepa y su novio. La boda se haría en mayo, cuando en Ciudad Bolívar apenas comenzaban las lluvias y los olores de la laguna no eran tan fuertes como para invadir las casas con su hedor a agua muerta, a fango pestilente que oculta los cuerpos de los animales que no sobrevivieron a la falta de oxígeno en el agua.

Chepa pensó que su hermana menor, Aracelis, se vería estupenda de dama de honor. Escogió el color lila para los vestidos de todas las del cortejo, pues el rosado le pareció demasiado vulgar y común. Para los ramos de los bancos de la iglesia y el bouquet prefirió las margaritas. Simples y coloridas y sobre todo más accesibles a su poco presupuesto, el clásico jazmín siempre le recordaba el olor profundo y corrompido de la laguna. El vestido en vez de blanco lo pensó en un color crema, como se le antojaba que sería también la cubierta del pastel que harían en casa. El novio de azul oscuro y corbata roja sobre una camisa blanca, impecable. Su hermanito Simón llevaría los anillos sobre un almohadón bordado con hilos de seda que le había regalado su madre. Realmente Chepa había visto todo esto en una revista y así quería que fuera su boda. Y aunque no fuera cierto, mientras esto planeaba, se regocijaba pensando en lo felices que estarían todos.

El señor Guillermo, a pesar del contento que reinaba en la casa, no estaba del todo satisfecho. Siempre había soñado para su hija mayor un matrimonio mejor. Uno donde todos salieran beneficiados. Y este estaba lejos de reportarle alguna

ganancia. El novio le parecía un muchacho sin futuro y sin ambiciones y él siempre soñó para su Chepa un destino diferente. Jorge Kouri, el sirio que les fiaba a todas las familias del barrio, le pareció siempre un candidato más digno para ella. Viudo y con mucha plata. Por eso, cada vez que venía por el pago semanal lo invitaba a pasar y le ofrecía café. Pedía a Chepa que lo preparara y que lo trajera en una bandeja y en las tazas que su mamá guardaba en la vitrina del comedor. Ellos mientras tanto se fumarían un cigarro y hablarían de lo cara que estaba la vida pero sobre todo de lo inconveniente que era para él, un hombre joven todavía, quedarse solo. Le diría a Chepa que antes de volver por la bandeja se arreglara un poco y que se sentara con ellos a tomar el aire. Al sirio que no se marchara tan pronto, que se tomara otro café, que todavía le quedaba tiempo para hacer los cobros en las otras casas. Que se quedara un poco más y que viera lo bella que era su hija y lo bien criada que estaba.

Mientras tanto en la cocina, la señora Cundelina pensaba en la falta que le iba a hacer Chepa cuando se casara y se fuera a vivir con su futuro marido. Realmente era la única que colaboraba en las tareas del hogar y ella ya no tenía la fuerza de antes para tener la casa al día. Con Aracelis nunca contaba. Entre pintarse, leer revistas y los estudios nunca podía contar con ella. La lavada a mano de la ropa de mecánico de Guillermo, la comida, la limpieza de la casa y el cuidado del pequeño huerto que tenía en el patio, le hacían dudar de que tuviera tiempo para los remiendos y las costuras simples que hacía por encargo y que eran una entrada de dinero más. Poco era, pero en fin algo resolvía con esa plata. Así cavilaba la madre de Chepa mientras seleccionaba los mejores granos de frijol para el cocido con pescado salpreso que haría para el almuerzo del día siguiente. Pensaba en la máquina de coser que quería comprarse desde hacía tiempo, la que

permitía trazar más de cincuenta formas de bordados y que ahora no podría adquirir, pues esos ahorros los usaría para la confección del vestido de Chepa y el pastel. Sin contar que esperaba que su hija se graduara de oficinista y colaborara con los estudios de sus hermanos. Era dura la vida pero habría que resignarse. Todo esto repasaba Cundelina mientras Guillermo atendía al sirio en el frente de la casa.

Aracelis, en el cuarto que comparte con sus hermanos se pinta las uñas de los pies mientras piensa en lo feliz que será cuando su hermana se case y se vaya. El cuarto quedará para ella sola. A Simón deberían llevárselo a dormir al cuarto de mamá y papá, piensa a la vez que se limpia el esmalte que se le ha chorreado en la piel. Ella ya es una señorita y no está para compartir el cuarto con él. Eso piensa decirle a su madre. Que a Simón hay que ponerlo a dormir en otra parte, tal vez en una hamaca en el corredor. Que ella necesita su espacio para hacer lo que le plazca. Sobre todo para quedarse estudiando hasta tarde, que a Simón le molesta la luz. Con Chepa era distinto, pero que ahora que se casa ella debe quedarse sola en la habitación. Piensa también en todos los gastos que están haciendo para la ceremonia y la fiesta de su hermana y en que seguramente no quedará dinero para comprarle el aparato de sonido que pidió como regalo de cumpleaños. Ojalá Chepa se marche pronto y se acabe de una vez tanto alboroto con la fulana boda. Esto piensa Aracelis mientras su madre desde la cocina le pide a gritos que vaya a ver dónde anda su hermano Simón.

Cerca de la laguna están unos niños arrojando piedras al agua. Hay uno que lanza un anzuelo intentando pescar algo. Entre ellos también está Simón, que les dice que hoy no quiere arrojar piedras a la laguna. Que prefiere sacar flores para su hermana. Trata de alcanzar con una vara unas matas de lirios que crecen sobre el agua. Se llaman boras, están en

flor y hay muchas. Sin que los otros se percaten Simón se aleja en busca de unos lirios más grandes que están hacia el lado más profundo de la laguna. Con esto de la boda, su hermana está muy feliz y le ha prometido llevarlo con ella a conocer la casa donde vivirá con su novio. Bueno, con su esposo, con Raúl. A él le gusta mucho que su hermana se case con Raúl. Le parece buena persona y ella siempre se pone feliz cuando su novio llega a la casa a visitarla. Su hermana siempre ha sido muy buena con él y a veces lo lleva a pasear cuando su papá le da permiso para que vaya con su novio hasta el malecón a la orilla del río o para el cine. Cuando no lo invitan con ellos, su hermana siempre se acuerda de él y le trae cotufas. Ella siempre está pendiente, por eso esta tarde ha querido llevarle de estos lirios, para que Chepa sepa que la queremos y que todos estamos felices con su boda. En ese momento la vara se quiebra a la mitad y Simón cae al agua. Siente un filo que le atraviesa el pecho y no puede gritar pues ya se hunde entre el agua fangosa en la parte más profunda de la laguna.

El grupo de niños se aleja. Uno va a mostrarle a su madre los peces que ha sacado, sin mayor esfuerzo, de la laguna. Los otros, aburridos de lanzar piedras, voltean hacia la ribera y al no ver a Simón se van corriendo hacia su casa. Quieren ser testigos mientras le entrega las flores a Chepa; las flores de boras que Simón ha sacado de la laguna para dárselas a su hermana para que ella sepa cuánto la quieren todos.

Vigilia

Has dejado una luz prendida en el pasillo de la entrada para que la casa no quede envuelta en la penumbra. Ya recogidas las cortinas, las sillas y cualquier rastro de flores, la casa vacía se entrega a la tristeza. El olor de las velas persiste pues se ha asido a los muebles, al techo de cañas y a las paredes de la sala. A pesar de ello la oscuridad en la habitación es casi total, salvo cuando la brisa mueve con suavidad la tela ligera que cubre la única ventana que da a la calle. Acostada al lado de tu marido observas el perfil de su cuerpo que te vuelve la espalda completamente. Extrañas las noches cuando con él frente a ti, dormías plácida y abrazada como un bebé que no teme a la vida. La ausencia del hijo muerto ha invadido el hogar, modificado las rutinas y convertido el trato en una sombra distante y sin apego, por eso sientes que junto al hijo has perdido también la vida.

La presencia de las otras dos que duermen en el cuarto de al lado no es ningún consuelo. No se suplanta a un hijo con otro. Todos estos días, cuando abres los ojos en la avanzada

madrugada sientes que la muerte es una señora gorda que se instaló en el sillón de la sala para recordarte que tu existencia es ahora pobre y nunca más feliz.

Hoy en la tarde, por primera vez luego de la muerte del hijo, tu marido fue a buscarte a la orilla de la laguna y te cruzó un brazo sobre los hombros, entonces pensaste que algo había cambiado en él y que en esta noche la vigilia sería diferente. Todas las tardes vas y regresas sola de la laguna y al llegar a la casa lo consigues en la entrada fumando un cigarro y mirando hacia la calle. Sin embargo, te repites, pensaste que hoy sería diferente, pero compruebas, mientras lo ves quieto y tranquilo a tu lado, que no.

Te levantas de la cama y tomando las pantuflas al tiempo que las arrastras calzándolas, sales del cuarto rumbo a la cocina. En una olla pones agua a hervir y echas unas hojas de guanábana que has puesto a secar días atrás, colgadas de un punto del estante. Piensas que la infusión te ayudará a dormir. Mientras llega el hervor vas al patio y te sientas en la silla de madera que está junto a la puerta de salida, frente al árbol de níspero. Recuerdas el día siguiente al que lo pariste y que acompañada de tu marido lo trajiste a casa; a tus hijas, pequeñas para entonces, que te esperaban en la entrada con unas flores que habían sacado de la laguna. Siempre la laguna, dictaminas y crees que en ese instante te debería llegar la muerte. Pero no llega hasta ti, debe estar sentada en la sala recordándote a prudente distancia lo infeliz que serás para siempre.

Cuando cumplió dos años y tu esposo estaba en el trabajo y por primera vez lo dejaste mojar sus pies en la laguna y te reías extrañada de la sorpresa de él tan pequeño y sintiendo el agua densa y fría que le abrazaba los tobillos, recuerdas que él también reía extrañado. Cuando alcanzó los seis años no pudiste jamás controlar sus escapadas. Decía que le gustaba la laguna pues en ella había unos peces gordos que se podían

coger con las manos, pues eran lentos en el nado. No sospechaste que era la muerte que lo acechaba desde entonces.

Cuando aquella tarde llegaron a buscarlo sus amigos y ya sabías que no estaba en la casa y tirando en la carrera los frijoles que escogías sentada en la mesa de la cocina, sin que ninguno dijera algo más, sabías que era la muerte que se lo iba llevando hasta el fondo del agua, que a pesar de tu angustia y de tus ruegos no llegarías a tiempo para sacarlo con vida. Que por más que corrieras, te había ganado esa señora gorda que está ahora sentada en la sala recordándote lo culpable que serás para siempre.

Cuando llegaste de primera a la orilla y sin saber por dónde jugaba, supiste encontrarlo, no te impidió la profundidad del agua sacar su cuerpo amoratado, herido en el pecho por una vara que lo cruzaba. En su cara el rastro de unos hierbajos tampoco te impidió ver que ya no había ni asombro ni sorpresa en su mirada vacía. Supiste entonces que la laguna se había tragado para siempre tu sueño y tu felicidad.

Cuando sientes la mano que se posa en tu brazo y que te trae de vuelta de la laguna y al voltear tu cara hacia él hueles el olor a quemado de las hojas de guanábana, ves el humo que sale de la cocina, entiendes entonces que la señora gorda de la sala se ha marchado. Tu marido te levanta con suavidad y te pide que vuelvas a la cama. Al tiempo que te abraza pegando su cuerpo al tuyo, suplica que te vayas a acostar, que no te desveles más, que vayas al cuarto, que no te preocupes, que él se quedará un rato, velando.

Santa María

Esa noche, más que nunca, el bar parecía un hervidero de olores azufrosos que emanaban de los hombres que llegaban de las minas. La puerta se cerraba y se abría con la misma frecuencia de las cavas de cerveza; los clientes del lugar tenían los bolsillos llenos y venían a comprar compañía. La sacada había estado buena.

Miriam caminaba nerviosa entre las mesas, alisaba su pelo en un gesto repetitivo; colocaba cervezas ante los hombres que las bebían hasta el fondo para luego pedir otras que beberían más despacio. Se sentía mal, «precisamente hoy que la noche va a estar buena», pensó. Mientras caminaba hacia la barra su falda se encogía como el fuelle de un acordeón, dejando al descubierto los muslos.

Se sentó en las sillas que están hacia la derecha, donde no da de lleno la luz de las bombillas que, repartidas de manera estratégica, alimentan la penumbra que tanto conviene a los clientes. Encendió un cigarro y expulsó el humo directamente hacia Carmelo, que en ese momento pasaba un trapo

húmedo sobre el mostrador. Miriam fumó un poco más, pero no alcanzó a consumir el cigarrillo completo. Se distrajo mirando cómo se apagaba dentro del cenicero. Carmelo tuvo la certeza de que algo turbio ocupaba en ese momento los pensamientos de Miriam.

Cuando Carmelo salió de la habitación de doña Teresa, Miriam hizo ver que entraba en ese momento a la cocina. Con lo que había oído no era difícil imaginar la orden que había dado doña Teresa a Carmelo. «...y no me venga con arrepentimientos que usted nunca los ha tenido, ni yo tampoco». Miriam la conocía lo suficiente como para saber de lo que era capaz. Muchas veces se lo advirtió a Esperanza, pero ya era demasiado tarde.

Ahora que del cenicero habían dejado de salir largas y difusas canas, Miriam levantó la cara y vio la hora en el reloj con el aviso de cigarrillos que estaba encima de la pila de botellas alineadas contra la pared, y que llenaban de color el espacio: nueve y veinte de la noche, el bar en plena efervescencia. Revisó con la mirada las mesas y sus ocupantes. Había una con tres hombres jóvenes que no parecían del lugar. Caminó hacia ellos cuando alzaban las manos pidiendo cervezas. «Quién sabe y a lo mejor uno de ellos me resuelve la noche».

Carmelo tuvo la certeza de que algo turbio ocupaba en ese momento los pensamientos de Miriam. No había podido ignorar las miradas acusadoras que esta le enviaba desde el otro lado del mostrador. Miriam como que sabía algo; a lo mejor escuchó lo que le había encargado la Negra. En el fondo él comprendía la actitud de Miriam, porque a él mismo le había dado miedo hacerlo y más tratándose de Esperanza. Pero es que cuando la Negra daba una orden, no se podía desobedecer.

Teresa y él se conocieron en la ciudad cuando estaba buscando un mejor lugar dónde esconderse. Había matado a un

hombre, sin querer pero lo había matado. No supo nunca cómo la Negra se enteró y le ofreció el trabajo en el bar. Era su única salvación y no la desaprovechó. De eso hacía ya mucho tiempo pero se acordaba como en el día.

Los primeros meses vivió de sobresaltos hasta que poco a poco se le fue dejando de alterar el pulso cada vez que la Guardia Nacional entraba en el bar. La Negra decía que Santa María estaba tan lejos de todo que ni la vida de un hombre valía el viaje, que era su cárcel y que nunca más podría salir de allí. Él se había acostumbrado a la idea, pero a veces le entraba nostalgia por los hijos que había dejado en la ciudad y la Negra nunca quiso llevarles un mensaje. «Lo mejor es que te crean muerto». Y tenía razón, porque él no estaba dispuesto a pagar por un hombre del que no recordaba ni el nombre. Pero lo de Esperanza era distinto y no se le salía del pensamiento.

Lo peor de todo era que Esperanza le caía bien y no se le olvidaba la noche en que él estuvo a punto de enfrentarse a un buscapleitos que de vez en cuando llegaba al bar. Esperanza interpuso su cuerpo y sus encantos de hembra dispuesta a todo, y el hombre desistió de la pelea y se la llevó fuera del bar. Cómo no iba a sentir remordimientos. Sacó tres cervezas y las puso en la barra mientras Miriam se alejaba hacia la mesa donde estaban tres hombres que no eran del lugar. En ese momento Carmelo deseó que se le quitara esa idea y que la actitud de Miriam fuera por otras razones y no por lo que estaba pensando. Ojalá y pudiera hacer con su memoria lo que con el mostrador: una pasada de trapo y se borraba todo el sucio.

«A mí me llevó doña Teresa al pueblo de Santa María a trabajar como cocinera en el bar, porque a mi edad y con mi cuerpo, otro oficio no me hubiera reportado ninguna ganancia. La verdad es que al principio tuve que inventar mucho para tener la comida para cuando llegaban los hombres hambrientos

de las minas. Doña Teresa era la dueña de las máquinas. Ella trabajaba en sociedad con él, con don Alberto, pero todo el mundo sabía que era ella quien ponía y quien quitaba.

Esperanza llegó después de que yo estaba instalada en mi cocina y no había nadie que se me parara por delante si de comida se trataba. Doña Teresa me dio el empleo porque éramos paisanas y nos habíamos conocido en Cali en uno de los viajes que ella hiciera para visitar a su familia. La piel de Esperanza era blanca, muy blanca, al contrario de doña Teresa, a quien muchos por cariño llamaban la Negra Teresa. Esperanza tenía lo que una mujer necesitaba para trabajar en el bar, y ese fue el error de la doña. Porque además Esperanza era joven, casi de la edad de don Alberto, a quien le decían don por respeto y no por la edad; bueno, le decían así por respeto a la doña.

La cosa no comenzó tan en principio, no, eso fue mucho después, cuando la fama de Esperanza hacía venir a los hombres de las minas de más lejos. Cuando no tenían para pagarle, lo que asomaba entre las manos de los hombres, curtiditas y escamosas por el trabajo, era un diamante. Claro que sin tallar y sin pulir, porque por esos días eso lo hacían solo en la ciudad. De cualquier forma ella se sentía pagada; lo recogía en una bolsita de tela que siempre llevaba entre la ropa. Yo creo que ella me tenía confianza porque cuando Esperanza se iba hasta la mina a relavar los cortes de tierra que dejaban los hombres, ella me pedía el favor y yo le guardaba la bolsita.

Las otras mujeres del bar no podían verla ni en foto, hasta Miriam que era su amiga llegó a discutir con ella, y es que nadie pagaba por ellas lo que pagaban por Esperanza, pero total que pasó lo que pasó y eso era inevitable.

Todo el mundo lo presentía; hasta yo, que de mi cocina no salía sino hasta la noche, me daba cuenta, pero cuando se destapó la cosa ya eso había cogido mucho terreno. Yo los

oí pelear muchas veces en el cuarto de la doña, pero ella no se atrevía a botarla de Santa María, y es que era mucha la ganancia que Esperanza dejaba en el bar, que ni tres mujeres juntas, decían.

Aquello daba pena cuando la doña cogía avioneta para llevar a la ciudad la sacada del mes. Porque ella y no don Alberto era quien se encargaba de la parte importante del negocio de la mina. Ella iba y vendía; cuando regresaba no faltaba quien avisara que la avioneta de la Negra Teresa estaba levantando tierra en la pista de aterrizaje del comando. Yo me daba cuenta de todo pero no decía nada, lo mío era mi cocina y para eso me pagaba la doña, aunque no me faltaban ganas de decíselo.

La que se formó fue grande cuando a Esperanza comenzó a notársele la barriga. No había faja que le disimulara el asunto. Se encerró en su cuarto y estuvo la doña hablando largo rato con ella. Ese mes don Alberto llevó la sacada y no regresó sino cuando la criatura había nacido.

Mientras él no estuvo doña Teresa se encargó de todo, hasta del parto. Yo la ayudé, pero todo lo demás lo hizo ella. La muchachita era catirita y hasta tenía un aire a don Alberto. Yo sospechaba que la doña estaba preparando algo, porque mucha conformidad me daba sospecha y no me parecía viniendo de ella.

A los pocos días, cuando Esperanza no se había recuperado del todo, se apareció la Negra, venía de la estación de radio, porque era ella quien traía los mensajes para la gente que trabajaba en el bar. Los lunes y los jueves, pero ese día era martes. La doña llegó y se metió en el cuarto de Esperanza, yo estaba en la cocina y la oí llorando bajito, entonces salió doña Teresa y me dijo que la ayudara a recoger unas cosas, que Esperanza se iba por unos días, y que por un asunto familiar. Lo cierto es que Carmelo tuvo que llevarla hasta donde se agarran las camionetas que van hasta la frontera.

Por eso es que me acuerdo del día en que llegó don Alberto, porque Esperanza se había ido el día antes. Llegó tranquilo, sin preguntar nada, vio a la niña y ni la cargó, pero se notaba incómodo por la ausencia de Esperanza; ni se atrevió a preguntarme a mí.

La doña por su parte estaba que ni cabía en ella misma de la emoción con la muchachita; yo me sorprendí cuando me dijo que pensaba mandarla con una amiga que tenía en la ciudad, que ese no era lugar para que la niña creciera. Pero se puso pálida cuando le pregunté que qué le iba a decir a Esperanza cuando volviera y ni me contestó. Es por eso que no me extrañó cuando llegó la noticia. Ese cuento de la droga y que por eso en la frontera y que los guardias, qué va, yo he oído mucho cuento pero este no me cuadra».

El canto de la salamandra

Durmió sin saberlo, pero sabiendo que continuaba viva
en el sueño, que le sobraba la mitad de la cama,
y que yacía de costado en la orilla izquierda,
como siempre, pero que le hacía falta el contrapeso
del otro cuerpo en la otra orilla.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Despertó con el ruido de un golpeteo en el vidrio de la puerta de su cuarto. Esperó en silencio y segundos después comprobó que lo que escuchó mientras dormía no fue un toque en la ventanilla de la puerta sino el canto de la salamandra que convocaba a la cópula a un macho cercano. Ese animal de cuerpo frío y desvaído que vivía en lo alto de las paredes de su habitación. Tras los cuadros o en las hendijas de los marcos de las puertas y ventanas. Se sintió adolorida luego de recordar los acontecimientos de los días pasados y que por momentos olvidaba. Las pastillas que había tomado perdieron el efecto y se preparó para otra noche de insomnio. Acomodó las sábanas sobre sus piernas y mirando fijamente hacia la pared frente a sí, trató de convocar el sueño en un canto silencioso, un sueño que la poseyera totalmente. Lloró largamente lo que duró la oscuridad de la noche, convencida de que le sobraba el resto de vida que le quedaba.

A las cinco de la mañana se rindió y decidió ponerse en pie. Era mejor eso a seguir intentando dormir. Valeria agarró

una bata de seda que tenía siempre sobre el borde de la cama donde ahora dormía sola. Bajó al piso principal del apartamento. Luego de que la tragedia se exployó con todo el morbo de las circunstancias, no quiso aceptar la compañía de nadie, ni siquiera la de Títica, su amiga de toda la vida. Lo que sí aceptó fue que sus padres se hicieran cargo por unos días de Rita y de Aldemaro. Sus hijos necesitaban un ambiente cálido, de hogar, que ella no estaba preparada para brindarles ahora. Por su experiencia profesional sabía que estaba en la etapa del duelo más puro. La pérdida siempre es abrumadora, pero en esta oportunidad le tocó especialmente vivir una pérdida prolongada, por raciones, que se fue desenrollando sobre sí misma haciendo que en ocasiones deseara que se desencadenara de un tiro en todas las proporciones que fuera posible.

El día del temblor estaba en la consulta privada en una de las clínicas de la ciudad. Atendía a un paciente depresivo en el momento en que todo bajo sus pies comenzó a sacudirse. De las paredes cayeron algunos adornos y libros y el escritorio se rodó hacia un lado, dejándola al descubierto. Cuando la tierra se detuvo y los gritos de las personas que se hallaban en el edificio cesaron, despidió a los tres pacientes que tenía pendientes ese día. A la secretaria, que lloraba estrujándose las manos y pensando en su bebé que estaba en una guardería cercana a la clínica, la dejó en la vía. A una velocidad prudente se dirigió al apartamento donde estaban ya Rita y Aldemaro. Había logrado comunicarse con ellos antes de que las líneas telefónicas colapsaran, no así con Federico. Con él no pudo hablar.

En la mañana Valeria se había despedido de los hijos ,que se marchaban a la escuela sin saber que ese era el punto medio entre el antes y el después de sus vidas. Federico no había podido hacerlo, pues todavía dormía. Había llegado la noche anterior a la ciudad, en el último vuelo luego de un viaje corto. Antes de irse al hospital le llevó el desayuno a la

cama y lo despertó rociándole el pecho con jugo de naranja. Federico había abierto los ojos y desde lo más profundo de un sueño que lo mantenía atado a las sábanas, se dio vuelta y boca abajo le pidió que le besara la espalda. Cuando ella comenzó a cumplir su deseo supo que llegaría tarde a la revista médica en el piso de psiquiatría.

Como a las diez y media de la mañana lo llamó desde el hospital. Quería asegurarse de que llegara a tiempo para la reunión que tenía a las once con el equipo de la oficina. Había conseguido la cartera de una transnacional importante y necesitaba asegurarse de que el personal estuviera suficientemente entrenado para atender a este nuevo cliente. Federico le propuso almorzar juntos como a la una de la tarde en el restaurant que tanto le gustaba. Quería recompensarla por el desayuno maravilloso de esa mañana. Valeria se excusó, tenía un paciente esquizofrénico que debía internar. Que mejor la invitara a cenar. Cómo se había arrepentido todos estos días. Si hubiesen ido juntos a almorzar, tal vez...

Puso en la hornilla la greca que habían comprado en el último viaje que hicieron juntos a Italia. El café y los cigarros se habían convertido nuevamente en el vicio de la soledad. Esa mañana como a las nueve tenía cita con un colega psiquiatra que la había obligado a que aceptara hacer terapia con él. Le dijo que eso, o que no contara con la salud mental de sus hijos preadolescentes. Realmente poco le importaba ahora el mundo de allá afuera, pero sus hijos sí, aunque en este momento los sentía como un fardo que no tenía ganas de cargar. Los amaba profundamente, no había duda de esto, pero prefería que otros se hicieran cargo de ellos en este momento. Necesitaba ser la única víctima de esa cómoda soledad. Quería estrujarse en su dolor, revolcarse en él, hacerlo agudo, sentir intensamente ese ácido que la corroía y del cual sabía que no iba a poder escapar.

Luego de la llamada a Federico se había entregado plenamente a su trabajo. Era difícil conciliar la experiencia familiar y la faena con enfermos mentales y con otros que sin aceptarlo estaban peores que los que permanecían reclusos. Cuando llegó al apartamento ya los hijos estaban en el estacionamiento junto a los vecinos que lucían cara de desesperación. Habían metido en sus morrales lo que les dijo y se marcharon a la casa de sus abuelos. En el camino intentó muchas veces comunicarse con Federico. Fernando, su hermano, la llamó y le dijo que se apurara, que la estaban esperando, que no atendiera ninguna llamada que hicieran a su teléfono. Cuando los muchachos entraron a la casa abrazados a la abuela y Valeria, todavía bajándose del carro en el jardín, vio la cara de su hermano y la de su padre, supo que la vida le había tendido una emboscada de la que iba a ser difícil salir con bien. Cuando Fernando le dijo que el edificio donde trabajaba Federico se había derrumbado, cuando su papá la abrazó antes de que Fernando terminara de pronunciar esas palabras, Valeria sintió que la tierra nuevamente se sacudía bajo sus pies y que de ahora en adelante ya nada sería estable en la vida, aunque el planeta dejara de moverse.

Lo demás fue el horror. Federico vivo bajo los escombros, llamando desde su teléfono, orientando a los rescatistas hacia el lugar donde creía encontrarse, aprisionado en las piernas por una pared, Federico vivo y llamando por teléfono. Cuando ella quiso ir con su hermano y su papá hasta el lugar del derrumbe y se lo impidieron, cuando le dijeron que tenía que quedarse con los hijos que la necesitaban, que allá no había nada que hacer, que ellos se encargarían, que los especialistas estaban haciendo lo humanamente posible para rescatarlos a todos, que no era bueno para ella ver el lugar del derrumbe, Valeria se entregó a su dolor y se desmayó.

Recuerda que cuando despertó era ya de madrugada. Rita y Aldemaro estaban dormidos junto a ella y su mamá la miraba, temblorosa y más envejecida, desde una silla frente a la cama. Valeria sintió que ya no había nada más que pudiera conmoverla, ni siquiera el dolor que sufrían sus hijos a su lado. Cuatro días más tarde sacaron el cuerpo de Federico, que conservaba todavía el teléfono en una de sus manos.

Valeria sale al balcón con una taza de café, la cigarrera y el encendedor de plata que rescató de un cajón. Fue un regalo de Federico, de la época cuando los dos fumaban. Se da cuenta de que los helechos están resecos. La chiflera todavía puede recuperarse si la riega pronto. Mira hacia el mar, que por la hora luce tranquilo, todavía dormido. Mira unos botes que regresan de la pesca nocturna y avanzan con lentitud hacia la playa de Caigüire. Sabe que no puede prolongar por muchos días más su reclusión voluntaria. Sabe que va a llamar a Titica para que la acompañe a la cita con el médico. Que después irán al cementerio a llevar flores a la tumba de Federico. Le dirá que venga por ella, y que después de todo eso quiere ir a buscar a Rita y a Aldemaro a la casa de sus papás. Que almorzarán juntos. Prepararán algo rico que les guste a los muchachos. Le dirá a Titica que si puede se quede con ellos un rato más y que a lo mejor se animan y en la tarde salen a caminar un rato por la playa.

La canción de la mañana

Yo trato de acordarme todos los días de la frase con que debo encontrarte —dije—. Ahora creo que mañana no lo olvidaré. Sin embargo, siempre he dicho lo mismo y siempre he olvidado al despertar cuáles son las palabras con que puedo encontrarte.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

La mujer sale desde su cuarto caminando por el pasillo que comunica las habitaciones con la otra parte de la casa. De ese lado se encuentran la cocina, el comedor, el lavadero y una salita a la entrada. Afuera está un jardín que se nota descuidado. Hoy le gustaría sembrar unos lirios en las macetas de concreto que bordean la pared y arrancar los hierbajos que crecen por todas partes. Monta café y busca la cesta de mimbre donde guarda los medicamentos que debe tomar cada mañana al despertar. Para no olvidarse de ello lo tiene escrito por todas las habitaciones de la casa. Por precaución, y temiendo que algún visitante pueda leerlo, ha escogido una frase de un cuento que siempre le gustó: «ojos de perro azul». No recuerda el autor pero sabe que leyó repetidas veces ese cuento en otra época de su vida que por momentos olvida... «ojos de perro azul», y va en busca de la cesta. Saca varias cajas y en una disposición que no obedece a norma alguna coloca las pastillas sobre la mesa, frente a sí. Rojas, verdes, amarillas y blancas. Ninguna azul, piensa, ninguna como los

ojos del perro, y sonrío. Para ser completamente sincera, tampoco recuerda la anécdota del cuento pero sí que la frase pertenece a un cuento.

Va por un vaso de agua y pegada a la puerta de la nevera encuentra una nota brevísima: «Te queremos mucho, mamá. Llama al número que está anotado al lado del teléfono». Vuelve hasta la mesa y toma, con cada sorbo, una pastilla, echando hacia atrás la cabeza como ciertas aves al beber agua. Silba la greca, apaga la hornilla, con la ayuda de un guante acolchado la quita de la estufa y la coloca sobre una tabla de madera destinada para ello. Lo sabe pues calza perfectamente en una hendidura de la tabla que ya tiene unas partes ennegrecidas, quemadas por el calor constante. Se sirve y es solo entonces cuando se dirige hasta el teléfono. Marca el número y la voz de su hijo entra en su mente al mismo tiempo que el recuerdo. Él responde del otro lado. Ahora se acuerda de que hacen esto todas las mañanas. Que es su hijo quien coloca la nota para que ella no olvide llamarlo al despertar. Que la verá por la tarde, que hoy es el cumpleaños de Miguel, su nieto de cinco años. Luego de colgar no entiende cómo puede olvidarse de él por instantes, por cortos que sean. Recuerda que se llama Rubén, que es médico y que no vive con él porque sencillamente ella es una vieja terca y testaruda que se niega a abandonar su casa y que lo ama profundamente. Reconocer esto la hace llorar.

Está sonando el timbre. Se limpia las lágrimas que se han ido secando sobre sus mejillas. Siente su piel reseca y arrugada. Camino a la entrada mira el espejo en una de las paredes laterales. Se asoma en él. Vuelve a sonar el timbre pero ella enmudece al verse al espejo. Cabellos grises sobre los hombros y arrugas alrededor de la boca, sobre la frente y en el cuello. Cerca de los ojos oscuros se dibujan unas líneas profundas. Cejas pobladas y nariz corta y respingada. A pesar de las arrugas decide que le gusta su nariz. Vuelve a sonar

el timbre. Resuelve ir a su cuarto por una bata para cubrirse y para peinar sus cabellos enmarañados. El que toca a la puerta que espere. Cuando siente que está presentable vuelve a la sala y abre la puerta. Tras la reja que franquea la entrada, una muchacha le dice que busque las llaves que están sobre la mesa bajo el espejo. Sin saber por qué, obedece la orden. Atada al llavero encuentra una nota. «Querida mamá, ella es Elvira. Ábrele con la llave que tiene la arandela de goma de color verde. Ella te explicará. Aunque no la recuerdes ahora no te preocupes, es de tu confianza». Decide hacer lo que su hijo escribió en la nota. Sabe que la nota es de su hijo Rubén. La muchacha la saluda por su nombre. Anabel. Le gusta su nombre. La muchacha coloca sobre la mesa del comedor unas bolsas con provisiones. Le entrega el periódico del día y le sugiere que se bañe mientras ella le prepara el desayuno. Anabel, ahora sabe que ese es su nombre, va hasta su habitación con el periódico en una mano. Al entrar lee en la pared, sobre un cuadro de un señor con los ojos enormes, una frase que dice: Temo que alguien sueñe con esta habitación y me revuelva mis cosas. Tiene la seguridad de que es su letra. Analiza la frase y concluye que además de la falta de memoria, debió sufrir de locura cuando escribió aquello en la pared. Se ríe con un gusto que tampoco recordaba y se dirige hacia el baño.

Ya vestida con la ropa que encontró sobre la cama al salir de la ducha, va hasta la cocina. Elvira, no ha olvidado que así se llama la muchacha, le tiene sobre la mesa un plato de frutas y unas tostadas con mantequilla. Huevos revueltos y leche. Come en silencio mientras la otra se mueve por su cocina con una familiaridad que ella no aprueba. Decide no comentar nada y confiar plenamente en las palabras que leyó en la nota. Sabe que algo está por ocurrir, pero no sabe qué. Al terminar va hacia el fregadero y lava con cuidado y despacio los utensilios

que ha utilizado. Los coloca en el escurridor y se sienta a la mesa a revisar una carpeta que la joven ha colocado frente a la silla que ella ocupó mientras desayunaba. Contiene unos dibujos punteados que, se supone, ella debe completar. Lee las instrucciones que están en el encabezado. Debe hacerlos con la mano izquierda. En la página siguiente encuentra unas fotos impresas en papel. Se le instruye identificar los rostros y los lugares donde fueron tomadas. En una reconoce su rostro. Lo ha visto temprano en el espejo, más joven pero sabe que es ella. Con rabia y sin revisar lo que sigue, hace la carpeta a un lado y se va hasta el jardín. Se resiste a ser tratada de esta manera. Se sienta en una de las sillas reclinadas que están colocadas con buen gusto bajo el techo de entrada. Mullidas y cómodas. Comienza a sonar una música que le llega desde la sala. Es una voz delicada y armoniosa. Es una voz de mujer. Advierte confundida y con un miedo profundo que es su voz la que suena. Comienza a cantarla bajo y se sorprende al saberse la letra. Siente un rumor de voces en su cabeza y una sensación de alegría que se apodera de su cuerpo y poco a poco va recordando. Se ve a sí misma, más joven, con el cabello oscuro, largo hasta la espalda, vestida de gala en un escenario. El piano suena tras de ella. Se mueve y canta mientras las luces se van apagando lentamente y el recuerdo se va.

Despierta porque el sol ha comenzado a darle de lleno en la cara. Se encuentra todavía en el jardín, en la misma silla donde antes ha recordado la canción. Elvira está sentada en silencio a su lado. Anabel se incorpora y se aparta el cabello de la cara. La muchacha la observa con atención. Le dice pasado un momento, mientras espera que esté alerta, que luego de que almuerce dormirá una siesta en su habitación. Que a primeras horas de la tarde vendrá Rubén a buscarla para acompañarla a su terapia. Que su hijo es psiquiatra y

que viene por ella todas las tardes para llevarla a cumplir con su tratamiento. Que gradualmente confía en que va a recuperarse. Que ella viene desde hace un año todas las mañanas a atenderla. Que padece una lesión cerebral desde la adolescencia que se hizo más grave con la edad. Que a veces los días son mejores, no como hoy que recuerda poco. Que no se preocupe, que el olvido no será permanente. Que todo lo demás que quiera saber se lo explicará su hijo cuando venga a buscarla. Que tiene dos nietos. Una niña, Rosana, de doce y un niño, Miguel, de cinco. Que todos están siempre pendientes de ella y cuando no pueden venir por la tarde a buscarla, ella la lleva a la terapia. Y que a veces, las menos, ella se queda a dormir. Que hoy debe ponerse muy bella ya que después de la clínica irán a la casa de Rubén a celebrar el cumpleaños de su nieto. La esposa de su hijo, Martha, su nuera, también viene siempre y lee con ella los libros que le gustan y que están en la biblioteca. Que a veces ella también le lee. Anabel se levanta y se dirige hasta el comedor. Con todo lo que le ha contado Elvira, siente que algo falta. Que entre todos los recuerdos hay uno del que ella quisiera acordarse por encima de los otros. Que ese no se lo ha contado Elvira a pesar de conocerlo y que sin él no va a llegar el alivio que debe traerle recuperar sus recuerdos.

Almuerza junto con la muchacha la comida que ella ha preparado. En su cocina, en su casa, esta extraña que ella no recuerda. Anabel resuelve preguntarle a Elvira si fue cantante en su juventud. Elvira se queda callada y mientras recoge los platos, dándole la espalda, le responde que no. Que es escritora, que en la biblioteca, al lado de su cuarto está su lugar de trabajo y los libros que ha publicado. También están libros que ha leído y los que fue adquiriendo a lo largo de su vida, en los viajes. Que si quiere vaya hasta allá y los vea. Que le hará bien. Una última pregunta le hace Anabel: ¿Y las frases que

están escritas por todas partes de quién son? Elvira voltea, la mira a los ojos y le responde: De un escritor que a usted le gusta mucho y que conoció en uno de sus viajes.

Anabel abre la puerta de la habitación que Elvira ha indicado como su biblioteca. No la reconoce pero un olor profundo a resina, a guardado, a sábanas viejas le llega hasta la memoria y recuerda tan solo un dolor antiguo. Tres de las paredes del cuarto están cubiertas con un mueble de madera oscura que contiene los libros. Frases que no sabe a quién pertenecen, escritas con su letra en lo alto de las paredes, con marcador azul, ya desvaídas por el tiempo. Cree oír un teclear, un sonido de hojas de papel, siente un olor a tinta, una sospecha. Encuentra sobre el escritorio frente a la única ventana, ocho libros con su nombre: Anabel Santos. Los toma entre sus manos. Siente que recupera su nombre completo. Los huele. Nada. Lee los títulos. Nada. Mira las fotos regadas en portarretratos por todos los tramos de la biblioteca. En algunas reconoce su rostro pero más joven. Las otras caras, las personas que posan con ella, no puede reconocerlas. Hay polvo allí. Le pedirá a Elvira que la cuide mejor. Recorre los lomos de los libros con el índice, saca algunos y mira las portadas. Los abre, lee las primeras páginas, las dedicatorias y nada le recuerdan pero intuye que ha estado allí muchas veces. En una mesa, al lado de la puerta de entrada de la habitación, hay unas cajas de madera pintadas con colores brillantes. Camina para tomar una entre sus manos y ver qué contiene. Cierra la puerta para tener libre el camino. Es entonces cuando mira un afiche pegado a la parte posterior de la puerta. Una mujer joven con un vestido largo ceñido al cuerpo, con un micrófono en la mano, reclinada hacia atrás en una postura emocionada y unas luces dándole de lleno en el rostro, iluminando su rostro. Tras de ella un piano. Una mujer cantando. Sobre el cuerpo de la mujer en el escenario, en el

afiche, en letras grandes y amarillas el nombre. Empiezan a asomarse los recuerdos motivados por una llamada telefónica que recibió mientras escribía en ese lugar. Una voz que no recuerda a quién pertenece y que le dice que en un accidente ha muerto su hija. Es entonces cuando comienza a comprender que la que está en el afiche no es ella, aunque se le parece. Recuerda la canción de la mañana. Entiende entonces que el dolor que llega en forma de recuerdo va a alojarse en la zona más apartada de su cerebro, se desespera mientras escucha en su evocación reciente la canción, como en la mañana. Y como en la mañana, aunque desesperadamente trate de evitarlo, el recuerdo una vez más se va.

Ciudad de cebolla y manzanilla

Karelis sube el último tramo de las escaleras que llevan hasta el rancho donde vive con su hermana y sus sobrinos. De una patada suave abre la puerta y coloca sobre la mesa, que está cerca, las bolsas que ha traído cargando desde el abasto. Los niños siguen sobre la cama, enredados en las sábanas curtidas por el exceso de uso y el mal lavado. Abre la nevera y coloca algunas de las cosas que ha comprado. Monta en la cocina una olla con agua para hacer una pasta. Es casi mediodía. Será la primera comida de hoy para los niños. Sabe que Roselis, su hermana, volverá hacia el final de la tarde, antes que ella se vaya al trabajo. Levanta a los niños y los manda a bañar. Saca una lata de atún de la bolsa que ha quedado sobre la mesa, la abre. Pica unos tomates y una cebolla. Pone esto sobre un sartén y le añade un poco de aceite. Saca de una caja de cartón la ropa de los niños que lavó ayer y que recogió antes de salir de su casa hacia el trabajo. Desovilla las sábanas y las sacude. Un olor a sebo y a sudor viejo se esparce por el cuarto, que es también el lugar de la cocina. Las dobla y las tiende sobre el colchón que parece una víscera destripada. Debe comprar unas

sábanas nuevas y tal vez hasta pueda comprar unas cobijas. Afuera los niños se lavan con el agua que sacan de un tambor de metal, parados sobre una laja de cemento dispuesta para que los pies no se salpiquen de tierra. Karelis sale del cuarto cuando se interrumpe el sonido del agua al chocar contra el piso de cemento. Los ve titiritar de frío y les acerca, para que se sequen, un trapo que hace tiempo dejó de ser afelpado. Les ordena que se vistan y les dice que pueden jugar un rato en las escaleras mientras termina la comida, pero que no se alejen de la casa. Por un momento se distrae con el sonido que a esta hora produce la ciudad. Es un rugido de pasos y carreras, aparatos encendidos y cornetas de carros enfurecidos. Es la gente que se atropella en una ciudad donde se perdieron la convivencia amable y la tolerancia, las buenas costumbres y la solidaridad. Desde allá bajo sube, junto al ruido, todo el desamparo de una ciudad inhabitable y que Karelis percibe como un lugar absurdo y hostil.

Karelis despierta en el cuarto de un hospital sin saber que es el cuarto de un hospital. Abre los ojos y ve las paredes blancas a su alrededor y hasta que una enfermera llega a su lado para regular el suero que le lleva los medicamentos hasta las venas, piensa que está muerta y que el blanco de las paredes es el espacio donde le toca vivir su muerte. Ha tenido un aborto que se complicó, le dice la enfermera. Que mañana le darán de alta y que el médico, antes de que se marche, hablará con ella para informarle del tratamiento y de su situación. Que descanse, que no se agite, que todo va a estar bien, le dice la enfermera mientras introduce por el tubo que va hasta sus venas un líquido amarillo que contiene una inyectora y que hace que Karelis vuelva a perder el conocimiento.

A la mañana siguiente Roselis llega por su hermana al hospital. Le dice que la va a llevar hasta su casa, que ya no estará sola aunque su marido la haya abandonado. Que no importa.

Que se fije en ella, que a ella también la abandonó su marido hace poco, con los cuatro hijos que le dio. Que cuando ya no esté tan débil podrá cargar a su niña, a su sobrina, que ella puede ser como su hija. Que no se angustie, que todo va a estar bien. Que si quiere que sienta que sus hijos son suyos y que juntas podrán darles un futuro mejor.

El olor a sofrito le llega desde adentro y la saca de sus pensamientos. Agrega un poco de salsa de tomate que también ha comprado. Revuelve todo y pone sal. Apaga las hornillas. Escurre la pasta ayudada con la tapa de la olla; el vapor que sale le quema los brazos y la olla se le desprende de las manos. La pasta queda regada por el piso. Karelis la recoge y va hasta el patio para lavar la tierra que se ha pegado a ella. Vuelve a la cocina y siente que un calor se le prende a los ojos y la hace llorar. Pica una cebolla y la frota sobre la piel de sus brazos. Desprende los anillos y los coloca sobre una escudilla de plástico. Mira el centro pequeño y verde de la cebolla. Siente que la ciudad es como ella, que a medida que se distancia del centro va perdiendo el color y se hace más grande. Sabe que ella está en el último anillo, el más grande y más traslúcido; siguen saliendo las lágrimas, pero esta vez no se da cuenta.

Karelis come del plato de pasta que ha preparado. Muerde unas piedrecillas que han quedado en la pasta. Siente el crujido entre sus dientes. Saca el bocado de su boca y lo arroja al patio. Levanta los platos de los niños y los lava en la batea con agua limpia. Le gusta todo ordenado y aseado. Se devuelve y apaga la hornilla donde ha puesto a hervir los anillos de medio kilo de cebollas. Agrega las flores de manzanilla y tapa el envase. Busca entre su ropa una franela blanca y limpia que sabe adecuada para la tarea. Pasados quince minutos vierte el contenido del cocido sobre la tela que previamente ha colocado entre un envase. Cuela todo y con sus manos, aunque se queme un poco, va exprimiendo el té que sale de entre la tela.

Lo envasa en una botella de a litro que ha reservado. Lo pone en la ventana del rancho que da a la parte desde donde se observa la ciudad. El sereno y la brisa harán lo que falta. Cuelga la franela en la cuerda del patio. Observa sobre la tela una estrella grande de color verde amarillento. Sabe que va a ser difícil blanquear la tela pero no le importa.

Roselis baja del carro que la deja al pie de la calle antes de las escaleras que debe subir hasta su casa. Siente que es otro día más de búsqueda sin resultados, pero no va a desistir. Hoy, luego de la entrevista con la trabajadora social y la psicóloga que atienden su caso, se ha ido a pegar los volantes con la foto de su hija. Ha copiado decenas, y luego se va por las calles, pegándolos en lugares donde cree que algún día alguien va a reconocer a su hija y la llamarán para decirle que por fin la han encontrado. Juega en su contra lo pequeña que era la niña para el momento de su desaparición. Sus rasgos cambiarán pronto y será imposible reconocerla. Para el momento en que fue raptada del rancho, la niña apenas tenía un año. Ningún vecino vio nada y tampoco nadie recuerda a algún extraño merodeando por los alrededores. Karelis había salido a buscar trabajo en la ciudad y los niños se habían quedado solos, como era frecuente. Roselis se encontraba en el trabajo que tenía para ese momento y que luego abandonó, cuando se precipitaron los hechos.

Hizo las copias con un dinero que le dio su hermana. La niña desapareció ocho meses atrás, pero ella sabe que va a encontrarla. Dentro de pocos días cumplirá dos años. A juzgar por las pesquisas y el informe elaborado, parece ser un caso de compraventa de un infante deseado. Roselis no cree en las posibilidades que le han advertido: ni que la hayan sacado del país, ni mucho menos que sea un caso de tráfico de órganos. No lo cree, sencillamente porque no puede creerlo, no tendría sentido su entrega y dedicación todos los días. Agradece a Dios que tiene a Karelis,

que se queda con sus otros hijos y se encarga de la casa y de todo lo que ella ya no puede. Su hermana le ha dicho que los va a inscribir en la escuela que está en el barrio. Que ya habló con la directora y que los aceptarán a los tres. Roselis aprecia mucho el esfuerzo de su hermana. Por la tarde, cuando ella regresa a la casa, se va a un trabajo que consiguió justo por los días en que desapareció la niña. Trabaja como cuidadora nocturna de una señora enferma en la casa de una gente de mucho dinero. Karelis ha sido su salvación, la pobre, tan dedicada al cuidado de la casa y de los niños. Ella que nunca podrá tener hijos propios. Hasta le ha prometido conseguir ropa y zapatos casi nuevos para sus sobrinos, que le darán en la casa donde trabaja. Que todo irá mejor ahora con ese trabajo, que no se preocupe, que ella se encargará de todo. Le dijo que le pagaron bien las horas extra que hizo cuando la familia viajó y se quedó dos días cuidando a la señora, y que con eso va a poder comprar un televisor para que los niños no se aburran por las tardes cuando regresen de la escuela.

Roselis piensa que si no fuera por la desaparición de su niña, podría decirse que ahora estarían felices. Si ella no tuviera que asistir todos los días a la oficina de atención a personas desaparecidas, podría conseguir un trabajo y ayudar a Karelis con los gastos de la casa. Sus hijos tendrían todo lo que necesitan y a lo mejor podrían ir, eventualmente, los domingos hasta el litoral para bañarse en la playa, que ella recuerda de niña cuando vivía con sus padres allá. Mientras piensa todo esto se detiene un momento a descansar. Todavía le falta mucho para llegar hasta su casa. Voltea y mira hacia abajo. En qué parte estará su hija. En cuál de todos esos lugares que se alzan allá abajo. En cuál de los edificios, en cuál de las casas en las colinas que se ven entre los verdes, entre el derroche de cemento que es la ciudad. Recupera el ritmo de su respiración y continúa subiendo por la escalera.

Karelis se ha bañado y vestido. Los niños están jugando en el patio de atrás. Hoy, antes de venir hacia la casa, le compró una blusa a su hermana y la espera para entregarle el regalo. Quiere alegrar con un detalle sus días de tristeza. Se mira en el pedazo de espejo que está colgado en una de las paredes de latón mientras se pinta los labios. Baja la mirada porque no soporta saber lo que solo ella sabe. Ha hecho café pues tiene la certeza de que su hermana ya debe venir por el último tramo de la escalera. Quiere recibirla con algo caliente y luego entregarle la blusa. En un plato tapado con una tela le ha guardado un poco de la pasta que preparó. Mañana comprará los uniformes para que los niños comiencen el lunes en la escuela. Todos van a estar mejor ahora. Gracias a ella y a su decisión todo va a marchar mejor; los niños irán a la escuela y a su hermana poco a poco le llegará la resignación por la hija perdida. Confía en que con el pasar de los días irá olvidando. Que con el pasar del tiempo se quedará en la casa atendiendo a los hijos; que dejará de ir al centro para la búsqueda de personas desaparecidas y que también dejará de ir a pegar los volantes donde se anuncia la desaparición de la niña y donde se informan los números de los organismos donde se puede llamar. Sabe que el tiempo hará lo preciso y ella se encargará de todo lo demás. Mete en el bolso la ropa que se pondrá en la mañana. Saca unos caramelos que compró en el abasto y que ha olvidado dar a los sobrinos que juegan en el patio de atrás. Los lleva entre las manos, como una ofrenda, como pidiendo perdón a sus sobrinos que la reciben con una sonrisa, con una alegría poco usual. Mientras los reparte escucha cuando la puerta del rancho se abre y a Roselis, su hermana, que la llama.

Karelis va hasta la habitación y sin que ella lo espere, la abraza. Confundidas, pero sin decir ninguna palabra, se separan. Karelis sirve el café y va hasta la cama donde está

la bolsa con la blusa que le compró. Se la entrega mientras la instruye sobre lo que puede hacer de cena para que los niños coman antes de dormir. Le dice que mañana comprará leche, que ahora que van a comenzar a ir a la escuela deben estar muy pendientes de la alimentación de los niños. Que ahora algunas veces podrán tomar leche. Roselis toma el regalo que su hermana le ha dado. Saca la blusa de la bolsa y la pega a su torso. Piensa que su hermana es una bendición en estos momentos de desgracia. Piensa que su existencia y la de sus hijos sería terrible si su hermana no estuviera con ellos.

Días después Karelis llega a la casa donde trabaja. Hoy ha venido temprano. A su hermana le ha dicho que la familia saldrá de viaje y que debe estar allá antes del horario convenido. Que debe cuidar a la señora mientras ellos se van de salida el fin de semana. Pero en la casa, ese día hay fiesta. Karelis entra por la puerta de servicio. Deja sus cosas en la habitación al lado de la cocina y se pone el uniforme. No puede esperar para ir a las habitaciones en el primer piso donde la señora, la dueña de la casa, la madre de Valentina, que ahora se llama así la niña, da los últimos toques al traje de Valentina, al peinado de Valentina. Karelis aprueba con alegría que la manzanilla cocida en una infusión de cebolla ha hecho que el pelo de la niña se vea más claro y que cada día se hará más rubio el pelo de su niña Valentina. Karelis se percata de que la niña se vuelve feliz cuando la ve entrar, que le tiende los brazos mientras agita sus piernas vestidas con medias de hilo bordado a mano y que la llama por su nombre mientras se abraza a su cuello. Mira el cuarto lleno de regalos para Valentina. Mira la cama cubierta con un edredón acolchado color lila, tan suave que tiene la certeza de que en su vida jamás habrá nada tan suave como aquellas telas. Que no habrá nada tan vistoso y radiante como ese cuarto lleno de regalos para Valentina. Hoy es su cumpleaños y le han

preparado la fiesta más hermosa que puede soñar una niña. Con payasos y cotillón; con pastel, refrescos y piñata. Karelis comprueba lo feliz que está Valentina. La carga, la abraza y la besa y con el consentimiento de la madre la lleva hasta el jardín, hasta la piscina donde comienzan a llegar los invitados a la fiesta de los dos años de la niña Valentina.

Tres actos para morder una naranja

La mujer deja colar por encima de su cabeza la túnica negra que levanta del piso de madera. La tela delgada se desliza sobre su cuerpo totalmente desnudo, pegándosele a las anchas caderas. Se ha despertado muy temprano y ha decidido quedarse en la cama, pensando, recordando. Poco después escucha un sonido repetido y monótono que se abre paso entre sus cavilaciones. Es un sonido seco y constante que retumba en su cerebro. Es consciente entonces de que ha llegado el jardinero y que seguramente cava el hoyo para trasplantar la mata de naranja que compró días atrás. Por un momento se siente molesta pues no quiere encargarse de nada. Ni tan siquiera quiere bajar hasta el jardín y pagarle la tarifa acordada previamente; es la rutina. Cada quince días el hombre viene a desmalezar la grama del jardín y a limpiar el pie de los árboles que se distribuyen en la extensión de terreno a un lado de su casa. En algunas ocasiones se encarga también de sembrar las plantas que ella compra. Es entonces cuando decide levantarse y vestirse. Descorre las cortinas de las ventanas de su

cuarto. La tela es roja y tiene unos pequeños espejos en forma de rombo, bordados alrededor con hilo de seda verde. Arregla los cojines y las almohadas. Alisa las sábanas y enciende un incienso de sándalo que coloca sobre el mueble donde tiene sus discos y el aparato de sonido. Aprovecha para poner un disco de jazz que le gusta mucho y siente que su día se va haciendo, gradualmente, más grato. Va hasta el baño para lavarse la cara y las manos. Observa en el espejo las ojeras, que se notan más debido al color de la túnica que lleva. Hace que la tela del vestido se corra y deje un hombro al descubierto. Por sobre la tela toma sus pechos y los levanta, intentando que se vean por encima del escote. Observa los pliegues de su piel en el cuello y el pecho. Ve su pelo revuelto, lo alisa con una mano y con la otra se cubre los labios en un gesto de fingido asombro. Ensaya ahora una expresión aburrída, una de alegría y finalmente una de desesperación. Recuerda la pasada temporada teatral. Cubierta de gloria sobre el escenario. Sala llena y taquilla completa. Las ovaciones, los aplausos. Sonríe a su reflejo y sabe que la mirada de angustia, tras diluirse la sonrisa, no es fingida. Está envejeciendo, lo sabe. No tanto por las canas entre sus cabellos y las arrugas de su piel, sino por los escasos contratos en los últimos dos años. Se da la vuelta y decide prepararse un café.

Con la taza en la mano y descalza camina hasta la ventana del comedor en la planta baja de la casa. Mira al hombre de espaldas a ella, encogido sobre sus piernas, con la tijera de jardinería entre las dos manos, cortando la grama.

Primer acto

El hombre toma entre sus labios un pétalo suave, pequeño y blanco, de la flor de margarita que sostiene entre su mano. Lo desprende con la misma suavidad con que luego lo empuja

con su lengua humedecida y lo deja caer sobre la espalda de la mujer. Una y otra vez, mientras ella, callada, estremecida por un temblor, agradece la llegada de la lluvia. Cuando la espalda de la mujer está parcialmente cubierta, el hombre retira con su boca uno a uno cada pétalo

Segundo acto

El hombre, luego, toma dos naranjas maduras pero muy firmes y con cada una de sus manos las desliza a lo largo de las piernas de la mujer que continúa, desnuda, de espaldas a él. Es él quien esta vez se estremece cuando ella le pide en voz muy baja que la deje apretar entre sus labios una naranja, le suplica nuevamente que la deje morder una naranja. El hombre no atiende su pedido pero suavemente, como quien dobla o desdobla un género muy valioso, vuelve de frente a la mujer, que ahora abre los ojos.

Tercer acto

El hombre acerca su cara a los pechos de la mujer y hace como si los muerde pero no la toca todavía. La mujer suplica de nuevo la naranja, el hombre agarra una y la deja rodar sobre su estómago y la desliza, la orienta hacia su vientre mientras ella se retuerce suplicando una vez más. La naranja rueda libremente y se detiene justo donde consigue la hendidura de su sexo. El hombre intenta morder la naranja detenida, pero en un giro suave la mujer abre las piernas y la naranja va a dar al piso de madera. El hombre no logra morder la naranja pero igual lame los gajos que encuentra en su lugar.

Cae el telón y se escuchan eufóricos los aplausos.

El hombre ha terminado la jornada de poda de la grama. Ya ha plantado el arbusto de naranja y ha entresacado la hierba del pie de los árboles. Lava su pecho en el grifo del jardín y se deja secar con la brisa cálida del mediodía. Se pone la camisa mientras ajusta con lentitud los botones, uno a uno.

La mujer ha cambiado la túnica oscura por un vestido color púrpura que le roza los pies. Sigue desnuda bajo el vestido pero ha pintado sus labios con un color malva. Se ha puesto una delgada cadena de oro en uno de sus tobillos y sobre sus cabellos ha anudado un pañuelo también púrpura que tiene cosidos en las orillas unos caracoles diminutos. Toma el dinero que ha sacado de un cofre de madera y metal y sin hacer ruido pues continúa descalza, camina hacia el jardín. Le entrega el dinero al hombre que se despide, sin decir nada, con un gesto leve de cabeza.

La piscina de Camelia

Camelia está feliz en la nueva casa que han construido luego de muchos años de sacrificio. Su esposo es profesor universitario y aunque el sueldo es precario, con préstamos han logrado terminarla. El terreno fue un regalo de bodas que les hizo su suegro; les entregó el documento en medio de la fiesta de bodas, antes de cortar el pastel, hace ocho años. Faltan todavía algunos detalles, como el bar que siempre quiso construir, cerca de la parrillera, al borde de la piscina que ya está lista. Fue lo primero que emprendieron luego de que la casa estuvo terminada. La piscina es su máximo orgullo. Ya se imagina al borde, con sus amigas, un domingo. Asoleándose en sillas de plástico blancas. Tan bonitas. Como las que venden en el *mall*. Ya ha adquirido dos, pero realmente desea comprar cinco. Poco a poco, se dice para sí misma. Todos la disfrutarán los domingos. Ellas tendidas en las sillas, los hombres en la parrillera haciendo un asado, campaneando un escocés, y los niños de todos en la piscina. Claro que sabe que debe tener mucho cuidado pues los niños en sus travesuras pueden correr algún peligro, pero

para eso están ellas, para cuidarlos mientras juegan en el agua y ellas se asolean.

Quiere plantar alrededor de la piscina unos setos de cayenas de todos los colores, como las matas que tenía su mamá. Sus amigas le han dicho que la cayena es una planta vulgar, que mejor unos arbustos de hortensias, que son algo más delicadas y acordes con su posición. Que pocas tienen una casa como la de ella, que debe esmerarse y no convertir su nueva casa en la casa del barrio donde creció. Ella piensa igual. Ahora todo es diferente y cada vez les irá mejor. Piensa comprar también dos mesas con sombrillas y sillas de ratán, del plástico que imita la fibra, para que duren más. Imagina también el césped alrededor, verde, resaltando el color de las hortensias o de las cayenas, todavía no se ha decidido. A ella le siguen gustando más las cayenas, tan bonitas y de tantos colores, y tan bien que se le dan. Tiene buena mano para estas matas y se consiguen con mucha facilidad. Pero debe oír a sus amigas, ellas saben más que ella de estas cosas del buen gusto. Sobre todo por la posición social que ahora tiene. Para decirlo fácil, ellas también tienen que sentirse a gusto. Total, quiere que vengan todos los domingos a pasarla bien, como hacen las buenas familias.

A su pequeña Romelia le ha comprado tres juegos de trajes de baño con sus pareos y sandalias en combinación. También mucho protector solar, para embadurnar la piel tan delicada de su hija tan blanca. Salió a su padre. Eso es lo malo de Romelia, que cualquier exceso de sol le pone la piel roja, por eso debe cuidarla mucho, ahora que va a querer estar siempre en la piscina que recién han estrenado. Su orgullo. Pero para eso está ella, para cuidar que Romelia no se asolee en exceso. A ella el sol no la afecta demasiado, está acostumbrada al sol. Su piel es morena como el arequipe, así le dice Darío cuando besándola la muerde por las piernas o por la espalda: Camelia

de arequipe. Se siente tan feliz cuando Darío la muerde y la llama: Camelia de arequipe. Es un orgullo que hayan podido construir esta casa y esta familia que todos admiran.

Por todo esto es que Camelia ha ido comprando también copas, para el vino espumante que prefieren sus amigas, y vasos cortos para el escocés de los hombres. Envases de cristal para las ensaladas. Siente que ya tiene casi todo lo que necesita para los fines de semana. De la parrilla se encargan los hombres, pero ella debe estar alerta de tener las otras cosas que siempre hacen falta para estos encuentros, no puede quedar mal. Darío no le perdonaría una falta, quedarían mal ante todos, qué pensarán sus amigos, le gritaría que ella es una pobre mujer sin educación ni formación, que no está preparada para atender a sus amigos y que así no se puede, le gritaría. Y ya no la llamaría Camelia de arequipe, ni la besaría mientras le grita Camelia de mierda.

Por eso y lo demás debe estar alerta. No puede dejar pasar ningún detalle. Por eso mientras mira hacia la piscina se repite: las copas, los vasos, las sillas reclinables para tenderse, el protector, las servilletas. Los platos con diseños, los *pirex*, los floreros, las sombrillas y sobre todo, lo que haga lucir la piscina que tanto les ha costado. El esfuerzo de Darío, las deudas y los préstamos tienen también que verse recompensados con su esfuerzo, por eso debe estar atenta, no fallar. Piensa Camelia, abrumada, mientras mira hacia la piscina.

Camelia ha vuelto tarde, casi de noche, a la casa, ha ido de compras porque mañana vendrán los amigos a compartir al borde de la piscina. Es el cumpleaños número cuarenta de Darío, por eso esta ocasión es tan especial. Camelia se ha esmerado, ha contratado a una mujer para que cocine y a un muchacho para que sirva las bebidas. Ha mandado a colocar

faroles de papel chino alrededor de la piscina; se verá regia, lo ha comprobado la noche anterior cuando los instalaron. Ha comprado con la tarjeta de crédito las sombrillas y las sillas de fibra plástica que imita el ratán. De la parrilla, del asado se encargarán los hombres, como siempre, pero ella debe estar pendiente de todo lo demás, de que no falte nada, de los pasabocas o pasapalos, como les dicen también, del refrigerio para los niños. Por eso Camelia está nerviosa esta noche, por eso se dirige hasta la nevera a servirse un trago del vino espumante, del que le gusta a sus amigas; por eso va hasta la despensa, con la copa en la mano, a comprobar que de los enlatados, con las delicias que le gustan a Darío, haya suficientes. Camelia ha traído con ella a Romelia de la mano, pero camino a la cocina, a dejar las bolsas con las compras, la niña ha preferido quedarse a la orilla de la piscina. Hoy le ha puesto un vestido nuevo, de flores, que Romelia ha manchado con helado de chocolate. La ha reñido y está brava y Camelia ha preferido dejarla al borde de la piscina hasta que se le pase la rabieta que ha armado delante de todos, haciéndola avergonzar.

Hoy Camelia ha decidido que luego de la fiesta va a sembrar cayenas de todos los colores, y que sus amigas se vayan a la mismísima mierda, se ha dicho mientras compra todo el plástico que consigue en el *mall*. Termina de guardar lo que ha adquirido y se dirige hacia la piscina llamando a gritos a Romelia que no le contesta. Camelia se angustia por un momento al no oír la respuesta de su hija, por eso apresura el paso y cuando llega al borde de la piscina siente que el mundo se sacude bajo sus pies. En medio de la piscina mira, flotando sobre el agua, el cuerpo de su hija y el vestidito de flores hinchado por el agua, con la mancha de helado de chocolate.

Otro final

Hoy Camelia ha decidido que luego de la fiesta va a sembrar cayenas de todos los colores, y que sus amigas se vayan a la mismísima mierda, se ha dicho mientras compra todo el plástico que consigue en el *mall*. Termina de guardar lo que ha adquirido y se dirige hacia la piscina llamando a gritos a Romelia que no le contesta. Camelia se angustia por un momento al no oír la respuesta de su hija, por eso apresura el paso y cuando llega al borde de la piscina siente que el mundo se sacude bajo sus pies. Mira flotando sobre el agua los faroles que han instalado ayer. Y a Romelia que le sonríe, parada sobre la grama, con su vestido manchado de helado de chocolate y el último farol entre las manos justo antes de lanzarlo a la piscina.

Un hombre difícil

El trabajo de Asistente Bibliotecario resultaba para Ernesto una de sus más notables desdichas. La otra era la soledad. El trato con los usuarios de las diferentes salas siempre le pareció transitorio, mezquino y poco amable; la paga insuficiente y discontinua. Faltaba incentivo, faltaba reto y para colmo el ambiente viciado por el pobre mantenimiento en las salas hacía que estar allí se convirtiera en un acto de sacrificio. El sistema de aire apenas funcionaba; más que ventilación, los aparatos producían un sonido molesto. Lo sabía como nadie pues le hacía adormecer en las horas de la tarde. Muchos de los empleados sufrían alguna enfermedad provocada por los hongos que crecían entre los libros debido a las desfavorables condiciones climáticas. Unos erupción en la piel, caída del cabello, alergias diversas. Constituían un ejército menguado por la peste que acarrea trabajar en tales circunstancias. A pesar de ello no creía poder trabajar en ningún otro sitio más que en esa Biblioteca. Se había acostumbrado al deterioro de las instalaciones, a las goteras, a los baños malolientes, a las ratas caminando entre el cielo raso y la estructura metálica

que era el techo. A pesar de todo esto, sabía perfectamente cómo funcionaba cada uno de los servicios y se enorgullecía de que con los ojos cerrados podía encontrar el libro que fuese si estuviera intercalado correctamente.

Su ubicación en pleno centro de la ciudad le resultaba conveniente pues podía resolver en poco tiempo las diversas tareas domésticas de cualquier hombre que viva solo. Comprar provisiones, pagar los servicios, cortarse el pelo, pagar el seguro hospitalario y funerario. Además, como cosa poco probable en cualquier otro lugar que él conociera, contaba con cuatro plazas a poca distancia de su trabajo. Esto resultaba grato pues le permitía escoger en cuál de ellas sentarse a fumar cada vez que salía a despejar un poco la mente de la larga jornada en la Sala General de la Biblioteca Pública. Fumar era un vicio que se cuestionaba, pero hacía mucho tiempo que había desistido de sus intentos de dejarlo. Eso y las películas mexicanas, las viejas, eran su pasión, fumar y ver películas mexicanas en sus días libres.

Cuando lo vio por primera vez no se fijó mucho en lo que leía, pues nada en él llamaba la atención. Parecía un usuario más que buscaba pasar las horas del mediodía en un lugar medianamente seguro y ventilado. Pero una semana más tarde se fijó en el mismo hombre, a la misma hora, con el mismo libro que había visto entre sus manos estas dos semanas. El título no le pasó inadvertido. Ahora podía asegurarlo. Eso fue definitivamente lo que hizo que comenzara a observar sus movimientos. *Vivir con un hombre difícil*, por Nancy Good. Alto de estatura, bigote poblado (no quería caer en los estereotipos ni en prejuicios pero se podía decir que era un bigote como el que usaban los charros en las películas mexicanas que tanto le gustaban). Vestía de forma humilde. Podía ser un mensajero, un vigilante en algún edificio gubernamental, un vendedor de periódicos. Claro que, pensándolo mejor, no

debía ser vendedor de periódicos. Mensajero o portero. Lo que sí era seguro es que era un trabajador de doble jornada. Antes de las dos de la tarde cerraba el libro, él mismo lo colocaba en la estantería perfectamente intercalado con respecto a los demás y se marchaba. Siempre a la misma hora.

Ernesto caminó hasta la tercera fila de estantes metálicos. Incluyó la cabeza para no ver, buscó a tientas en el primer tramo como para probarse a sí mismo. Encontró en el lomo: 302.5/G646. Leyó en la contratapa: «Un hombre difícil es adorable y odioso, encantador y grosero, estable y destructivo, egoísta y generoso, desconsiderado y atento, ofensivo y cariñoso. En suma, es una enorme contradicción pero seguimos amándolo a pesar de todo, aun cuando es difícil amarlo y extremadamente difícil vivir con él. ¿Cómo se ama a un hombre difícil? ¿Cómo se vive junto a él? ¿Cómo se recupera la felicidad de los primeros días? La respuesta no es un milagro. Pero tampoco es un misterio».

Le pareció pobre e interesada la reseña. Buscó a ver si en el libro había alguna marca que indicara el avance en la lectura pero no encontró nada. Ni una «oreja de perro», ni un marca-libro, ninguna señal, nada. Por un momento pensó, en un gesto infantil y desproporcionado para sus funciones, esconder el libro. Era el único ejemplar. Le gustaría ver la cara del otro al día siguiente, cuando llegara como él y, casi a tientas, buscara el libro para no encontrarlo. Primero dudaría de sí, pensó, luego revisaría entre los más cercanos. Incluso examinaría en los tramos contiguos. Ernesto confesó para sí que le gustaría comprobar cuál era el grado de apego que tendría el otro con la lectura de este libro. Decidió colocarlo en su lugar, no sin antes comprobar que el que le seguía era uno de entrevistas que llevaba como título *El hombre devastado*.

Al día siguiente Ernesto llegó a la biblioteca con mejor ánimo. Incluso se había puesto su camisa preferida como

último recurso para darse valor. Era el cumpleaños de Gisela, una de sus compañeras de trabajo y quería causarle una buena impresión. Cuando entró a la Sala, mientras chequeaba en una tarjeta su hora de llegada, también lo hizo tras de sí un gran ramo de flores. Un hombre de baja estatura y fuerte complejión preguntó, luego de colocar el ramo sobre una mesa, que quién era Gisela. Ernesto caminó hasta los estantes de literatura para no ver lo que ocurriría después, pero escuchó las risas y los comentarios de alegría y sorpresa. Su arrebatado de buen ánimo le costaría caro todo el día. Se sintió ridículo dentro de aquella camisa y por un momento deseó salir a fumar a la plaza. Se alarmó cuando se percató de que temblaba. Tomó un libro pesado y lo sostuvo por largo rato entre las dos manos hasta que se calmó. Sacó de su bolsillo el pañuelo que había perfumado en la mañana y lo deslizó sobre la piel de sus brazos, secándolos. Se dispuso a leer la prensa del día como si nada hubiera sucedido. La plaza quedó olvidada por el resto de la mañana.

Cuando lo vio entrar ese día evitó que se cruzaran las miradas, no podía delatarse a las primeras de cambio pero no lo perdería de vista. Trataría de armar la historia, de descifrar, sin que él supiera, las razones que lo movían a aquella lectura. Lo miró sentarse en la mesa de siempre. Abrió el libro a la mitad y lo retiró un poco, como si le fuera difícil leer de cerca. Un rasgo de la edad, pensó Ernesto. Como temía, no ocurrió nada en particular, salvo un hombre que lee sentado en una mesa de una biblioteca casi vacía, un trabajador que observa a su alrededor, como pendiente de atender a los posibles usuarios que lleguen buscando información. Así transcurre una hora. El hombre del bigote cierra el libro, lo coloca con suavidad sobre la mesa, levanta los brazos y en un gesto de gato, se despereza. Toma el libro nuevamente, se levanta, arrastrando con su cuerpo la silla, lo coloca junto a los otros y se va.

Había goteras en el comedor donde los empleados consumían su almuerzo cada día. Cuando llovía, el piso del pequeño recinto se llenaba de agua. Había que sortear los pozos como si se estuviera en plena calle luego de una tarde de lluvia. Ernesto decidió no comer. Estaba hastiado del maltrato, de la ruindad del lugar, del olor denso del techo raso mojado y a punto de caer sobre su cabeza. Prefirió irse a la plaza. Ya había escampado. Podría tomarse un café, que compraría en la panadería cercana, y fumarse dos o tres cigarros antes de regresar a sus obligaciones. Bien había visto antes de salir al aire fresco de la calle el vestido nuevo que llevaba Gisela. Le quedaba regio y permitía ver el bronceado de sus piernas. La imaginó un domingo en la playa, recostada, exponiendo su cuerpo al sol. O mejor bajo un árbol para que la luz no le diera directo. Bronceando su cuerpo, quizás leyendo un libro de poesía. Pensó en esto y se sintió tan ridículo como con la camisa. Desde que llegó a trabajar le había gustado esa mujer. Ella lo saludaba siempre con la misma cortesía con la que saludaba a todos, pero en el fondo pensaba que Gisela podía ser un poco más amable con él. No sabía casi nada de ella, al igual que de sus otros compañeros. Ernesto era el empleado de mayor antigüedad, al que todos trataban con respeto pero con una distancia que lo hería. Se resignó a este trato y nunca se quejó cuando los escuchó hacer planes para después del trabajo. Los veía partir mientras él sellaba en la tarjeta su hora de salida. Riendo, planeando una fiesta donde él no estaría nunca. Y Gisela entre todos ellos, también sonriendo.

Pensó que esa tarde no iba a ser distinta a las demás. Salió después de sellar la hora en su tarjeta. Se fue hasta la plaza a mirar los pájaros que suelen llegar a picotear entre la hierba los insectos que descubre el agua después de la lluvia. A fumarse dos o tres cigarros mientras observaba a los pájaros sobre la hierba de la plaza, pensando en la hora en que llegaría a su

casa para despojarse de esa camisa y del ridículo permanente que era su vida. Fue entonces, cuando observaba los pájaros, cuando llevaba el segundo cigarrillo, cuando vio pasar a Gisela del brazo de un hombre con bigotes, inclinando su cabeza hacia Gisela que le susurraba algo al oído, asida del brazo de un hombre alto con movimientos perezosos, como de gato, a Gisela sonriendo con sus flores entre los brazos.

La Galería

Ernesto entró al bar La Galería como quien alcanza un refugio. Se entregó a una de las mesas a manera de quien llega a su hogar luego de un viaje largo. En el rincón de la izquierda, lejos del aparato de televisión. Sacó del bolsillo de la camisa la caja de cigarros. Estaba en uno de esos momentos en los que le provocaba encender dos cigarros a la vez y fumarlos alternadamente. Siempre temió a ese deseo frecuente. Quien lo observara pensaría que estaba loco. Aunque a esa hora en el bar no había muchos clientes, estaba Juan Carlos, que en ese momento regaba las plantas en el pequeño patio. Se conocían desde hacía muchos años y la costumbre establecía la norma entre ellos. Si Ernesto no pedía su ron, Juan Carlos no le ofrecía nada. Si Ernesto pedía al entrar un trago, Juan Carlos lo servía con rapidez y podía sentarse a conversar un rato con él hasta que comenzaran a llegar los clientes de siempre, como a las ocho de la noche. Hablarían poca cosa, del trabajo, de las noticias, de algún acontecimiento novedoso en la ciudad. Pero esa noche Ernesto no pidió nada al entrar

y Juan Carlos siguió con lo suyo. A veces intercambiaban libros y películas. Compartían el gusto por la lectura y el cine mexicano. A Ernesto le resultaba fácil proveerle los libros que sacaba con su carnet de la biblioteca. Generalmente *best-sellers*, novedades, lecturas fáciles que Juan Carlos leía de a poco en el bar, en las horas de la tarde cuando no había clientes. Al terminar los devolvía. Pero esa noche Ernesto no quería conversar. Salió del trabajo a la hora de siempre y no quiso irse a su casa. No quería estar solo. Prefería la soledad del bar, él la llamaba la soledad acompañada. Cruzó la calle.

Pero sucedió que en el camino había visto cuando dos tipos salían de un automóvil y sin decir nada acribillaron a balazos al dueño de la panadería, que en ese momento estaba parado frente al local. La escena lo conmovió y la vivió como en cámara lenta, como en una pesadilla ajena. Como si alguien estuviera soñando en blanco y negro a Ernesto que presencia cómo dos tipos salen de un auto y acribillan a balazos a un hombre que toma el fresco de la tarde. Como si a él nada pudiera sucederle en ese sueño ajeno. Como si estuviera por encima del peligro. Se asustó después, cuando el carro dobló a gran velocidad hacia la calle Bolívar. No se podía decir que se conocieran, pero durante los años de trabajo en la Biblioteca lo veía con cierta frecuencia. Cuando traía provisiones o fajas de billetes de baja denominación para el vuelto, cuando recogía el dinero para depositar, en fin, cuando hacía su trabajo y Ernesto entraba a comprar café o cigarrillos. Nunca cruzaron ni una palabra cortés, ni un gesto. A medida que fue alejándose del lugar empezó a escuchar como si lo persiguieran las voces de los que reaccionaban ante los disparos. De la entrada de la gobernación salieron varios policías desenfundando sus armas, en sentido contrario al de Ernesto. Ahora sí apretó el paso. Lo último que deseaba era verse involucrado como testigo en un crimen que presenció por

casualidad. Antes de alejarse no pudo evitar ver el charco de sangre que iba colándose entre los adoquines del bulevar. Lo que más le impresionó fueron los ojos abiertos del hombre tirado sobre el piso, con los brazos en cruz, mirando hacia el cielo que a esa hora todavía conservaba un rastro de azul.

Terminó de fumar el tercer cigarro, alzó la mano y pidió el trago. Juan Carlos llegó y con un paño húmedo limpió las cenizas que habían caído fuera del cenicero, colocó el vaso a un lado y puso unas servilletas junto a él. ¿Todo bien?, preguntó. Igual que siempre, respondió Ernesto. Agarró el vaso y lo bebió de una vez. Pidió otro. En silencio contempló los movimientos de Juan Carlos tras de la barra. El chocar de la botella en el borde del vaso limpio. El líquido ámbar cubriendo hasta la mitad. Pensó en lo frágil que era la vida de un hombre. En ese momento se escuchaba una canción de Joaquín Sabina que Ernesto se aprendió de tanto oírla en La Galería. Hablaba de una calle llamada Melancolía y de un hombre que quería mudarse de ella. Ernesto pensó que Sabina era un pobre güevón que no hacía más que ganar plata estrujándose contra las penas de gente como él.

Entraron al bar dos muchachas y caminaron directo a la barra. Se sentaron y pidieron cervezas. Eran lindas, o por lo menos lo parecían en la penumbra, y Ernesto sintió un perfume que se paseaba por el bar y que llegaba hasta él. Recordó un olor parecido pero de una época distante. Sintió una presión en la entrepierna y en el pecho un espasmo de dolor. Barrió el recuerdo de un solo trago y pensó que a ese ritmo se emborracharía. No le importó. Lamentó lo temprano de la noche. Revisó el dinero en su cartera. Encontró en el lugar de siempre el preservativo. Le dijo a Juan Carlos que le anotara los tragos y salió de nuevo a la calle; pasó al lado de las muchachas que reían pero no volteó a mirarlas. Afuera había una brisa fuerte que arremolinaba en el borde de la calzada

papeles estrujados que, en giros repetidos, se levantaban del piso para luego continuar su camino. Ernesto se entregó a la noche como quien se lanza al vacío. No quería quedarse solo. Salió buscando auxilio, tratando una vez más de salvarse.

Calle Armario, s/n

Ernesto se levanta de la cama y empuja con sus pies las sandalias de goma gris hasta calzárselas. Apaga el ventilador del techo, recoge del piso de cemento húmedo la toalla llena de vómito que utilizó en la madrugada para limpiar las sábanas. Camina hasta el baño arrastrando un dolor de cabeza que le amarga la boca también. Se cepilla los dientes y la lengua con la poca crema dental que ha estrujado del tubo casi vacío. Busca en el clóset del pasillo una toalla limpia. Seca de la cara y el cuello las gotas de agua que le han chorreado. Nota que la barba ha crecido abundante en las últimas horas de descuido. Va hasta la cocina y en la greca monta un café fuerte. Descorre la ventana pequeña que da a la calle Armario. La brisa suave del sábado en la mañana se abre paso entre el ambiente corrompido por el olor a cigarros y a vómito. Se sienta en una de las tres sillas que rodean la mesa de madera. Observa a su gato que duerme sobre el cojín bajo la ventana. Recuerda el día que al regresar de su trabajo lo encontró casi muerto en la orilla de la calzada. Recuerda también cómo lo cuidó y lo

alimentó hasta que supo que se salvaría. Ahora luce gordo y saludable. Pero tan indiferente como cuando llegó. Por eso lo llamó *Malagradecido*. Era largo e incómodo de pronunciar pero era el único nombre que se merecía.

Fue hasta la cocina y apagó la hornilla. Antes de servirse café volteó en el tarro de la basura la arena de la caja de desechos del gato. Le puso comida de una lata que quedaba en la despensa. Dio un solo giro a la llave de la regadera del patio interno para que irrigara las plantas que colgaban de la reja, mientras él tomaba de la taza de café. Era un dispositivo que había elaborado a partir de un manual que encontró en la biblioteca. Permitía, por un tubo previamente agujereado, humedecer todas las plantas de una vez. El fresco que provocaba el líquido derramado en las losas del piso comenzó a aminorar el dolor punzante que sentía. Se sacó el pantaloncillo de algodón y se sentó desnudo sobre las losas. Agarró la manguera corta que estaba dentro de un barril metálico donde acopiaba agua para los días de escasez y se bañó con ella largo rato, dejando que su frescura reparara los estragos de la noche.

Salió vestido y perfumado a la calle Armario y tomando hacia la Ermita puso rumbo al cementerio. Frente a la cárcel se detuvo y tomó aliento. Unos presos se comunicaban a gritos con las mujeres que desde la calle les mostraban unos niños, tal vez sus hijos. Más adelante compró unos claveles amarillos y se adentró entre las tumbas, en un camino conocido por la fuerza de la costumbre. Llegó hasta la tumba que buscaba. Un sábado cada mes; la limpió de las hojas y de la maleza que le crecía alrededor. Tenía flores frescas en el contenedor. Ernesto puso los claveles junto a las otras flores. Estuvo ahí el tiempo suficiente para fumarse tres cigarros y leer el periódico. Se sirvió un café en la tapa del termo. Lo bebió despacio, mirando hacia el castillo, por encima de los árboles que

crecían alrededor. Se despidió de la madre y dijo una oración como acostumbraba.

Ernesto baja hacia la calle Bolívar. En el camino observa a los que suben hacia la cárcel o hacia el cementerio. A unos se les reconoce por las viandas de comida; a los otros por la ropa de luto, pero principalmente por las flores que llevan entre las manos, nadie lleva flores a una cárcel. Casi siempre son mujeres las que suben esta calle. Él es casi una excepción. Una vez al mes va hasta el cementerio a cumplir con su madre. Y como siempre, ella le recuerda la otra obligación.

Cuando llega al lugar, Ernesto coloca sobre el banco de la entrada el termo y los periódicos. Mientras espera observa unos pájaros negros que se pelean por un trozo de fruto caído sobre el cemento. El que gana remonta el vuelo. El otro gira la cabeza hacia todos lados y sabiéndose derrotado salta hacia la grama y atrapa un insecto. Una enfermera cruza el patio empujando delante de sí la silla donde, abrazado por unas correas, viene su padre. Ernesto le aparta la gorra bolchevique que tanto le gustaba usar y lo besa en la frente en un gesto que nadie esperaría de un hombre como él. Le acomoda la cabeza sobre la almohadilla dispuesta para eso, la cabeza que le cuelga a un lado sin fuerza. Le limpia la baba que le ha chorreado sobre la camisa limpia. Lo pone a la sombra bajo el árbol de níspero. Le lee, escogiendo los textos que traen los diarios ese día. Sirve un café en la tapa del termo, le moja los labios con sus dedos, le pregunta si está bueno. Le dice que no se preocupe, que él está pendiente de ellos, que no les hará falta nada. El padre de Ernesto no responde pero él sabe que aprueba el café, que siente que está bueno, que su padre está feliz con su visita.

Le dice que ha estado en el cementerio. Que la tumba de su mamá está bien cuidada y que él está feliz. Que ha leído mucho, y que en el trabajo de la Biblioteca todo va de maravillas.

Que Lucía no viene porque está en la casa cuidando de las plantas y de un gato que tienen que es muy perezoso. Que no se preocupe porque Lucía no venga. Que son felices. Que no les falta nada. Que siempre vendrá aunque Lucía no lo acompañe. Que así son las mujeres a veces, que no les gusta dejar la casa sola, pero que él siempre vendrá a cuidarlo. A leerle y a contarle lo bien que le está yendo.

El río

Hay quien busca el amor de una mujer para olvidarse
de ella, para no pensar más en ella...

J.L. BORGES

Ernesto camina por la calle Comercio rumbo a la plaza Miranda, busca la calle Mariño hacia la ribera del río. No es un lugar agradable pero lo mueve la necesidad. En una mano lleva una bolsa de tela para echar arena. Debe renovar cada semana la caja del gato. El día luce una mañana luminosa y hace brisa. Los robles de la plaza balancean con suavidad los troncos que se entrecruzan y Ernesto se detiene a escuchar el crepitar de las hojas que se estremecen desde lo alto. Le teme al camino del río tanto como a la soledad. Avanza hacia la zona del parque Ayacucho y baja hasta la acera que bordea el malecón pestilente a desechos que la ciudad produce, multiplicados en carnes corrompidas, amarillas, como vísceras eliminadas hacia la cloaca que es el río.

Busca una lata, la rasga con las manos tratando de no herirse con el filo metálico. Se arrodilla en el borde y entre la maleza va escarbando en la arena y derramando en la bolsa la arena húmeda. Cuando la lleva a la mitad se incorpora, se sienta en uno de los bancos y la coloca a su lado. Enciende un cigarrillo y es entonces cuando mira hacia la otra orilla.

Localiza el puesto de flores donde la mujer sentada en una silla de madera deshoja los tallos de unas flores que luego introduce en un balde plástico con agua. Ella no está al tanto de saber que la observa. Ernesto está oculto entre unos arbustos que han crecido a la orilla. Sabe que está faltando al pedido que ella le hizo pero no le importa. Basta con que ella no se dé cuenta de que la mira desde ese otro lado que es la ciudad. Lleva el pelo suelto esa mañana. Echa de menos el olor profundo de ese cabello reposando sobre una almohada. Observa cómo Lucía se incorpora y camina arreglando los baldes en el puesto donde vende flores desde hace algunos meses. Contempla cómo balancea sus caderas y sin querer se acuerda de los troncos de los robles que ha visto en la plaza. Ernesto siente un dolor agudo en el estómago y se agarra de la caja de cigarros y enciende otro. A su alrededor hay cuerpos que sobre cartones duermen el sueño de los apartados. En un banco cercano un hombre y una mujer comparten una botella de ron que ella ha sacado de la cartera. La mujer le convida a tomar con un gesto. El hombre acepta con un movimiento de cabeza y antes de entregársela la mujer se da un trago. El hombre con manos temblorosas hace lo mismo.

Unos niños se lanzan al río desde la otra orilla, Lucía voltea alertada por el sonido de los cuerpos cuando chocan contra el agua. Ernesto, distraído por un momento en la escena del hombre y la mujer, teme haber sido visto. Lucía continúa con su faena sin descubrirlo. Él sale de la margen del río de regreso hacia su casa en la calle Armario. Cruza el parque en diagonal hacia la plaza Miranda. Los robles esta vez están quietos pero Ernesto trae el balanceo de las caderas de Lucía entre los intersticios de sus costillas, en un lugar muy cercano a su corazón.

Ernesto no lo sabe, pero Lucía vio cuando se alejaba con la bolsa de tela en una mano, subiendo hacia el parque. Reconoce su paso apresurado. Siente lástima por él pero no se turba,

aunque sabe que ya su día no será igual. Que no volverá a voltear hacia la otra orilla y que ya por algunos días no lo verá. Lucía siente que esa huida traerá la felicidad del sosiego. Llegan unos clientes y los atiende con prontitud, tratando de ganarle la venta a las otras mujeres de los puestos de al lado que han visto venir desde antes a los posibles compradores. Ofrece lo mejor que tiene. Baja el precio, se lanza en la carrera de ganarle a la vida. Las envuelve en papel celofán y las entrega en las manos con un piropo que le brota fácil. Recibe los billetes, que guarda con cuidado en la cartera que le cruza el pecho en bandolera. En este negocio de las flores no se perdona ninguna distracción.

Ernesto llega a su casa y abre la puerta. El gato se le enreda entre las piernas. Deja sobre el piso de la entrada la bolsa de tela. Busca en el clóset del pasillo una caja de cartón donde guarda las cartas de Lucía, las fotos de Lucía, el olor de Lucía. Las toca, las besa, las recorre con su lengua pastosa y hedionda a nicotina. Ernesto se abandona al recuerdo y siente que está perdido una vez más. Va hasta su cuarto y se deja caer sobre la cama como un fardo pesado, como la bolsa de tela, lleno de una humedad que lo recorre. Se desviste con rapidez, toma la almohada y la acerca a su pecho, la abraza, busca en ella el olor de los cabellos de Lucía. Lleva su mano hasta su miembro. Comienza con suaves movimientos a frotarlo. Recuerda las caderas de Lucía, la recuerda deshojando los tallos de las flores como él en ese momento se deshoja en movimientos acompasados. Recuerda la piel de Lucía, su suavidad en la parte baja de la espalda, justo antes de sus nalgas. Lame entre sus piernas una luna menguante y rosada. Lame sus senos pequeños. Los muerde. Y en una súplica, como si Lucía pudiera oírle, le pide que lo abraze. Comienza entonces a provocar los sonidos de los troncos de los robles, sonidos que le van haciendo crujir los dientes y el corazón.

Una carta

Cuando Ernesto abrió la puerta de entrada en la casa de la calle Armario supo por el silencio que nada sería igual en adelante. Aun así mantenía la esperanza de que Lucía estuviera durmiendo la siesta en la habitación. Caminó con pasos ligeros para no despertarla, o tal vez para no darse cuenta de que estaba entrando a una calle ciega. Cuando vio el papel doblado sobre la almohada a la derecha, se convenció de su destino y sintió que caía a una velocidad vertiginosa. Deseó poder morir en el trayecto, o despertar de una vez de esa pesadilla.

Querido Ernesto: no es fácil para mí escribirte esta carta. Como estoy segura no será fácil para ti leerla. Te pido perdón por adelantado pero no puedo más y me veo en la necesidad de poner punto final a esta historia de nosotros que nos hace tanto daño. Me marcho sabiendo el mal que te hago, pero que te haría aún más si me quedara. Aunque no lo creas me voy desgarrada y creyéndote lo suficientemente fuerte para sobrellevar tu nueva situación. En la casa dejo todo lo que te pertenece,

que en fin de cuentas son las cosas que heredamos de tus padres. Me llevo mis cosas personales y algunos enseres que me permitirán comenzar mi nueva vida sin tantas estrecheces. Es poco. Algo de lencería básicamente. Para que no te afanes en buscarme te diré que me voy a la casa de mi hermana y con ella atenderé el puesto de flores que tiene a la orilla del río mientras hallo la forma de abrirme un camino mejor. No me busques ni te afanes en obtener otra explicación que la que aquí te dejo. Nada más puedo decirte. Ya lo hice muchas veces y repetir una conversación entre nosotros sería herirnos. Las cosas comunes, las dejo. Las cartas, las fotos, los regalos de boda. En fin, esas cosas que nos traen recuerdos y que ahora no necesito ni quiero llevar conmigo. Tú tampoco las necesitas. Te propongo que te deshagas de ellas, afortunadamente no queda nadie en este mundo a quien esas cosas interesen.

Ernesto, la vida a veces nos parece que acaba cuando realmente comienza, debes hacer caso de mis palabras y ver hacia el futuro con otra mirada, una más alegre, más optimista. A tu lado me estaba vaciando, Ernesto. Es casi una súplica mi decisión. Tu obsesión por ese trabajo infame donde te vas secando, aquejado por esa enfermedad de la piel y del carácter no tiene justificación y no me puedo dejar arrastrar por ti y tus miedos. Tu negativa a curarte, a buscar un tratamiento para tu mal, a pedir un traslado no es normal y yo no quiero languidecer junto a ti cuando veo delante de mí una vida mejor. Soy joven, tú también lo eres, aunque has envejecido tu corazón. No quiero poner en esta carta palabras que te hieran, yo voy herida nada más de imaginarlas. Busca ayuda. No puedo socorrerte más. No dejes que te sigan consumiendo esas ulceraciones purulentas que te socavaban también el corazón y el ánimo.

No vayas a pensar que hay en mi vida otro amor. No sería posible. Estuve a tu lado entregada pero estos últimos meses han sido demasiado. Ser observadora muda de tu deterioro se me ha

convertido en un acto de flagelación. Es tan difícil vivir con un hombre como tú que aun pareciendo egoísta mi huida, la prefiero.

El estado de tu padre me obliga a no despedirme de él. Sorteas tú la situación y haz lo que creas más conveniente para su salud tan precaria. Creo que es poco lo que hay que decirle en sus condiciones. No pienses que abandonaré el cuidado de la tumba de tu madre. Siempre me complació el acto solitario de llevarle flores a ella, que siempre fue una buena madre para ti y una buena amiga para mí. Lo haré siempre y no me cuesta nada.

Cuídate Ernesto. No te abandones a la desesperanza.

Lucía

Pensó que un dios malvado movía a su antojo los hilos de su vida enredándolos en una madeja insondable. El gato se movió a sus pies, restregando el lomo en sus piernas y maullando. Con la mano le acarició la cabeza. Pensó en lo solo que se sentiría el pobre animal de ahora en adelante. Lo imaginó en las mañanas esperando la presencia de Lucía, las atenciones de Lucía, sus cuidados. Pensó en lo pobre y miserable que sería su existencia de ahora en adelante.

La barbería de Laureano

Frente a la Biblioteca Pública, en la calle Catedral de Cumaná está la barbería de Laureano. Son pocas las que quedan en la ciudad y esta es la de más prestigio. Laureano es un hombre viejo, sufre de una leve cojera desde que fuera atropellado en su infancia por un carro a la orilla de la carretera en su pueblo. Normalmente llega al local antes de las siete de la mañana. En este oficio hay que comenzar temprano en vista de que muchos asiduos prefieren afeitarse antes de ir a sus labores, a alguna ceremonia o a una reunión importante. Laureano conoce su trabajo y lo ejerce con dedicación. En otros tiempos hasta los gobernadores en su paso hacia el Palacio de Gobierno entraban a rasurarse con él. Aunque mantiene algunos viejos clientes, son pocos los hombres que conservan la costumbre de acudir al barbero. Prefieren las peluquerías de paso. Se han ido perdiendo las viejas costumbres y los buenos hábitos pero él no conoce otra forma de ganarse la vida, y aunque es poco lo que le aporta para sus gastos, no pretende cerrar el local. Aprendió el oficio de su padre en los

años de su niñez y temprano supo que sería barbero para toda la vida. Luego del accidente, su padre solía llevarlo con él hasta el mercado del pueblo donde atendía a los clientes que acudían religiosamente en busca de una buena afeitada. Lo sentaba en un ture de madera cerca de la silla de barbería que guardaba en un local de verduras. El asiento de cuero moztaza con metal cromado en el borde era todo un lujo para esa época y Laureano se entretenía viendo cómo caía el cabello en lluvia graneada hasta el piso de cemento rústico. Pero lo que más le agradaba era cuando su padre aplicaba sobre la cara la espuma jabonosa que luego iba quitando con la hoja de la navaja afilada. Lo demás ya es solo un vago recuerdo.

Cuando se casó con su novia del pueblo y esta le pidió que se mudaran a Cumaná, Laureano supo que montaría su barbería, que llevaría el nombre de su padre y el del abuelo y que sería el mejor barbero de la ciudad. Pero además deseó tener un hijo varón a quien enseñar el arte del oficio. Hasta allí sus sueños se cumplieron. Su mujer murió de parto y el hijo no sobrevivió. Laureano nunca más se casó.

Vio entrar a Ernesto con un libro en la mano. Sabía a lo que venía y luego del saludo acostumbrado buscó en el cajón de madera dispuesto para ello, una toalla blanca y afelpada que reservaba solo para él. Ernesto trabajaba desde hacía muchos años en la Biblioteca, al frente de su local. Era de los constantes. Laureano sabía que además de la vieja amistad, Ernesto acudía a él también por necesidad. Desinfectó las tijeras y la navaja. Buscó en una gaveta bajo el espejo un poco de anestesia en crema que tenía destinada para él. Haría menos dolorosa la afeitada. Era una atención especial para su amigo enfermo. Supo de su afección desde el mismo momento en que comenzó a padecerla y, además de discreción, Laureano le regalaba la conversación larga y animada pero que rehuía siempre el tema de las ulceraciones en la piel de la cabeza, la

barba y el cuello. Algunos de los trabajadores bibliotecarios también las padecían, pero ninguno había alcanzado la gravedad de las lesiones de Ernesto. Se sabía que las causaban los hongos de los libros.

Siempre pensó que la cura de su amigo pasaba por aceptar que estaba enfermo pero, salvo la primera vez que lo puso en conocimiento, Ernesto se resistía a hablar del tema. Mientras calentaba agua en la cocinilla que tenía en un cuarto en la parte de atrás del local, Laureano le ofreció el periódico que había comprado antes de llegar a la barbería. Era su costumbre tenerles a los clientes la prensa del día. Buscó el jabón de Castilla que guardaba en una polvera sin uso. Se lavó las manos, se puso la bata vieja y desvaída que se negaba a desecharse y dio comienzo a su tarea, mientras Ernesto se recostaba sobre el posacabezas reclinado. Laureano iba afeitando la barba con suavidad para no levantar la capa de las pústulas en la piel; Ernesto fue sintiendo que se renovaba. Se arrancaba tal vez una culpa o una conmiseración. Sentía a cada pasada de la hoja de la navaja que se le despegaba de la piel la dolencia y el abandono, pero sobre todo la compasión que sentía por sí mismo. Sintió cuando Laureano, terminando su quehacer, lo despojaba de la toalla y sacudía sus ropas con una suavidad que guardaba solo para él. Sintió que, a pesar de los detalles y cuidados de su barbero, algunas lágrimas habían rodado desde sus ojos hasta el cuello y que le causaban un picor inevitable. Tomó el libro que había dejado frente al espejo y sin mirarse tan siquiera en él, sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón para entregarle a su amigo los billetes que nunca pagarían sus cuidados pero, sobre todo, nunca serían suficientes para pagar su discreción.

Ernesto viene camino a la Biblioteca pensando en lo mucho que le cuesta cruzar la plaza Bolívar sin desear sentarse un rato a fumar en ella y a observar los pájaros negros que sobrevuelan

los árboles de ficus llevando comida a los nidos ocultos en el ramaje. Como nunca, hoy va retardado a su trabajo. A pesar de ello se detiene, enciende un cigarro y mientras camina lentamente por el bulevar frente a la Gobernación, piensa también que debe venir a la Casa Natal de Andrés Eloy Blanco a entregar unos folletos que enviaron de Biblioteca Nacional. Entra a la panadería y se compra un café negro fuerte y lo va enfriando mientras cruza la calle de adoquines. Al llegar coloca el vaso humeante sobre el escritorio del préstamo circulante y marca en su tarjeta la hora de llegada. Se da cuenta de que hay pocos usuarios todavía y por tanto decide apartarse hacia una mesa a comprobar que la prensa del día ha llegado completa. Distráido en la lectura, no se percata de que sus compañeros se mueven nerviosos a su alrededor y algo comentan en voz muy baja. Él sigue entretenido en sus tareas, nada fuera de lo cotidiano trae la prensa. Las muertes violentas que los periódicos ilustran, fotos vulgares de cuerpos en camilla en la morgue del hospital de la ciudad. Las notas que paga el gobierno y donde se anuncian grandes obras. Ninguna buena noticia, como es común en esta ciudad. Ernesto emprende sus labores como cada día. Atiende a un usuario que solicita información sobre la historia del derecho. A otro le entrega un libro sobre metodología de la educación y a una muchacha muy joven le indica que en la Sala de Referencias hay una enciclopedia de arte donde encontrará lo que busca. Y así continúa hasta media mañana. Resuelve salir a su media hora de descanso para el desayuno y decide ir hacia la plaza cerca de la catedral. Cuando pasa frente a la barbería de Laureano le extraña verla cerrada y con un anuncio en la puerta. Ernesto siente que una navaja seca le va raspando el corazón mientras cruza la calle de adoquines. Automáticamente se lleva la mano al bolsillo y enciende un cigarro. Lee en una nota escrita sobre un papel vulgar y con marcador negro, dirigida

a los amigos de Laureano: «El velorio del señor Laureano es en la funeraria Regional y el sepelio se efectuará en el cementerio viejo a las cuatro de la tarde». Ernesto, lejos de pensar en su paseo por la plaza o en su turno de trabajo en la Biblioteca Pública, se encamina decidido y con paso apresurado hacia la funeraria en la calle Montes. Piensa en su amigo muerto y en sí mismo, en los cuidados de su barbero, en su dedicación. En las toallas tibias, en la anestesia. En la hoja de la navaja que se desliza por su cuello hidratado, pero sobre todo en las largas conversaciones. Esto piensa Ernesto mientras camina hacia la calle Montes, a encontrarse por última vez con su amigo Laureano.

Fin de juego

El río que divide en dos la ciudad se convierte durante el mes de mayo en tan solo un charco de agua lodosa que corre lento hacia el mar. De cerca se percibe un olor de agua podrida, de fango espeso, de muerte. Desde el puente de la calle Mariño se ven unos hombres uniformados con bragas anaranjadas. Buscan entre la maleza que bordea la ribera con unas varas que les permiten hurgar en el fondo y a la vez les ayudan a mantener el equilibrio. El agua apenas les da por la unión entre las piernas y las caderas. También están entre ellos algunos voluntarios que obtuvieron permiso para participar en la búsqueda. Buenos nadadores, conocedores del río y del mar. Una lancha con personal de la policía y de la unidad forense ha hecho el recorrido más de tres veces desde que amaneció. Desde Puerto de la Madera hasta la boca del río. En el bulevar del parque Ayacucho han armado una tienda de campaña desde donde se coordina la operación y en la cual esperan los que relevarán a los técnicos que buscan en el agua. También está una furgoneta de la unidad forense de la policía judicial con

su luz encendida, intermitente, alertando a todos, indicando la presencia de una tragedia. Hay revuelo en los alrededores, por tanto han colocado unas cintas amarillas que impiden el acceso de los curiosos al lugar de los hechos. Sin embargo la gente se las arregla para, desde el otro lado de la ciudad, hacia el mercado viejo, colocarse en la orilla, subirse a los árboles o en las azoteas de los edificios cercanos. Todos esperan ver cuando saquen el cuerpo de la mujer, hinchado y amoratado, lleno de una muerte de tres días. Del otro lado, en la plaza, el héroe en su caballo le da la espalda al río y al mar.

La ciudad lleva ya dos días de conmoción luego de que se hizo público a través de los medios el asesinato de Lucía Cardiel. El comisario Ramírez observa la búsqueda desde el cercado del puente y a través de un radio se comunica con los que están en la lancha y con los de la carpa. Teme que el hallazgo del cadáver se prolongue por varios días o que el cuerpo haya llegado hasta el mar y servido de comida a los peces. A su arribo a esta ciudad, veinte años atrás, le llamó la atención el mundo que se congregaba alrededor del río. Las ventas improvisadas de todo: flores, libros usados, la prensa del día, artículos domésticos, ropa barata, discos, películas, golosinas, comida. El río servía de desagüe de la basura que los hombres y mujeres producían en su entorno. Ahora había valido para tirar en él el cuerpo de una mujer joven que vendía flores en uno de los puestos cerca del antiguo mercado municipal. El asesino se había entregado en la comisaría principal de la policía judicial, limitándose a confesar el crimen y el lugar donde la había matado antes de arrojar el cuerpo al cauce del río en Puerto de la Madera. Luego de esto enmudeció y no había habido forma de sacarle una palabra más. Ni los motivos que lo llevaron a tomar tal decisión ni los detalles del crimen. De hacerlo declarar se encargaría él mismo, pero más adelante. Ahora lo urgente era encontrar el cadáver y con los

resultados que arrojara la autopsia, orientar las pesquisas. Lo consideraba un caso fácil, lo común: un hombre que, desquiciado por los celos, asesina a su mujer de un disparo en la cabeza, la arroja al río y luego se entrega a la policía atormentado por lo que ha hecho.

Ramírez camina por la acera que conduce directamente al bulevar del parque. Siente sed y se dirige a la carpa donde tienen un lugar para descansar y comer los alimentos que les envían desde el comedor de la comandancia. Al llegar al lugar el responsable de la guardia de ese día juega cartas en una computadora. Al verlo entrar cierra la pantalla y hace como que lee un documento, luego lo saluda y le entrega el parte de la mañana. Ramírez se dirige hasta el termo ubicado sobre una mesa donde hay platos desechables con los restos de la comida de ayer; despiden un olor ácido a tomate podrido. Se sirve en un vaso nuevo que consigue en una bolsa plástica. Se sienta en la camilla de lona verde, saca su teléfono celular y revisa el buzón de mensajes. Nada trascendente encuentra. El mensaje de su hijo que estudia en otra ciudad. Pide que le deposite más dinero. Que el pago de la habitación lo usó para comprar unos libros que necesitó para una materia.

Ningún mensaje de su exmujer ya era un avance en las actuales circunstancias. Se habían divorciado hacía cinco años y todavía no había logrado desprenderse de ella y de la situación que los había llevado al divorcio. El vicio por el juego se convirtió en el detonante que lo condujo a abandonar una relación menguada por la mediocridad y el desgaste cotidiano, la obligación. El hijo dependía económicamente de él pero sentimentalmente de Lorena, su exmujer, y Ramírez sabía que lo exprimía como venganza, haciéndolo culpable de la decrepitud en la que se había convertido la vida de su madre. Desde hacía un mes mantenía apagado el teléfono para evitarse las escenas de drama y dolor. Lorena llamándolo a cualquier hora

para pedirle plata, para decirle que no se preocupara, que ya no jugaba, que solo era para los consumos de la casa, que ya se había gastado la mensualidad, que pasara a ver lo bien que estaba y le prometía que se estaba recuperando. Él estaba al tanto de que ella se hundía cada vez más en aquel vicio. Sentía una culpa de la que quería zafarse. Volvió a apagar el teléfono y deseó con todas sus fuerzas que su existencia en aquella ciudad hallara un aliciente que le alegrara la vejez. Un amor sosegado, un traslado de ciudad, algo que animara su vida anodina.

Antes de dirigirse hacia el puesto de campaña desde donde se comandaba la operación, había decidido investigar entre las vendedoras de flores que se hallaban en sus puestos a la orilla del río. Buscaba información acerca de la víctima. Las mujeres, todas sorprendidas por los hechos, habían colaborado plenamente, extrañadas del destino fatal de esa mujer; algunas hasta habían llorado mientras las interrogaba. Decían que era bella y joven. Que no era amiga de ellas, que siempre se mantuvo distante. Que su hermana sí, que ella era la dueña del puesto y que desde hacía un año la dejó encargada de la venta. Lucía había desaparecido dos días antes de que se conociera el crimen. Dos días previos a que el asesino se entregara en la comisaría principal. El puesto de flores estuvo desocupado esos días «porque todos respetan el sitio de los demás». Ramírez pensó en el incisivo que falta en la línea de la dentadura. Alertando de un accidente, el hueco que indica que algo estuvo siempre allí, completando la estructura de la que forma parte. Le dieron la dirección de Lucía: calle Cochabamba, n° 7. Convenientemente para él, muy cerca del parque; hacia allá se encaminó.

La casa era como todas las de la calle: paredes altas, sin jardín, la fachada al borde de la acera, una ventana enrejada con poyo al lado de la puerta, con la decadencia propia de

las casas del sector. Los detalles estructurales desvaídos por el tiempo, las cerraduras metálicas oxidadas. Gente pobre que vivía en casas con pasado. Tocó en la puerta de madera que, en las desconchaduras, mostraba los distintos colores con los que había sido pintada. Nadie abrió. Insistió. Cuando ya se daba por vencido, Ramírez escuchó que alguien intentaba abrir la ventana de la casa de al lado. Esperó, pensando que alguna información podría obtener de los vecinos. Se asomó a la ventana una mujer vieja. Ramírez se acercó y antes de preguntarle, ella le dijo que allí no había nadie. Que todos se habían marchado, que a lo mejor estaban en Marigüitar, que ellas eran de allá. Que no perdiera su tiempo. A Ramírez siempre le sorprendió la manera como los habitantes de esta ciudad compartían información gratis sin que nadie les preguntara. Para su oficio era una ventaja, pero aquello constituía una contradicción con la forma como fue criado. Siempre dispuestos a contar, dando detalles de la vida de los demás y de la propia. La mujer cerró la ventana antes de que él pudiera preguntar alguna cosa y decidió no insistir. Le comenzó a doler la espalda; esa vieja lesión que le atormentaba desde hacía años y de la cual no se ocupaba, negándose a un diagnóstico que empobreciera más sus días; no era fácil envejecer. Se resistía a asumir la jubilación a la que tenía derecho desde algunos años atrás. Sus superiores se hacían de la vista gorda y él se aprovechaba de la mediocridad del sistema judicial. Por el radio se comunicó con el encargado de la guardia en la carpa, el que jugaba solitario en la computadora. Le pidió que solicitara a la comandancia un carro no oficial que lo llevara discretamente a una inspección en Marigüitar y que le buscara donde fuera un analgésico fuerte.

Cuando estuvo en el parque, cuando se hubo tomado el analgésico que le proveyó el funcionario de guardia, cuando ya nada le importaba más que el alivio que podía llegarle en

esa pequeña bolita blanca y sedosa que había bajado por su garganta hacia su estómago y que en escasos minutos estaría en su torrente sanguíneo y haría que el alivio llegara a su espalda encorvada por el dolor y la vejez, entró un reporte por el radio que llevaba pegado al cinturón del pantalón. Que suspendiera la búsqueda del cuerpo de la presunta víctima. Que urgentemente se trasladara hacia el comando de la policía judicial. Que actuara con discreción pero con firmeza. Que todo el personal dispuesto en aquella operación fuera trasladado hacia el comando. Que sobre todo, evadiera a la prensa. Que en el comando lo esperaba el jefe de la unidad judicial. Que el presunto asesino se había suicidado y que encontraron bajo el cuerpo una carta dirigida a él. Que el jefe solicitaba su inmediata presencia en el comando judicial.

Ramírez pensó que la vida es una mierda pero no pudo quedarse detenido en este pensamiento e, investido de su autoridad, desmontó la operación. Convencido como estaba de que la tarde que se desparramaba más allá del río, hacia el mar, en un cielo lleno de amarillos y rosados, no anunciaba el fin de su día. La prensa se abalanzó contra él, pero lo peor de todo fue la reacción de los que esperaban del otro lado de la ciudad. El asombro dio paso a la rabia cuando vieron que se desmontaba la operación sin encontrar el cuerpo sin vida que todos esperaban ver. Ramírez tuvo que ordenar que se tomaran medidas para contener una multitud que reclamaba un cuerpo que no existía. Película sin final.

El jefe de la unidad había exigido no modificar la escena en el calabozo donde se había ahorcado el presunto asesino, ahora occiso. Hasta que llegara Ramírez, dijo. Había ordenado al personal de turno: nadie toca nada, nadie toca el cuerpo, la carta sí, entréguenme la carta. El cuerpo colgaba de la parte alta de la reja y fue visto por el guardia que le llevaba la comida. Un fardo tieso e inmóvil, con los ojos abiertos

y un rictus de burla dibujado en la cara, y que además había dejado a sus pies una nota larga. Cuando Ramírez entró a la oficina del jefe lo halló leyendo por quinta vez la carta que encontraron en el calabozo.

Comisario Ramírez:

Sé que a esta hora debe sentirse confundido por la manera como se han desencadenado los acontecimientos. No dude de su olfato como detective pues yo siempre le llevé ventaja y era prácticamente imposible que con tan pocos elementos a mano, descubriera la farsa que me vi obligado a urdir. Esto lo he estado planificando desde hace más de un año y si no lo hice antes fue porque me detenía la existencia de mi padre aquejado de una penosa y larga enfermedad. Cuando mi padre murió me vi liberado del compromiso que me ataba a él y decidí entonces poner en práctica mi plan. No vaya a dejarse llevar por el juicio fácil y común de creerme un desquiciado mental. No, le garantizo que estoy en pleno uso de mis facultades y si he tomado esta decisión es porque me niego a continuar con una vida mediocre signada por el anonimato.

Se preguntará a estas alturas por qué lo elegí a usted para ser el destinatario de esta, mi última confesión. La respuesta no es otra que la que su rango de comisario y su acceso a los medios me posibilita: dar a conocer públicamente los motivos que me obligaron a atentar contra mi vida. Sonará cursi y trillado pero sepa usted, y hágaselo saber a todos, que soy un hombre ardiente y apasionado por el amor de una mujer que no me corresponde. No es culpa de ella, no, pero luego de muchos años de haber sido mi esposa, la pobre se cansó de amarme. Por eso antes de dejar este mundo insoportable sin ella a mi lado, tenía que concebir algo que me permitiera hacerle conocer a mi mujer y al resto del mundo el tamaño de mi amor. Es por esto que planifiqué este falso asesinato. Solo así lograría que todos los medios volcaran

su atención hacia la búsqueda de un cadáver que nunca existió. Ahora que ya se han precipitado los hechos, que todo ha terminado al fin, sabrán que mi objetivo fue siempre declararle mi gran amor.

Cuando todos la creían muerta, cuando ustedes buscaban su cadáver entre las aguas del río y tal vez en el mar, muchos hasta deseaban cobrar el castigo que me merecía con sus propias manos. Ahora que ya todo está expuesto, conocerán que la única víctima es quien ahora le escribe.

Cuando trazaba el plan me preocupó que ella, al conocer la noticia de su supuesto asesinato, diera al traste con mis planes y se presentara a su comisaría antes de que todos conocieran el caso por medio de la prensa escrita y, con suerte para mí, de la televisión. Su ausencia de la ciudad favoreció enormemente el éxito de mi plan. Como ve, todo ha salido como lo tuve pensado. Los hechos fueron por todos conocidos y ahora dudo que haya alguien en la región que no sepa de mi caso.

A ella la amé con todas las fuerzas de mi corazón y no pude soportar su abandono. Largas noches pasé extrañando su presencia, su cuerpo a mi lado. No supe sobrellevar el saber que llevaba su vida con una normalidad que yo estaba lejos de sentir y no pude más. Afortunadamente no tuvimos hijos que ahora sufrirían al saber la pena que padeció su padre y que su ausencia en sus vidas, fue producto de un amor no correspondido. Gracias a Dios, lo que padecí durante el largo tiempo sin ella se transforma en alivio ahora que he decidido abandonar este mundo. Sobra decir que la casa de mi propiedad, y lo que contiene, pasa a ser de ella, Lucía Cardiel, mi esposa legítima para el momento de mi muerte.

Ernesto

Luego de que se han llevado el cadáver, luego de leer decenas de veces la carta, luego de soportar los gritos histéricos del

jefe, Ramírez, tarde en la noche, baja desde el segundo piso del edificio y en la planta baja, en la recepción, entrega su chapa de identificación y su arma de reglamento. El oficial de guardia se sorprende, no es lo normal. Ramírez no explica su acción pero le pone una mano al tipo sobre el hombro y mientras lo mira a los ojos le dice: Hay que escapar a tiempo, no lo olvides. Sale del edificio mientras una brisa que viene cruzando la calle trayendo los olores de un mar silencioso, le alborota la corbata que trae puesta desde la mañana.

Al día siguiente, en los periódicos, saldrá la noticia, el desenlace de este caso. Serán el hazmerreír de toda la región. El cuerpo policial en el que ha trabajado por largos años será la burla de todos, solo porque no pudo descubrir la mirada de un hombre consternado por un amor no correspondido. Sabe que no volverá a ser policía, lo único que ha sido desde siempre, lo único que sabe ser. Sabe también que va a encender el teléfono esperando una llamada de Lorena, agradeciendo en el fondo esa llamada. Para no estar solo del todo, para no quedarse para siempre solo. Para llenar su vida con algo que le permita sentir que su existencia no va a estar del todo vacía.

La pared del fusilao

El esfuerzo de mirar en la oscuridad ha enrojecido sus ojos. El candil se apagó hace bastante rato. La soledad y la noche entraron juntas y parecen eternas. Por la ventana alta de la celda comienza a entreverse un poco de luz. Imagina que en ese momento una nube se ha corrido para que la luna venga en su auxilio. Escucha la retirada de la tropa, con paso fuerte contra la calle de piedra. El ladrido lejano de un perro le anuncia el acecho de la muerte. Relinchos de caballos. Recuerda el mar que atravesó para llegar hasta acá, sin presentir su fatalidad. Bajo la luz de la última estrella contempló el gran río en su angostura. Su destino no era morir de esta manera. Sintió vergüenza de la sangrienta victoria de su última batalla. Por ella lo recordarían y por primera vez tuvo lástima de sí mismo. Una rata corrió entre sus pies hasta un hueco en la pared del calabozo. El peso de sus recuerdos era lo único que le permitía saber que estaba vivo, sin embargo no tenía miedo. La ciudad, sitiada por el odio, la desconfianza y la confusión, respiraba al otro lado de aquellos muros. ¿Sería este el fin? Si fuera un sueño lo sabría.

Recordó la mugrienta bota de vino dejada en algún rincón de la celda. La lealtad de su carcelero trajo el consuelo del aguardiente. Tanteó con las manos hasta encontrarla en el piso, bajo la ventana que daba a la calle. De pronto sintió pasos afuera, un caballo y un golpe seco como de quien desmonta. Temió que la locura llegara antes que la inconsciencia del alcohol, pero los ruidos se escucharon con mayor precisión. Alguien se acercaba por el pasillo, pero no hacia el calabozo sino hacia la habitación donde seguramente a esa hora velaba su carcelero. Las voces se alejaron y no pudo reconocerlas.

—Buenas noches mi general Bolívar —dijo José Conde con premura, levantándose de la hamaca donde aguardaba la llegada del amanecer.

Bolívar se acercó, indicándole con un gesto que se retiraran hacia el patio trasero. José Conde lo miró mientras caminaba, pero la noche no dejó ver el odio que se respiraba en su silencio de muerte. Pensó en el atrevimiento de Bolívar al presentarse en el sitio donde, amoratado por la desesperación, respiraba sus últimas horas el condenado. Piar merecía grandemente el privilegio de estar solo. Merecía sobre todo no ver a Bolívar en su postura de vencedor. Entre la tropa se discutía la posibilidad de rescatar a Piar y salvarlo de aquella muerte tan injusta. Lo supo pues varios de sus hombres le habían pedido su colaboración. Jamás se prestaría para una operación tan descabellada, él era un soldado y sabía obedecer las órdenes de sus superiores. Pobre destino el del héroe de San Félix.

—No vale la pena que le diga que no era esto lo que yo esperaba. Me he visto en la obligación de llamar al consejo de guerra donde ha sido condenado el más valiente de los héroes de la patria —dijo Bolívar.

José Conde no respondió. No sabía qué decirle sin cometer alguna indiscreción. Si alguien hubiese visto esta escena

habría pensado que Bolívar estaba arrepentido y que torcería el rumbo de la historia, pero no.

—Me amarga saber que este es el acto más feroz que cometí en la vida. Pero aunque suene cínico, su sacrificio salvará la patria. Es un acto de fuerza en este país donde a estas alturas solo con ella puedo imponer mi autoridad —dijo para sí mismo mientras miraba hacia la noche. Había decidido cabalgar un rato por la ciudad vacía buscando serenar sus pensamientos. Se percató tarde de que estaba frente a la casa donde a lo mejor, a esa hora, dormía el prisionero. Decidió entrar, pero nunca podría explicar qué buscaba allí donde nadie le esperaba ni le quería. En ese instante, como si subiera desde el mismo infierno, un viento fuerte levantó la casaca ligera que llevaba. El patio resplandecía. El gran campanario de la iglesia le observaba mudo, más allá de los techos de tejas ennegrecidas.

—En esta noche interminable todo puede ocurrir. Cuando amanezca olvide que alguna vez estuve aquí y por favor no es necesario que le comente que vine. Nada hay más peligroso que la memoria: o te juega malas pasadas o te atormenta en el momento último de la muerte.

Salió hasta donde le esperaba su caballo. José Conde supo por sus hombros que frente a sí se encontraba un hombre abatido y por primera vez desde su llegada tuvo lástima de él. Le ayudó a montar mientras le decía:

—Tenga cuidado al regreso mi general, debió hacerse acompañar hasta aquí. El trecho es largo hasta su casa y la ciudad no está del todo dormida.

—De nada les valdría una emboscada, esta noche ya voy muerto; además, el único con bolas para matarme está encerrado detrás de estas paredes.

José Conde le miró cabalgar con paso lento hasta que su silueta se perdió en la penumbra. Supo que esta imagen

volvería para atormentarle, hasta siempre, en sus sueños. Pensó en lo difícil que sería, después de lo ocurrido, ver de frente y a los ojos al condenado. Aun así entró a llevar un nuevo candil a la celda. Lo encontró sentado en el suelo con la bota, casi vacía, entre las manos.

—Supe por la lentitud de sus pasos que ninguna buena noticia me sería dada —dijo apenas en un susurro. José Conde prefirió ignorarlo. Se sentó frente a él en una silla baja.

—¿Acaso está próximo el amanecer? —pregunta mirando hacia la ventana. José Conde asiente sin estar seguro de ser visto—. Nadie puede oponerse ante la evidencia de mi fatalidad. Igual que hoy, dieciséis de octubre, hace algunos años estuve muy cerca de la muerte, pero algo me dice que hoy no me salvaré. Fue en El Salado, en Oriente. De haberlo sabido, de buena gana me habría dejado matar en batalla. Preferible es morir en manos de un ser de la crueldad feroz de Boves a ser fusilado porque ninguno de mis amigos fue capaz de defenderme. Ojalá que el hijo'è puta de Bolívar se pudra entre su mierda.

Horas más tarde estas palabras resonarían en la mente de José Conde, quien parado en la puerta de la prisión veía cómo trasladaban al prisionero. Al otro lado de la plaza un grupo de mujeres vestidas de negro miraba la escena con resignación. Piar no pudo alcanzar a mirarlas, le fue ofrecida la cruz; la besó con veneración, la misma con la que besó la bandera de la patria que defendió con su vida y por la cual le mataban.

Conde decidió entrar. Buscó la bota que el prisionero horas antes apretaba entre sus manos con desesperación, la llenó nuevamente. Deseó estar borracho ya, o que alguna mujer le acompañase toda la noche. Pocos momentos antes de que se llevaran al prisionero al lugar del fusilamiento le informó un comisionado del Libertador que este había emitido un decreto en el que se prohibía enterrar cadáveres en las iglesias.

No dejaba de preguntarse a dónde se llevarían los restos de Piar. Maldijo una y cien veces a Bolívar y una vez más deseó estar borracho. Se sentó en los escalones que bajaban al segundo patio. Por un momento se sintió culpable e ingenuo. Él esperaba que Bolívar se arrepintiera en el último momento, pero el día transcurrió lento y sin novedad hasta que llegó el mensajero con la noticia del decreto. Esto también se lo ocultó a Piar, quien para ese momento se encontraba en su celda con su confesor. Cuando sonaron los fogonazos a lo lejos, subiendo por los lados del campanario, pensó en lo inútil de esa muerte.

Tócame

Las casas a ambos lados de la calle permanecían sumidas en la oscuridad, sin embargo los candiles alumbraban el camino que llevaba a la casa de la Magdalena. Los amigos quedaron en el bar. Les había pedido que abrieran bien los ojos y que aguzaran los oídos. Allí podrían averiguar cuán inminente era el peligro. Apresuró el paso, casi corrió el último trecho pero paró de golpe. En el silencio de la madrugada sus pasos resonaban contra la piedra de la calle. Miró en todas direcciones antes de introducirse en el zaguán que lo llevaría hasta la casa donde a esa hora lo esperaba despierta la mujer de su vida. Se encendió una luz mortecina en la habitación que daba al jardín. Decidió calmarse, no quería transmitirle el miedo que lo embargaba. Ella salió por una puerta a un costado de la casa, venía envuelta en una manta como si tuviera frío. Lo vio sentado bajo la encina en actitud como de quien reza. Él levantó los brazos y la recibió desesperado. Ella se dejó apretar y por unos segundos fue feliz. Se sentaron nuevamente como antes lo había estado él bajo la encina; se recostaron de

un seto de rosas que ella cuidaba con esmero por las tardes. Lo arropó con la manta. Un arbusto de orégano exhalaba su olor agrio. Los envolvió la fragancia y sus latidos se acompañaron en una paz que no duraría hasta el amanecer.

Tócame, dijo ella en un susurro y él ya introducía sus manos por lo bajo de su vestido. La desnudó sabiendo del color de su piel, de su tibieza. La tomó sin ternura, no habría tiempo para más. Cuando una nube se corrió para descubrir la luna, sus cuerpos eran uno que se batía en un combate silencioso y acompañado. La brisa les hizo temblar; sudaban, ella se quejó levemente. Se apartaron y una tristeza profunda los invadió, este era el fin. La besó largamente por todo el cuerpo, como si quisiera con su lengua sanar unas heridas que estaban debajo de sus tejidos, de sus huesos, de su aliento. Ella se dejó hacer, no quería que se apartara; quería protegerlo de esa otra caída que lo condenaba. Lo apretó contra sí. Él, por el contrario, estaba liberado ya de toda pena. Había entrado en esta su última resignación. Había tomado de ella, sin ninguna culpa, toda la fuerza que necesitaba. Recordó a sus amigos en el bar.

Cúbrete, le dijo mientras se vestía. Mañana no salgas a la calle, será peligroso. Solo la garantía de tu seguridad me dará fuerzas para llegar hasta el final. Sus palabras le provocaron una gran pena pero ya no podía llorar, estaba seca y sin fuerzas. A pesar de esto se levantó y se volvió a arropar con la manta que contenía el olor de ambos. Se abrazó a sí misma y lo vio pasar sus manos por entre sus cabellos como quien los peina.

Le dije a Juan que quedabas bajo su responsabilidad, cuando me haya marchado él vendrá a buscarte. Quédate rezando para que todo salga como te he dicho. No le abras la puerta a nadie aunque creas que soy yo que vuelvo. Dio unos pasos hasta el orégano, arrancó una rama y la entremetió en sus cabellos. Entra y acuéstate, su fragancia te hará dormir. La besó, con un

beso largo y húmedo donde no había felicidad. Ella sabía que toda palabra sería inútil y decidió hacer lo que le pedía. Calzó la puerta y a lo lejos un trueno selló la despedida. Caminó hasta la casa. Contrario a lo que él le dijo, el olor del orégano la mantuvo despierta por el resto de la madrugada. Habría lluvia en la mañana, pensó, pero no le importó.

Salió hasta la calle nuevamente, ya sin desesperación, todo estaba consumado. Era cuestión de tiempo. Cuando entró, Santiago y Pedro dormían sobre el mesón, Juan no. Parado frente a la ventana, lo había visto subir por la calle hacia el bar. Pocos hombres quedaban ya y las botellas habían quedado vacías, regadas por todas partes. Tocó a Pedro en el hombro y este despertó sobresaltado.

Tardaste demasiado y nos dio sueño, dijo en una disculpa.

Ya es la hora, despierta a Santiago y salgamos de aquí. Era su último intento por salvarse. Juan estaba parado a su lado cuando se abrió la puerta y entraron varios hombres armados. Pedro sacó su arma para descubrir tarde que sería inútil. Sintió como un lanzazo en el pecho y ya no supo más.

El agua me va entrando por los zapatos, la calle es un lodazal, he caído varias veces; de mis rodillas sale sangre que hace caminos delgados a lo largo de mis piernas. Me golpean cada tanto y en mi espalda siento el peso de las lanzas. Ha amanecido totalmente, estoy solo, solo con mis captores. Vuelvo a caer y no quiero levantarme, me arrastran un trecho y me golpean. Luego me alzan por los brazos. A lo lejos veo, con dificultad, venir a un grupo de mujeres que lloran, más atrás Santiago arrastra a Pedro y tratan de ocultarse. Juan no está con ellos. Tengo la certeza de que ha ido en busca de Magdalena. Tócame, recuerdo, tócame. Doy unos pasos más. Este pensamiento me libera de todo dolor pero no del miedo. Me quitan la ropa y de un golpe me tiran al piso nuevamente.

Ha dejado de llover, es casi mediodía y el sol se ha ocultado en unas nubes. Está oscuro. Estoy soñando, mis rodillas ya no sangran o por lo menos no las siento sangrar. Tampoco siento las heridas de la espalda. Me sobreviene un vértigo, no siento dolor pero sé que me levantan. Abro los ojos. A lo lejos miro unas montañas bajas. Más allá de ellas se encuentra la casa de Magdalena. La sangre me corre por la cara, algo oprime mis sienes y las hace sangrar. Quisiera limpiar mi cara pero mis manos están fijas y no puedo moverlas. Si pudiera ver su rostro podría renovar las fuerzas que me han abandonado. Grito. No me abandones, suplico, y un olor a orégano me invade.

Tócame, recuerdo, tócame. Siento el filo en mis costillas, va penetrando lentamente, apartando músculos y huesos hasta llegar a mi corazón. La oscuridad y la nada me abrazan antes que el alivio.

Canción para Zulema

...solo eran falsas las circunstancias, la hora
y uno o dos nombres propios.
J.L. BORGES

Cuando leí la noticia en el periódico me imaginé a Zulemita sola, mirando por la ventana de su casa, con sus ojos grises y mirando por la ventana. Pensando en esa canción que nunca más escucharía. Esa canción que solo era para ella y que yo me había aprendido pensando en que alguna vez sería yo quien iba a cantársela.

En la escuela, al principio, nadie jugaba con ella, mejor dicho, las niñas no querían jugar con ella por su forma de hablar. Yo creo que a todos más bien les gustaba pero lo disimulaban porque les resultaba extraño. A mí me parecía encantadora, con sus ojos grises y su entonación, como si arrastrara las palabras. En la fila me colocaba detrás de ella para que me llegara su olor. Zulemita olía a limón. Zulemita. Así le decía su mamá cuando ella salía por las tardes a jugar.

Había llegado a la escuela en noviembre, cuando el año escolar había comenzado. Y fue su mamá quien la llevó de la mano hasta nuestro salón de quinto grado. La maestra las vio aparecer en la puerta y nos hizo un gesto, automáticamente

nos levantamos. Nos pidió que diéramos la bienvenida a una nueva compañera, Zulema Mollineri, dijo la maestra con voz chillona. Que tomara asiento en la cuarta fila de pupitres, de tercera. Delante de mí. Ella levantó la cara con los ojos grises fijos en su mamá, como pidiendo ayuda. Luego caminó lentamente, posó su bolsa de tela en el piso y se sentó. Fue allí cuando por primera vez sentí esa fragancia a limón. La maestra continuó con la clase y todos nos quedamos observándola. En el recreo supe que era argentina y que con su familia había llegado a vivir a Venezuela. Eso lo contó la hija de la maestra que era nuestra compañera de curso. Estuvo sola todo el tiempo. Desayunó mientras los demás jugábamos.

El barrio La Shell en Ciudad Bolívar era un mundo aparte. La orilla de la laguna de El medio, en los años setenta, parecía un depósito de gente pobre. Una única calle de tierra roja, casas precarias también de tierra roja y caña, pocas de bloque, todas de frente a la laguna. Allí, en ese barrio llegó la familia de Zulemita a vivir en los años setenta.

Ese mediodía cuando en la casa le conté a mi mamá sobre ella mamá me dijo: Sí, son los vecinos nuevos que se mudaron a la casa al lado de la bodega. Luego supe que vivía con sus padres y un tío que era cantante. El señor Mollineri consiguió trabajo como mensajero en una oficina que hacía envíos a las minas de oro y diamantes del estado. También recibían y enviaban telegramas a través de un sistema de radio. Representaciones La Salvación. Quedaba en la calle 19 de Abril, cerca del mercado La Carioca, ese ya era otro mundo. Muy cerca de La Shell, pero se notaba la diferencia.

Por la tarde, luego de hacer la tarea, mi mamá me mandó a hacer un mandado hasta la bodega. Pan, café y detergente. Aproveché para ver si veía a Zulema. Nadie al frente de la casa. La puerta cerrada. Y en la ventana Zulema viendo hacia la calle. Esa tarde me enamoré de ella. En la pared, al

lado de la puerta, un cartel: Se venden helados de limón y se hacen costuras.

Desde adentro de su casa se oía música. Una música rara, triste, como los ojos de Zulema en la ventana. Mirando hacia la calle de tierra, mirándome mientras entraba a la bodega, con mis diez años, con mis pantalones cortos de niño, con el latir apresurado de mi corazón cuando me miró, con el mandado sudado y estrujado entre mi mano y ya queriéndola.

Tuve suerte. Mi hermana se hizo amiga de Zulemita y por eso la dejaban ir a jugar a mi casa. Se metían al cuarto y yo me quedaba sentado en la mesa del comedor. Mi mamá cada tanto me miraba y sonreía. Anda a jugar afuera, no te quedes esperando que esas no van a salir hasta las seis cuando vengan a buscar a Zulema. Me enrojecía y me iba a la calle. Me apenaba que mamá me descubriera esperando.

Los muchachos comenzamos a notar que el tío de Zulema, Tulio Mollineri, era diferente a todos los hombres del barrio, incluido el padre de ella. Y comenzamos a seguirlo. Tocaba un instrumento raro del cual sacaba una música triste, como la que escuché aquella primera tarde cuando fui a la bodega a hacer un mandado y me encontré con los ojos grises de Zulemita desde la ventana. Supe que el instrumento se llamaba bandoneón. Me sonaba a bandolero, a pirata, a cuentos de aventuras.

Por las noches la bodega El Cometa se transformaba en un bar. El mostrador de madera estaba pintado de color marrón. Tenía forma de pirámide invertida, de manera que los que se recostaran de él estuvieran más cómodos. No había sillas. Algunos hombres se distribuían a lo largo del mostrador, otros se recostaban de la pared flexionando una pierna, manchando con sus zapatos la pintura de la pared. En la parte interior de la bodega estaban las estanterías con los víveres y debajo los sacos de legumbres y comida para animales. En la esquina del mostrador, hacia la derecha, una vitrina de

madera y vidrio donde se guardaban de las moscas el queso y la mortadela: rosada, grasosa, con lunares de un blanco opaco. Sobre las cabezas de todos colgaban varias cintas engomadas que tenían como propósito atrapar moscas e insectos.

A mi mamá no le gustaba que fuéramos a la bodega después de las seis de la tarde. Que ese no era sitio para los niños. El dueño, el señor Domingo, era colombiano. Tenía como ayudante de la barra a una muchacha del barrio, que además se había convertido en su mujer. Natalia, joven y bonita. En una oportunidad tuve que ir a hacer un mandado urgente para la comida que mamá preparaba para que nos la lleváramos al otro día a la escuela y al trabajo de papá. Estoy seguro de que esa noche vi cuando Tulio le acariciaba una mano a Natalia, cuando ella a su vez le entregaba la botella de cerveza. Estaba seguro, Tulio le había acariciado una mano a Natalia.

El tío de Zulema se hizo una fama de cantante y de enamorado. No se le conocía ningún oficio. Llegaba a tomar y a cantar. Los presentes le brindaban para que lo hiciera toda la noche mientras el bar estuviera abierto. Y no paraba. Una noche escuché a mi papá contarle a mamá que Tulio era un exiliado. Que por eso se vinieron desde la Argentina hasta Venezuela. Esa palabra no me pareció tan buena como bandolero, como pirata. Exiliado no me sonó a nada. Bandolero, como el bandoneón, esa me gustaba.

La navidad de ese año fue memorable. Mi papá, que era obrero en la Universidad de Oriente, había decidido después de recibir un premio y un bono por dedicación y mérito, celebrar la fecha con todo. Invitó a los Mollineri a estar con nosotros la Nochebuena. Llegaron. Tulio con su caja, con su instrumento. Mi mamá ese año, yo creo que porque sabía, me compró unos pantalones largos de tela de pana. Zulemita traía en una bandeja unos dulces que había hecho su mamá. El papá de ella entró con una botella de vino en las manos.

En el nacimiento papá había puesto regalos para ellos también. Cenamos lo que mamá había preparado. Lo tradicional por la época. Hallacas, ensalada de gallina y el pan de jamón que papá había comprado por la tarde en la panadería frente a la fuente luminosa, al final de la 19 de Abril, hacia el mercado libre, hacia el hotel La Cumbre, esa otra ciudad fuera del barrio La Shell. Ese otro mundo que también existía y que no se parecía al nuestro.

Luego de la cena el tío Tulio sacó el bandoneón de su estuche y comenzó a cantar. Todos en mi familia estábamos contentos. Yo por Zulemita, que estaba sentada entre mi hermana y yo. Papá orgulloso de su premio. Mamá de su cena y de las visitas. Tulio cantó canciones desconocidas. Hubo una que hizo que los Mollineri lloraran esa noche. «Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos van marcando mi retorno. Son las mismas que alumbraron con sus pálidos reflejos hondas horas de dolor, y aunque no quise el regreso...». Zulema se puso a llorar a mi lado y yo pensé que me aprendería esa canción. Que algún día le cantarí­a esa canción y Zulema no lloraría.

En enero volvimos a la escuela y ya Zulema no se quedaba sola en el recreo. Todos querían estar con Zulemita y a mí no me gustaba que fuera tan popular. La prefería como era antes, cuando se quedaba sola y yo me acercaba a ella para mirarla o para que ella me mirara con sus ojos grises. Para recordarla como esa noche, con sus ojos grises llorando por esa canción que cantó el tío Tulio y que me quería aprender para cantársela algún día como Tulio la había cantado, pero sin que Zulema llorara.

El día que Zulemita no fue a clases llegué a la casa al mediodía, encontré a mi mamá en la cocina. Sobre la mesa estaba el periódico. Antes de que mamá reaccionara y me lo sacara de entre las manos, ya había visto el titular: Por causas pasionales, asesinan a exiliado argentino en el barrio La Shell. Imaginé

entonces a Zulemita llorando como la noche de Navidad cuando estuvo en mi casa. Recordé a Tulio rozando las manos de Natalia. Supe por mi hermana que esa tarde Zulemita había ido a El Cometa a hacer un mandado para su mamá, a comprar unos hilos para una costura que debía entregar su mamá al día siguiente. Que cuando llegó a la bodega escuchó el disparo sin saber que era un disparo. Y que Zulemita se encontró con la escena del tío Tulio tirado en el suelo de la bodega, entre el mostrador y la pared. Al tío Tulio con un charco de sangre bajo su cabeza. Al tío Tulio tirado en el piso y con el bandoneón despatarrado a su lado como único acompañante en su muerte. Frente al queso y la mortadela. Bajo las cintas engomadas llenas de moscas. Que Zulemita como mandada y sin saber cómo agarró el bandoneón, salvando lo único vivo que quedaba del tío Tulio y se marchó llorando hasta su casa para avisar a su mamá. Que los vecinos alarmados por el disparo habían comenzado a llegar a la bodega. Que a Domingo se lo llevaba una patrulla de la policía y que Natalia lloraba tirada en el piso también y que nadie podía saber si era por Domingo a quien se lo llevaba la policía o si era por el tío Tulio tirado en el piso frente al queso y la mortadela.

El maldito

Delante de mí callaba eternamente un mar inmóvil y cristalino. Una luz muerta, de aurora boreal, nacida debajo del horizonte, iluminaba con intensidad fija el cielo sereno y sin astros. Aquel paraje estaba fuera del universo y yo lo animaba con mi voz desesperada de confinado.

J.A. RAMOS SUCRE

Era esta una ciudad empobrecida por el permanente desdén de sus gobernantes, que padecía además de una antigua enfermedad: la superchería. En principio nada de esto me resultaba especial, pero vivía en la convicción de que con los años nos vamos volviendo cada vez más intolerantes. Las personas que me rodeaban en mis horas de trabajo eran los principales en provocar en mí este desprecio. La vulgaridad nacía desde el fondo de los gestos de mis compañeros de trabajo, de cada palabra dicha, de las buenas intenciones manifiestas a través de una artificial cortesía que me era insoportable. A este mundillo despreciable por desconocido, me negaba a dejarme arrastrar.

En un principio tuve como oficio ser ayudante en una droguería, pero tiempo más tarde debido a mi dedicación y perseverancia, fui ascendido a jefe de farmacia. Mis estudios, donde había destacado como discípulo ejemplar y meritorio, habían sido interrumpidos por la ruina inesperada de los negocios de mi padre y me vi en la obligación de buscar un trabajo de quinta que estaba lejos de merecerme.

Regularmente era el primero en llegar al local donde se ubicaba la farmacia. Los siete repiques de campana de la iglesia de enfrente se dejaban oír al mismo tiempo en que yo recorría en tres vueltas el cerrojo desvaído. Me gustaba entrar primero para poder disfrutar de ese olor que durante la noche y debido al encierro se había vuelto profundo, concentrado, agrio y astringente. La penumbra de la sala con sus pasillos gemelos, sus pisos de tablero de ajedrez verde y blanco, sus estanterías de caoba labrada, sus vidrios lisos y transparentes, libres de la mácula de una huella inútil. Frascos alineados perfectamente, de cristal marrón para salvar de la luz las esencias, los extractos, los jarabes y elixires. Hasta el acto mecánico de encender las lámparas me hacía sentir reconfortado. Al final del segundo pasillo se alojaba, pegado a la pared, un escritorio de mediano tamaño donde yo elaboraba fórmulas, donde escribía los informes y el resto de las tareas que me correspondían. De la venta se encargaban otros empleados que no llegaban sino hasta las siete y media. La mujer de la limpieza entraba unos minutos después de mí. Sus pasos me los anunciaba el sonajero de cobre con forma de arlequín que sobre la puerta de dos hojas, de madera y cristal, habíamos colgado para saber cuando alguien entraba al local. Para ese momento yo había guardado las llaves en la segunda gaveta, había encendido los ventiladores que colgaban del techo de caña amarga y palo sano. Ya me había enfundado en mi impecable bata blanca de piqué.

Junto a ella entraban también el ruido y la vulgaridad. A veces, las menos frecuentes, disculpaba sus toscas maneras achacando mi irritación al hecho de haber sido criado en una casa grande, con padres educados en la meditación, lo que me obligó a vivir una infancia marcada por muchos años de silencio. Ella era el preámbulo de lo que seguiría con la llegada de los demás. Encendía la radio a un volumen insoportable para mis

oídos y yo, procurándome salud, me esforzaba en mantenerlo bajo por el resto de la larga jornada. A pesar de mis intenciones y de mi nivel jerárquico ella conseguía burlarme, animada por las risas soterradas de los demás. Exigía a todos un trato respetuoso pero cordial, prohibía las charlas familiares ante la clientela. Me gustaba la reverencia ante nuestro oficio tan delicado. Pero era muy difícil hacerme entender. Cuando la sala de recibo se quedaba sola de clientes, arremetían todos con unas charlas procaces, plagadas de detalles e incluso de malas palabras. De risas vulgares y hasta de gestos ordinarios. Contaban entre ellos las cosas más inverosímiles.

Fue así como supe por primera vez acerca de la existencia de El maldito, como ellos nombraban a esa sombra masculina que, en su decir, recorría las calles del centro de nuestra ciudad. Narraban los hechos que todos decían conocer de boca de los vecinos de las calles Los Peldaños y La Ermita. Era este el radio de acción de esa presencia mágica, marcada por la desesperación y la locura. Me horrorizaba tanto ante semejante ignorancia que llegué a pedirles que no trataran en la farmacia esos temas de tamaño salvajismo. ¡Supercherías!, les decía para hacerme entender. Pero ellos me preguntaban con una ingenuidad inaudita, demostrando lo inútil de mi tarea, qué significaba aquella palabra. Tras de esto me aseguraban que los hechos eran del dominio de toda la población, que no entendían cómo yo viviendo tan cerca no los conocía. Que El maldito se había suicidado en otra ciudad, pero su espíritu vagaba enloquecido por las calles de la nuestra. Que había dejado una novia en la ciudad antes de su viaje. Que había regresado por ella y que para entonces la muchacha, ante su muerte, se había convertido en monja. Que en la iglesia se hacían misas para que descansara en paz, pero que por las noches se le veía recorrer las calles atormentado por la pena. Que vestía siempre de traje oscuro, y que era poeta. Pobres gentes estas, me

decía para mis adentros, no saben más que de supercherías. No pueden ocuparse de otra cosa que de la invención de historias falsas. Así disculpaba sus historias, y me esforzaba en la idea de aceptar su trato.

Desde siempre había habitado en esta ciudad. Al quedarme solo me había visto en la necesidad de permanecer en la casa en la que nacieron mi padre y mi abuelo y el padre y el abuelo de ambos. Mi único hermano, Orestes, había viajado a Francia a estudiar medicina y allá había hecho su vida, para él no hubo ningún sacrificio y nunca regresó. Ni siquiera cuando murió nuestra madre. Había enviado un telegrama con sus condolencias y disculpándose por no poder viajar. A la muerte de mi padre no quise incomodarlo con la noticia.

Me gustaba la casa en la que habitaba, con sus grandes ventanales que daban a la calle Los Peldaños. Las habitaciones de techos altos, con sus muebles de oloroso cedro, las camas con doseles, las sábanas de algodón puro. El jardín interior frente a los cuartos, con su mata de granada y los helechos. El gran comedor rodeado de vitrales multicolores, la única alegría extravagante. La cocina hacia el fondo, con sus estufas y horno de tierra. El patio en sombra, un roble que nadie recuerda quién sembró, y que servía de protector a contraluz de las orquídeas en el tiempo de mi madre. El viejo corral para la cría transitoria de animales domésticos, ahora vacío. El portón hacia el río, por donde solía salir los domingos a dar un paseo y llegarme hasta el mar. Las tupidas frondas de los árboles, al margen de la ribera, me negaron cada vez toda aspiración de cielo. Siempre lamenté el eco que generaban mis pasos en los amplios pasillos de la casa. Me recordaba el miedo profundo que de niño padecía cuando tenía que ir de noche hasta la cocina por una jarra de agua. De adulto seguía siendo víctima del mismo pavor.

Lo que más lamentaba de mi existencia era la poca vida social de la que era objeto por mi forma de vivir. Fuera del

trato con los viejos y fieles clientes de la farmacia, carecía de amigos que hicieran menos amarga mi soledad. Por lo tanto me veía obligado a la relectura de los clásicos que llenaban la biblioteca que habían nutrido durante años mi abuelo y luego mi padre. La música era el otro dulce consuelo al que había tenido que renunciar hacía ya unos meses debido a un desperfecto en el viejo fonógrafo, para el cual no se conseguían las piezas que lo harían funcionar de nuevo. Entonces, en mi día libre me conformaba con el largo paseo por la ribera del río hasta la orilla del mar.

El trecho entre mi casa y la orilla de la playa estaba cercado por unas casas viejas y mal construidas. Sus habitantes exponían ante los ojos de todos unas precarias tarimas de palos torcidos donde colocaban a secar pescado rehogado en sal gruesa. Las moscas y el olor nauseabundo eran los únicos acompañantes en mi paseo. Nadie me saludaba y yo a nadie saludaba. Eran desconocidos para mí. Habitaban ese mundo de la ciudad al que le huía y del que me sentía absolutamente ajeno.

El mar se me presentaba como un enemigo. En cambio el río me era familiar. Parecía a mis ojos un noble compañero. Siempre arrastraba algún madero, algún lote de cañas, de restos vegetales que a mi razón venían de lugares lejanos, contando una historia de la ciudad y sus alrededores. Historias que me gustaba imaginar convertidas en felices aventuras, sueños que alguien lanzaba al río, recuerdos, esperanzas y también decepciones. Historias que viajaban libremente. No como las mías, que guardaba con celo y que nunca lanzaría en él por miedo al mar. Semejante al miedo que sentía por el eco de mis pasos en el pasillo de mi casa. Mi casa, la de mis padres y mis temores de niño.

Por eso, al regreso, volvía adolorido. Mi falta de valor ante la presencia del mar inmóvil me atormentaba. Por eso regresaba así hasta mi casa en la calle Los Peldaños, desde donde

se veía la iglesia, inmóvil, petrificada, quieta como el mar. Con sus cúpulas gemelas, plateadas, cristalinas. Por eso esa vez, al final de la tarde, quise entrar en ella y subir por el campanario. Sabía que el campanero, viejo cliente de la farmacia, dejaba los domingos el acceso libre. Solía referirme detalles de su vida, mientras yo le preparaba un jarabe para una tos vieja y mal curada. Como se lo obsequiaba, siempre se sintió obligado a establecer conmigo un trato afable, familiar.

Sabía que los domingos el acceso al campanario estaba libre y que podía subir, sin que nadie se interpusiera en mi camino; que subiría todos los peldaños de la antigua escalera hacia el campanario desde donde, como decían todos, podría ver a El maldito penando para siempre, como un loco desesperado por la soledad, mientras recorría las calles del centro de la ciudad. Subí hasta el campanario embargado de una profunda emoción. Con sigilo, como temiendo su aparición, me asomé por un arco de la torre. Observé la calle vacía de los domingos por la tarde. Esperé largo rato, hasta que el cielo se vació de todo color y comenzaron a encenderse allá abajo las luces de la ciudad.

Los caminos de la luna

Hay una hora de la tarde en que la llanura
está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice
infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos
pero es intraducible, como una música...

J.L. BORGES

A esa hora la sabana se perfilaba bajo la línea del horizonte como un manto pesado, dueña del color del mar en medio de una tormenta, pero en la calma propia de la explanada. La arena fina, tibia todavía a pesar de la cercanía de la noche, recibiría dentro de poco los rayos directos de la luna amarilla que ya remontaba por el este.

El hombre apoyó el rifle sobre su hombro y reanudó la marcha hacia el occidente, dejando el astro a su espalda. Todavía no era la hora propicia, así que prefirió deambular por los alrededores pisando unos hierbajos correosos que se quebraban bajo sus pisadas. Por un momento se vio de niño corriendo y pisando estos yuyos que crecían por todas partes. Escuchó el silbido de su padre llamándolo para el regreso y sintió que alguien le estrujaba el corazón. De una patada golpeó la fina arena que por un giro inesperado le cayó en los ojos, dejándolo ciego por unos instantes. Se agachó y con la manga de la camisa trató de aclarar su mirada. Se sintió torpe y deseó que todo acabara de una vez.

Conocía bien este paisaje y se sintió libre y cómodo en él aunque no feliz. A lo que más le temía era a la posibilidad de ser olfateado por los perros de la casa. Por eso debía mantener una distancia suficiente para no ser descubierto antes de tiempo. Después ya nada importaría. Había esperado por cinco largos años este momento. Cinco años planeando este acto de justicia que traería paz a su vida y le permitiría reanudarla como la tenía pensada antes de la noticia de la muerte de su padre. Cinco años perdidos donde lo único que lo mantenía cuerdo era la espera silenciosa. Durante ese tiempo no se había permitido compartir su odio ni siquiera con su hermana. Ella quedaría fuera de toda venganza, a pesar de saber que su rencor por Diego Fermín era tan grande como el de él. Les habían negado no solo la herencia que por derecho merecían sino también la felicidad, pero ahora estaba cerca de poner fin a su sufrimiento.

Conocía bien las costumbres de su tío, a quien le gustaba cabalgar por la llanura de su hacienda en las últimas horas de la tarde, para luego regresar por la parte trasera de la casa donde un peón lo esperaría para atender al caballo cansado por la carrera. Sabía que lo acariciaría luego de desmontar, que le dirigiría unas palabras al hombre y luego entraría para la cena en el gran comedor junto a su mujer, sus hijos y sus nietos. Que luego iría hasta el estudio y leería. Se encargaría de que hoy todo fuera diferente.

Saúl Fermín era un experto en tiro y pudo aprender temprano las artes de su padre, quien se sentía orgulloso de sus avances, sin saber que le entregaba la posibilidad de vengarlo en su muerte. No podía fallar. Se lo debía a su padre. Y entonces comenzó a sudar. Un transpirar frío propio de los que temen. A pesar de lo frágil de la vida, no era fácil matar a un hombre. Se incorporó, buscando ahuyentar cualquier arrepentimiento y decidió acercarse al sitio por donde intuía aparecería.

Ya la luna estaba en lo alto, transformada en un círculo lechoso que favorecía la mirada. Ya la noche estaba desbordada en la llanura y confabulaba a su favor. Entonces, antes de cualquier visión, la sabana le regaló el traqueteo leve de la bestia que se acercaba. Se hizo profuso, constante, cada vez más cerca en la sabana. Pensó en lo mucho que le gustaría mirarlo a la cara antes de disparar, de darse cuenta por el temblor de su cuerpo de que su miedo ante la muerte era superior al odio que alimentó todos estos años. Le habría gustado incluso oírlo suplicar.

Lo recordó cuando viajó hasta su casa a buscar el cuerpo de su padre. Seguro e indiferente, tras un escritorio y diciéndole que se podía llevar el cuerpo. Pensó en su padre muerto por la voluntad de Diego Fermín, muerto en un accidente que planeó Diego Fermín. Aniquilando a su padre para siempre, aniquiló sus sueños y los de su hermana, dejándolos solos en la vida y con el recuerdo de su padre en la sabana.

Al fin lo vio venir cómo y por donde esperaba. Acercándose por la parte trasera de la casa, pero aún lejos de cualquier posibilidad de acierto en el disparo. Ya sabía cómo caería. La elipse que dibujaría en el aire mientras caía vacío de todo latido. Ya sabía que el caballo seguiría de largo en su galope hasta la casa. Ya lo veía sobre la arena, tirado boca abajo, con los ojos abiertos hacia la nada. Con la luna sobre su espalda dibujando caminos de sosiego para su corazón sacudido.

Pensó en su hermana, llena de odio, sentada frente a la ventana, mirando hacia la noche. Afligida por la ausencia de su padre. Pensó en lo que le diría al regresar, y se sintió tan vacío como cuando partió. Preparó el arma elegida y dispuesta durante cinco años para este momento y disparó.

Otro final

Al fin lo vio venir cómo y por donde esperaba. Acercándose por la parte trasera de la casa, pero aún lejos de cualquier posibilidad de acierto en el disparo. Ya sabía cómo caería el cuerpo. La elipse que dibujaría en el aire mientras caía vacío de todo latido. Ya sabía que el caballo seguiría de largo en su galope hasta la casa. Ya lo veía sobre la arena, tirado boca abajo, con los ojos abiertos hacia la nada. Con la luna sobre su espalda dibujando caminos de sosiego para su corazón sacudido.

Pensó en su hermana, llena de odio, sentada frente a la ventana, mirando hacia la noche. Afligida por la ausencia de su padre. Pensó en lo que le diría al regresar, y se sintió tan vacío como cuando partió. Preparó el arma elegida y dispuesta durante cinco años para este momento. Lo vio acercarse a todo galope. La luna alta en el cielo favoreció aún más la visión y se dio cuenta entonces de que no venía solo. En la grupa del caballo traía a uno de sus nietos. Se vio a sí mismo en la grupa del caballo de su padre, como aquel niño en una noche de luna igual que esta. Dudó de sí mismo y de su pericia. Pensó que no valía la pena dañarle la vida a ese niño que vería con asombro caer el cuerpo de su abuelo a su espalda. Que no entendería nunca aquel disparo que salía de la noche para negarle temprano la presencia del abuelo. Pensó que tal vez lo engañaba la llanura pero supo que en la sabana, al igual que en el mar, no hay caminos trazados con antelación. Desmontó el arma y tuvo la certeza de que era la luna quien le jugaba una mala pasada que duraría por lo que le quedaba de vida. Pensó en su padre silbándole por siempre para el regreso. Se adentró hacia el este, perdiéndose como vino, entre la sabana y la noche.

Juegos de la memoria

Qué quieres, están los que van a confesarse a las iglesias,
están los que escriben interminables cartas y también
los que fingen urdir una novela o un cuento
con sus aconteceres personales.
Qué quieres, el amor pide calle, pide viento,
no sabe morir en la soledad.
JULIO CORTÁZAR

El día del temblor el comisario Ramírez estaba libre y había dispuesto ir hasta la playa de San Luis a darse un baño en las aguas del golfo de Cariaco. Salió del edificio donde vivía y caminó hasta la avenida Perimetral para esperar un taxi que lo transportara a su destino. Antes de cruzar la calle cambió de opinión y decidió dirigirse al kiosco de revistas y comprar la prensa del día. El sol de esa hora, alto e intenso, le hacía entrecerrar los ojos. Cuando estuvo al borde de la acera, esperando, le dio la espalda a un mar plomizo, turbio y oscuro que se fue retirando lentamente, descubriendo las piedras en su fondo, como si alguien levantara suavemente el borde de su vestido de organdí.

Cuando llegó a la playa en la zona de Los Bordones vio la orilla vacía, salvo por unos jóvenes que jugaban con un plato plástico que se lanzaban entre ellos. Había pocos puestos de comida abiertos. Celebró la tranquilidad de la tarde. Propia de un miércoles. Antes de tomar asiento frente a una de las ventas pidió, levantando la mano, una cerveza. Aspiró la brisa que llegaba desde el mar y supo que estaba a punto de sentirse

nostálgico. Le pasaba con la misma frecuencia de sus días libres, es decir, cada seis días. Vivir solo en una ciudad como aquella, que tenía por característica principal albergar a las dos mujeres que había amado, hacía que su vida fuera cada vez más pobre y miserable. A una, la madre de su hijo, la veía poco desde que se separaron. A la otra no podía verla nunca a menos que se enredaran en un mar de mentiras que le haría mucho daño a otras personas. Sin embargo pensaba en ella todos los días y sabía de cada uno de sus pasos. Habían acordado años atrás dejar de verse y que solo se hablarían por teléfono si fuera verdaderamente necesario. Hoy era uno de esos días y por eso antes de salir se aseguró de que el teléfono tuviera batería, por si se animaba a hacer esa llamada.

La noche anterior, en su apartamento, como sabía que al otro día estaría libre se había bebido él solo una botella de ron, y como siempre le ocurría cuando hacía esto, había terminado leyendo aquellas cartas de ella que aún conservaba. Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y lo colocó sobre la mesa, pidió otra cerveza. En ese momento vio una bandada de aves que volaban hacia el Turimiquire y le sorprendió que la brisa se hubiera detenido. Marcó el número de Valeria. Se lo sabía de memoria y por alguna razón prefería no tenerlo en el directorio. Al cuarto repique sin respuesta suspendió la llamada. Arrepentido de su debilidad, de su falta de carácter, de su falta de orgullo, se despojó de un tiro del pantalón y de la camisa y como condenado a una resignación perpetua se lanzó al agua.

A Valeria la conoció el mismo año en que él llegó a trabajar a Cumaná. Recién casado con Lorena y Valeria recientemente graduada con honores en la carrera de Medicina Forense en la Universidad Central de Venezuela. No resultaba viable enamorarse de la hija de una familia cumanesa que ostentaba un pasado ilustre y más plata que peces en el mar Caribe. Aun así, Ramírez se enamoró perdidamente de Valeria Sucre. Pero

lo más asombroso de tal situación fue que ella le correspondió. Valeria llegó a trabajar como médico patólogo de la policía judicial en aquella ciudad pequeña que, sin percatarse de su más grande atractivo, vivía de espaldas al Caribe. Al principio Ramírez se sintió poca cosa para ella. Tal vez porque la intensidad de su pasión no le permitía ser imparcial, o porque le parecía increíble que aquella mujer se enamorara de un pobre comisario que pasaba sus días entre cadáveres y gente de mala calaña. Para colmo era un hombre casado.

Al principio se citaban en los cafés que había en la ciudad, para comentar un caso difícil, para hablar de los insumos precarios, conversando de lo que menos les importaba pero sintiendo que sin esos momentos la vida les resultaba absolutamente miserable. Hasta que un día Valeria lo invitó a una fiesta en la casa de una amiga. Esa noche entendieron que la existencia de ambos tenía como único propósito reflejarse en el otro, que separadas, sus vidas carecían de importancia, que ellos no estaban para negarse todo lo que se estaban negando. Y decidieron entregarse a una pasión que los llevó a entender que el universo se concibió para que esos dos cuerpos se encontraran. Durante ese año Valeria le escribió unas cartas que él encontraba cada mañana al llegar a la oficina, sobre su escritorio. Le decía todo lo que había pensado en él durante la noche y todo lo que gozarían por la tarde cuando se encontraran, y le indicaba el lugar donde la buscaría cuando terminaran el trabajo. Gozaron a plenitud su relación secreta.

Lorena estaba distraída decorando la casa que habían comprado. Ramírez justificaba sus frecuentes ausencias con el abundante trabajo y por la necesidad de abrirse paso en aquella nueva ciudad. Pero cuando la ciudad ya no fue nueva, cuando las ausencias eran prolongadas y sin justificación, cuando Lorena anunció su embarazo, Ramírez supo, con la noticia, que la vida a partir de ese momento era como un vidrio que se cuarteaba

lentamente y que nadie, aunque lo desee con desesperación, puede detener ese crujido profundo, ese dividir en mil pedazos algo que hasta hace poco formaba parte de una única estructura. Valeria no lloró cuando le dijo lo del embarazo de Lorena, solo se quedó mirando hacia la nada y luego de un momento de callar le dijo que todo sería como siempre si él lo quería. Y se amaron toda la noche hasta que el amanecer los encontró abrazados, envueltos en un mar de sufrimiento, sabiendo que ya nada sería como antes. Lo que siguió fue definitivo. Valeria se marchó a Europa, a una especialización en psiquiatría, y en una carta que le dejó en la comisaría le decía que no tuvo tiempo de anunciárselo personalmente. Que tres años pasaban rápido. Que cuando tuviera una dirección permanente le escribiría y que allí él podría escribirle para contarle cómo le estaba yendo. Nada de eso ocurrió. Luego de dos años esperando una carta que no llegaba, y después de mucho rogar, Ramírez consiguió con una amiga el número de teléfono de Valeria. Cuando ella contestó, del otro lado del océano y luego de unos segundos, él le preguntó que por qué no podía olvidarla. Valeria contestó con la voz fría del rencor que era porque atesoraban un amor puro que se había salvado del deterioro, de lo cotidiano, que ese era su destino que los condenaba para siempre y colgó.

Valeria volvió cinco años más tarde, casada, con un esposo rubio y un niño tan hermoso como ella. Ramírez se enteró en la comisaría. Uno de los compañeros se la había encontrado en el aeropuerto, mientras investigaba el caso de una avioneta desaparecida. Valeria había llegado del brazo del marido y en la otra mano, el niño que apenas caminaba. Ramírez corrió hasta el baño maloliente de la comandancia y vomitó todos los cinco años que pasó muriendo por ella, esperando las cartas que nunca llegaron y extrañándola.

Ramírez sale del agua y siente que un caldo espeso se ha

adherido a su piel. Intenta con las manos limpiar los brazos, tratando de despojarlos de esa película viscosa que se le pega al cuerpo. Cuando llega a la mesa tropieza y el teléfono cae entre la arena. Por esa casualidad fatal que separa a los amantes que se aman de verdad, el teléfono golpea con una piedra que no debía estar allí y se apaga. Borra las llamadas que ha hecho Valeria mientras Ramírez estuvo en el agua. Borra también una posibilidad. Recoge el teléfono y sin mirar la pantalla, lo introduce en el bolsillo del pantalón. Cuando va a pagar las cervezas, cuando intenta encontrar unos billetes que cubran el monto de lo que ha consumido siente que el mundo se mueve bajo sus pies. Que por segundos, que siente como minutos, todo se estremece a su alrededor. Los gritos de la mujer de la venta le hacen caer en cuenta que el mundo no se sacude solo para él. Se sabe inútil en ese momento. Nada es más poderoso que el planeta cuando se estremece y hasta que no se calma, hasta que la tierra no vuelve a su ritmo, a su silencio, Ramírez no reacciona. Se viste rápidamente y cuando comprueba que la mujer está bien, sale corriendo hacia la avenida mientras enciende el teléfono. Hace una llamada a la comandancia para que lo recoja una unidad que esté cerca de la playa y se pone a la orden del comando. Cuando llega el carro de la policía, cuando ya le han entregado un radio, Ramírez sabe por el reporte que un edificio se ha caído en la avenida Perimetral. Hacia allá se dirigen. Ramírez piensa en Valeria. No es un pensamiento mezquino, no. En ese edificio está la oficina del marido de Valeria. Corredor de seguros. En ese edificio sabe que están las oficinas de la compañía aseguradora para la que el hombre trabaja. Ramírez conoce todos sus pasos. La ha seguido durante diez largos años por toda la ciudad, desde su regreso. Sabe dónde comen, dónde han estudiado sus hijos, dónde viven. Duda de la posibilidad de que Valeria se encuentre allí, en el edificio caído,

pues a esta hora debe de estar en la consulta de psiquiatría en una clínica privada que está a la orilla del mar, muy cerca de donde él vive. Por los reportes que ha solicitado, el edificio de esa clínica está en pie. No ha sufrido ningún daño mayor. Y aunque el corazón se le estruja por la necesidad de verla, de cerciorarse de que está a salvo, de abrazarla y decirle todo lo que la sigue amando, continúa la ruta hacia el lugar de la tragedia. Ramírez no deja de pensar en Valeria cuando ve los ocho pisos del edificio desplomados sobre el terreno, cuando ve a los voluntarios que remueven con sus manos los escombros y los cuerpos de los hombres y mujeres que salen desesperados de entre las ruinas. Cuando ve las unidades de los bomberos que ya han llegado y que comienzan a desplegar la operación de rescate en medio del caos que es la ciudad. Ramírez no deja de pensar en Valeria y por eso se entrega como uno más al salvamento de los que están, vivos o muertos, bajo los escombros del edificio derrumbado.

Para no dejarlo tan solo en su muerte

Sin ojos con qué llorar, me habla triste,
se sienta en su muerte
y me abraza con su llanto sepultado.
EUGENIO MONTEJO

Por la ventanilla del carro de pasajeros donde viajaba solo se veían unos árboles de pino perfectamente alineados; el espacio que los separaba era recto y largo, como se le antojaba que debía ser el infinito. Cerró los ojos y recostó la cabeza del cojín a su espalda mientras pensaba en lo que debía hacer al llegar a su destino. La noche pasada, luego de que por teléfono le dieron la noticia, no pudo dormir. Ahora no quería otra cosa, pero la fuerza de sus pensamientos no se lo permitía.

Abrió los ojos y se incorporó. La mujer que venía a su lado se apartó un poco para hacerle más espacio. No la miró a la cara ni le agradeció el gesto. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que miró más allá de la ventana, pero ahora se percató de que los pinos habían desaparecido. Era señal de que la ciudad estaba cerca. Soltó el cabello de la banda elástica que lo sujetaba y lo peinó con los dedos, colgando en la parte más alta de la cabeza un moño apretado. Contó el dinero para pagar el pasaje y se colocó los lentes de sol que sacó del estuche en el fondo del bolso. Le dijo al

chofer que camino al terminal la dejara en la Funeraria La Milagrosa. Todos los pasajeros voltearon hacia ella con una expresión de conmiseración. Lo único que se le ocurrió para disimular su nerviosismo fue mirarse las manos entrelazadas sobre el bolso de cuero marrón.

Cuando entró al recinto, fresco por el aire acondicionado, el olor penetrante de las flores y del formol con que preparaban los cadáveres le perturbó la nariz, haciéndola estornudar. Fue a la oficina para pedir la información que necesitaba y le dijeron que al final del pasillo había una puerta que conducía a un patio, que preguntara allí por Daniel. Atravesó la sala sin mirar a ninguna de las personas que, sentadas en sillas de cuero, altas, pegadas a la pared, velaban algún familiar. Se le ocurrió que quizás habían entrado minutos antes que ella para guarecerse de la lluvia que comenzó a caer torrencialmente cuando bajaba del carro.

El pasillo era oscuro, por una puerta entreabierta pudo ver una gran cantidad de ataúdes apilados unos sobre otros. Salió al patio por una puerta baja y se topó con el garaje donde aparcaban los carros fúnebres. A un lado, a la derecha encontró un cuartucho con piso de cemento rústico y techo de láminas de metal con goteras.

En ese momento, dos empleados tenían el cuerpo de un hombre con las piernas levantadas e intentaban vestirlo con un pantalón de tela oscura. Cuando la vieron parada en la entrada el hombre mayor se ajustó los lentes de carey sobre el palo de la nariz y le pregunto:

—¿Es usted un familiar?

—Soy su hermana

—Pase. ¿Desea que retiremos los botones de la camisa?

—No, no creo; es decir, no es necesario que lo hagan, vístanlo con la ropa que les dieron y no retiren nada —fue lo único que se le ocurrió decir.

Con pasos detenidos, como si una fuerza superior la halara desde afuera, se acercó al ataúd donde se encontraba el cuerpo de su hermano. La cicatriz cosida con hilo negro y grueso a lo largo del pecho fue lo que menos le importó, porque no fue hecha en vida, no así las de su rostro y la de su cabeza, abierta en una herida atroz que destilaba un líquido marrón. El cabello pegado al cráneo embadurnado de sangre seca. La boca entreabierta, despedazada por los golpes que recibió, dejaba ver unos pocos dientes partidos que todavía conservaba. El ojo izquierdo estaba vaciado y toda la piel de la cara era del color de las berenjenas maduras. Supo en ese momento que la única culpa que arrastraría para siempre sería la de este recuerdo.

—No tiene en el cuerpo ninguna cicatriz, salvo las que ahora le deja la muerte, las que lo mataron están todas en la cabeza —dijo el hombre mayor y a ella le pareció que la frase era innecesaria.

—¿Por qué me dice eso? —dijo mientras sacaba del bolso la caja de cigarros.

—Porque con su hermano se ensañaron, mire estas dos equis que le trazaron en el cuello y aquí, esta marca que indica que con una cuerda o con un nylon que le pasaron por el cuello trataron de asfixiarlo. ¿Usted sabe por qué lo mataron?

—Hay dos versiones —dijo, fumando ya el cigarro que la ataba a la escena mientras miraba, sin aceptar todavía, que ese que estaba metido en esa caja era su hermano, el de su corazón.

—Quédese con la que le haga menos daño, lo otro sería ponerse a indagar lo que nunca sabrá.

No respondió nada. Apagó el cigarro contra el piso húmedo por las gotas que caían desde el techo. Un poco más resignada por lo que tenía frente a sí, se convenció de que esto nunca tendría que verlo su madre que venía en camino. Cuando

empezaron a ponerle la camisa se acercó; más que por un deseo legítimo, porque presintió que a él le hubiese gustado y porque se lo debía, para no dejarlo tan solo en su muerte. Le tocó una mano, llena de miedo; sintió el frío y la rigidez de su cuerpo abandonado de vida; le tocó un pie y recordó una herida antigua de la infancia, la buscó tanteándola, pero comprobó que ya no se notaba.

—No quiero que la cabeza le quede desprotegida, ¿pueden hacer algo para que no se le noten las heridas?

—Se la podemos vendar, pero no es mucho lo que eso logrará esconder —dijo el hombre joven hablando por primera vez, mientras le abotonaba la camisa y se la introducía entre el pantalón.

—No importa, hagan lo que sea para ocultar la herida de la cabeza porque mi madre querrá verlo un momento, lo velaremos con el ataúd sellado.

En ese instante recordó los versos de un poema muchas veces leído durante las noches en que no hacía más que pensar en su hermano. «Mi madre estuvo una semana muerta junto a él y regresó con sus ojos apaleados para mirarme de frente. Aún hay tierra y llanto de Ricardo en sus ojos». Ahora sé que este poema no lo olvidaré nunca, se dijo para sí.

Salió hacia el patio mientras el agua que caía del techo se hacía cada vez más silenciosa. Supo que ya no habría nada que la asombrara más y que a partir de ese día, irremediablemente, había comenzado a morir. Era esa hora de la tarde cuando después de la lluvia un sol débil, de un amarillo luminoso, da de lleno sobre una pared y para el que lo mira, si no está prevenido, puede ser la hora más triste de la vida.

Último viaje

El avión despegó, atravesando un cielo cargado de minúsculas nubes. Una vez en el aire, en completo vuelo, desabrocharon los cinturones de seguridad. La llovizna había quedado atrás, pero las nubes continuaban del otro lado de la ventanilla.

La aeromoza les trajo unas galletas, agua mineral y café; el jugo de frutas quedó sin tomar en la bandeja. De vez en cuando las nubes les dejaban ver los distintos tonos de verde que se mezclaban con los ocres allá abajo, en las montañas.

—Trata de dormir un poco —dijo el muchacho—, todavía falta mucho para llegar.

La muchacha rodó su cuerpo y recostó la cabeza en el asiento, que la recibió con suavidad.

Habían tenido que esperar un par de horas en el aeropuerto hasta que lograron encontrar boletos en un vuelo con escala. El señor que los atendió los miró con el ceño fruncido, quejándose de la cantidad de personas que deciden viajar a última hora y que causan tantas molestias.

La muchacha se incorporó, tratando de sobreponerse al sueño que la invadió después de recostarse en el asiento.

Se inclinó hacia adelante, apoyando la cabeza sobre ambas manos, con la cara volteada hacia su hermano que la miraba fijamente en silencio.

Era la primera vez que hacían este viaje sin alegría. El muchacho la tomó por una mano, apretándosela hasta el punto del dolor.

El vuelo debía hacer una escala antes de llegar a su destino. El muchacho se levantó para ir al baño mientras subían los pasajeros. Cuando regresó la encontró con la cara apoyada en un brazo, mirando por la ventanilla la pista del aeropuerto humedecida por la llovizna.

El avión volvió a despegar, apartando un cielo de minúsculas nubes blancas y grises.

—Ya estamos llegando.

Ella había dormido todo lo que faltaba de viaje. Se incorporó, alisándose el pelo con las manos, y vio que descendían hacia la pista.

—Toma, sécate la cara y arréglate un poco —le dijo él. Cuando terminó de peinarse, los pasajeros habían empezado a bajar del avión.

—Recuerda que no vinimos a buscar nada que no sea nuestro —dijo.

«De seguro todo saldrá como él dice», pensó.

El taxi que tomaron en el aeropuerto comenzó a recorrer el camino de entrada. Las buganvillas se repartían a cada lado del sendero que al final se abría en un rectángulo amplísimo. La casa se levantaba al fondo, grande, blanca, con las puertas y ventanas cerradas.

El chofer fue frenando hasta detener el carro a un costado de la casa; los dos descendieron del carro, el chofer se recostó en el asiento y abrió la puerta de su lado.

Caminaron muy cerca uno del otro, bordeando la casa hasta llegar a la parte de atrás. Era casi mediodía. Empujaron

la puerta que daba acceso a la cocina; estaba abierta. El olor de la comida hizo estremecer sus estómagos; aparte de las galletas en el avión, no habían probado otra cosa.

La casa que alguna vez recorrieron con sus gritos y juegos no albergaba para ellos la bienvenida de antes. Se había convertido en un lugar hostil del que debían salir en cuanto cumplieran con lo que tenían que hacer.

Permanecieron de pie en la cocina, se oía el zumbido de la aspiradora en otra parte de la casa. La brisa batió la puerta de la cocina, que había quedado entreabierta.

—¿Quién es? —una mujer asomó la cabeza por la puerta del cuarto de donde provenía el ruido de la máquina—. ¡Muchachos!, los estamos esperando desde anoche —dijo acercándose a ellos.

—Buscamos a Diego Fermín —dijo el muchacho con sequedad y dando un paso atrás.

La mujer se detuvo a cierta distancia.

—Ahora está arriba, en su habitación. Pasen a su oficina mientras le aviso.

—No tenemos mucho tiempo, debemos regresar hoy mismo —dijo él mientras caminaban hacia la biblioteca.

La mujer fue hacia las habitaciones, sus pasos dejaron de oírse cuando llegó a la escalera.

Se sentaron frente al escritorio de madera oscura que ocupaba un espacio bajo una ventana. Había algunas fotos de la familia repartidas por toda la habitación. En una posaban ellos, sonriendo junto a algunos primos.

En medio del silencio podían escuchar el ruido de los árboles que movían sus ramas; la brisa abrió una hoja de la ventana que daba al camino de salida. Unos papeles que estaban sobre el escritorio fueron a dar debajo de la biblioteca. Sus miradas se cruzaron pero ninguno se movió a recogerlos.

Se oyeron voces que se acercaban cada vez más, hasta que se abrió la puerta. Se pusieron de pie al mismo tiempo. Diego Fermín apareció con un libro en una mano, en la otra un pañuelo oscuro; secó su frente con un movimiento rápido que no se correspondía con sus pasos cortos.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó.

—Queremos el cuerpo de papá —dijo el muchacho adelantándose dos pasos.

El hombre lo miró, luego a la muchacha, y se dirigió a colocar el libro en uno de los tramos de la biblioteca.

—Es increíble cómo se acumula el polvo entre los libros —dijo después que niveló el lomo del que había intercalado junto a los demás.

Esperaron en silencio. El hombre cruzó la habitación, se detuvo ante las ventanas y miró hacia el camino. Su escaso cabello dejaba ver el cráneo.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó, dándoles la espalda.

—No vinimos a reclamar nada, solo queremos el cuerpo de papá —dijo ella, hablando por primera vez.

El hombre dio media vuelta, quedando frente a ellos.

—¿Así que solo quieren llevárselo?

—Era nuestro padre y vinimos para llevárnoslo —dijo el muchacho.

El hombre se sirvió un vaso de agua de una botella transparente que estaba sobre una mesa, en una esquina de la habitación.

—Yo le dije a Saúl que mandara a revisar el carro antes de salir para ese viaje —dijo Diego Fermín—. Eso fue un accidente.

—Papá fue siempre muy cuidadoso con esas cosas.

Diego Fermín emitió un suspiro de alivio que no se oyó, porque en ese momento entró la mujer a avisar que el almuerzo estaba servido.

Diego Fermín les dijo que el médico de la familia se había encargado de los trámites necesarios, que fueran hasta su casa y se informaran con él para hacer el traslado.

Ninguno dijo nada más. Se quedaron mirando a la mujer que esperaba, las manos juntas al frente.

Los muchachos cruzaron la puerta y se dirigieron a la salida.

—¿Dónde lo piensan enterrar? —preguntó Diego Fermín en un murmullo que apenas se escuchó.

—No se preocupe, nosotros cubriremos todos los gastos —dijo la muchacha.

—¿No piensan pasar por la habitación de su abuela? Ella está muy mal con todo lo que ha ocurrido —dijo Diego Fermín.

—Dígale que no tuvimos tiempo.

Se habían olvidado de ella, pero eso no los hizo vacilar.

—¿Por qué no esperan y se van mañana? Deben estar cansados —rompió el silencio la mujer que los había seguido hasta la puerta de la casa—. O coman algo antes de irse.

—Gracias —dijeron al mismo tiempo—, falta mucho por resolver, ya tendrán noticias nuestras.

Mientras recorrían el camino que conducía a la salida no se dieron cuenta de que empezaba a caer una llovizna fina y ceruida, y las gotas iban deslizándose por el parabrisas del taxi.

Podría sonar el teléfono

Al salir calzó el portón de hierro sin ninguna dificultad. Todavía eran fuertes sus manos. Tomó el bastón con la derecha y se dispuso a iniciar el paseo de todas las tardes. Era diciembre y el clima había comenzado a hacerse más fresco por las mañanas y por las tardes, como ahora. En los jardines de esa cuadra ya se veían algunos adornos navideños y pesebres en las entradas de las casas. Desde hacía cinco años que en la suya no se celebraba la fecha. Al morir su mujer, su único hijo lo había dejado solo. Se había marchado de la ciudad, pero le prometió estar en contacto por teléfono.

De la farmacia salió una mujer con un perro blanco y pequeño entre los brazos. Entró a un auto que estaba frente al local. Justo cuando pasó al lado de la ventanilla trasera, el perro asomó la cabeza por encima del vidrio. El paseo lo hacía por recomendación del médico. A él por su parte no le gustaba ausentarse de su casa sino lo estrictamente necesario. Dos veces por semana iba una mujer a asear la casa y a comprar las provisiones. Tenía lo necesario para su edad, aunque de su

salud no se fiaba. Camine todos los días, dé un paseo, le hará bien, dijo el doctor. En contra de su voluntad, había accedido.

Al llegar a la esquina dobló a la derecha por la misma acera. Nunca cruzaba la calle. En eso consistía el paseo. Las cuatro cuadras de la manzana hasta llegar al punto de partida. Sabía que no era mucho pero no estaba dispuesto a más. No le gustaba ausentarse, podría sonar el teléfono. Vio venir hacia él a una señora paseando a su pequeño en un coche. Se hizo a un lado para no tropezar. Casi siempre coincidían en el mismo punto pero nunca se saludaban. Ella había iniciado los paseos hacía poco más de tres meses.

Sus días eran iguales. El desayuno, la prensa (un muchacho la dejaba en su puerta todas las mañanas), los medicamentos a las ocho en punto. Regaba las plantas del jardín, sus queridos helechos. Luego la TV, el almuerzo, la siesta, el baño, el paseo. La cena, la TV. A veces se quedaba dormido antes del noticiero de medianoche. Por eso había cambiado la mecedora de madera por una cómoda y amplia butaca mullida y reclinable. Con su jubilación de comisario de la policía pudo darse ese lujo que en el fondo era una necesidad. Había desistido de dormir en su habitación pues era allí donde le ocurrían las pesadillas. Los rostros, los gritos, el agua, las cadenas, los golpes. El chorro de sangre saltando hasta su cara. Se despertaba y eran sus gritos los que resonaban en medio del silencio de su casa.

Antes de doblar a la derecha en la siguiente esquina tuvo la sensación de que alguien lo seguía. Decidió detenerse en ese punto y esperar a que lo adelantaran. No estaba para sustos. Una joven pasó a su lado. Una muchacha de liceo, lo supo por el uniforme. La observó alejarse. Continuó.

La mujer que vendía flores en la otra acera ya no estaba, se habría marchado temprano. Cada tarde al pasar ella recogía los baldes con las flores y los colocaba dentro de una cajuela rodante que luego empujaba calle arriba. Hasta su casa tal

vez. Siempre que pasaba le provocaba comprar algunas flores, pero se arrepentía. No le gustaba cruzar la calle y además, nadie disfrutaría de ellas y a él le bastaba con sus helechos. Volvió a detenerse. En ese momento vio pasar un cortejo fúnebre. A unos se les veía agitados, a otros un poco ensimismados. Cuando se perdieron de vista calle abajo, continuó su camino doblando la penúltima esquina.

Este era el trayecto del paseo que más le complacía. En esta cuadra quedaba el reclusorio de ancianos. Se sentía orgulloso de su independencia, de su fortaleza a pesar de los años. En este trecho procuraba caminar más firme, más erguido. Tomaban el fresco en el jardín. Unos iban ayudados por enfermeras, otros en sillas de ruedas, dispersos bajo la sombra de un gran árbol de níspero. Al de la silla de ruedas, al de la gorra bolchevique, el que siempre llevaba una correa que le cruzaba el pecho, el que estaba siempre con los ojos cerrados, con la baba chorreando hasta el pecho, esa baba espesa, hedionda a hoja podrida de los viejos como él, ese que ya no podía gritar a pesar de los porrazos en las costillas, a pesar del agua en sus pulmones, ese que se asomaba en las pesadillas, a ese lo miraba de reojo. Alguna vez, como en un gesto reflejo, cualquiera de los viejos levantaba una mano para saludarlo. Sería por la costumbre de verlo pasar todas las tardes o sería tal vez por la soledad. Se hacía el distraído y nunca respondía el saludo. Él no estaba para achaques de viejos solitarios y decrepitos. Al doblar la última esquina aminoraba el paso y aminoraban también los latidos de su corazón envejecido, se apoyaba más fuerte en el bastón. Quería llegar pronto a su casa, podría sonar el teléfono. Observó las luces en los jardines. A esta hora, por la penumbra que provocaba la cercanía de la noche, iluminaban con mayor nitidez. Pasó el bastón a su mano izquierda. Al entrar calzó el portón de hierro sin ninguna dificultad. Todavía eran fuertes sus manos.

Índice

Presentación	7
Moreliana en Nueva York, llorando	15
Los sonidos de esta hora	19
Tampoco está el cuadro de Frida Kahlo	23
Para que Chepa sepa que la queremos	27
Vigilia	33
Santa María	37
El canto de la salamandra	43
La canción de la mañana	49

Ciudad de cebolla y manzanilla	57
Tres actos para morder una naranja	65
La piscina de Camelia	69
Un hombre difícil	75
La Galería	81
Calle Armario, s/n	85
El río	89
Una carta	93
La barbería de Laureano	97
Fin de juego	103
La pared del fusilao	113
Tócame	119
Canción para Zulema	123
El maldito	129
Los caminos de la luna	135
Juegos de la memoria	139
Para no dejarlo tan solo en su muerte	145

Último viaje	149
Podría sonar el teléfono	155

Callejones sin salida

se imprimió en octubre de 2019 en los talleres de

FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA

Guarenas, Venezuela.

Son 5000 ejemplares.

